

**Antate domi
quia mirabili
bit sibi de terna
sanctum eius**

NUEVA ÉPOCA / AÑO 8, Nº 6 / OCTUBRE 2011

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES UBA

LO QUE VENDRÁ

Escenarios electorales de la política argentina y latinoamericana

»» *Luis Aznar, Isidoro Cheresky y Julio Pinto*

El rol de los medios, las formas de la opinión pública y las estrategias comunicacionales en la campaña electoral de 2011

»» *Daniel Cabrera, María Elena Qués, Belén Amadeo, Edgardo Mocca y Julio Aurelio*

Los intereses en juego y las interpretaciones en las independencias latinoamericanas

»» *Ricardo Cicerchia, Luciano De Privitellio y Juan Carlos Korol*

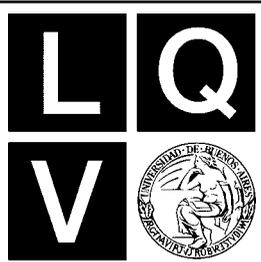
Las nuevas formas de politicidad: condiciones estructurales y representaciones simbólicas

»» *Arturo Fernández, Marcos Novaro y Federico Schuster*

Capacidades estatales y nuevo patrón de acumulación en la Argentina

»» *Manuel Acevedo y Dora Orlansky*





Director

Martín D'Alessandro

Comité Editorial:

Luis Aznar

Franco Castiglioni

Arturo Fernández

Jorge Mayer

Federico Schuster

Lilia Puig de Stubrin

Luis Tonelli

Tomás Varnagy

Carrera de Ciencia Política. FCS/UBA.

DIRECTOR:
Luis Tonelli

SECRETARIO ACADÉMICO:
Santiago Rotman

COORDINADOR TÉCNICO:
Fernando López

JUNTA DE CARRERA:

Claustro de Profesores:

Martín D'Alessandro, Sergio De Piero, Elsa Llenderozas, Carla Carrizo, Francisco Naishtat.

Claustro de Graduados:

Pablo Lozada Castro, Julieta de San Félix, Leila Tirpak, Luciana Ghiotto, Juan Von Zeschau.

Claustro de Estudiantes:

Selva Elisabet Brandan, Andrés Tzeiman, Daiana Bacman, Alejandro Valiente, Javier Waiman.

SEDE CONSTITUCIÓN:

Santiago del Estero 1029 (C1075AAU) Ciudad Autónoma de Buenos Aires – Argentina.
Tel +54 (11) 4305-6087/6168.

www.cienciapolitica.fsoc.uba.ar e-mail: cpolit@mail.fsoc.uba.ar

Dedicaremos este número a la imprenta y sus orígenes. Abajo: Facsímil de las pruebas obtenidas de dos páginas de caracteres grabados en madera (colección del duque de Valliere) que sirvieron desde el origen de la imprenta para la Gramática latina de Donato impresa por J. Fust y Gutenberg.

Depositio quid est. Particula
tionis que pposita alyis par
tibus oratois signif carion
eaz aut complet. aut mutat
aut minuit. Depositioni quot accidit
Clas. Quid? Casus tm. Quot casus
Duo. Qui. Nominis r abltus. Da ppo
sitiones acti casus: ut ad. apud. ante
aduersum. cis. extra. circa. contra.
erga. extra. inter. intra. infra. iuxta. ob
pone. per. ppe. ppter. scdm. post. trans.
ultra. preter. supra. circa. vlt. secus.
penes. Quod dicimus em? Ad patrem
apud villa. ante edes. aduersum manu
sos. cis remi. intra foru. circa vicino.
circa templu. contra hostes. erga xpm.

Et pluraliter docramur docemini do
ceantur. Futuro doctoz tu doctoz il
le. Et pluraliter docramur doceminoz
doctoz. Optatus modo tempore
presenti et preterito imperfecto vltiaz
doctoz doceris vel doctoz docere
tur. Et pluraliter vltiaz. docemur
docemini docerent. Preterito perfe
cto et plusqzperfecto vltiaz doctus es
sem vel fuisset vel fuisset esset vel
fuisset. Et pluraliter vltiaz docti esse
mus vel fuissetis vel fuissetis
essent vel fuissent. Futuro vltiaz doce
ar docearis vel doctoz doctoz. Et plr
vltiaz docramur docramini doctoz
Comunctio modo tempore presentis

ISSN 1668-7167
Ejemplares de
distribución
gratuita.

Vocación, y también profesión

El creciente desarrollo de la ciencia política en la Argentina y en la región representa un desafío muy grande para la enseñanza, la investigación y la transferencia de conocimientos de la disciplina. Es necesario que los inevitables procesos de especialización temática y profesionalización científica convivan con un claro compromiso con el afianzamiento y profundización del proceso democrático, la construcción de una sociedad más plural, justa e inclusiva, y la manutención del carácter crítico del conocimiento social. Es por eso que la Dirección de la Carrera de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires, comprometida con la disciplina y con su rol tanto de constructora del conocimiento como de promotora de su inserción en las diferentes esferas de la sociedad, retomó en 2011 la iniciativa de convocar a sus docentes, investigadores, graduados y alumnos a una nueva jornada de análisis y reflexión.

Las Jornadas de Ciencia Política organizadas por la Dirección de la Carrera de Ciencia Política constituyen una actividad académica extracurricular que desde su primera edición en 1995 han dado lugar a una cantidad importante de mesas temáticas y reflexiones teóricas, metodológicas y de «ciencia política aplicada» en un marco de amplia participación y pluralismo político y académico. Anteriormente, las Jornadas se habían organizado en seis ocasiones: 1995 (con título «Política y sociedad en los años del menemismo», que diera origen a un muy citado libro homónimo compilado por Ricardo Sidicaro y Jorge Mayer), 1996 (sin título), 1997 (sin título), 1998 (con título «Jornadas por los 15 años de democracia en la Argentina. Perspectivas, escenarios y desafíos», que contó con la participación, entre otros, de Gianfranco Pasquino, Juan Carlos Portantiero y el ex presidente Raúl Alfonsín), 2002 (con título «Crisis y alternativas») y 2004 (con título «Las nuevas formas de la política. Representación, gobernabilidad e inclusión social», dedicadas a la memoria del profesor Marcelo Matellanes).

En esta oportunidad, las VII Jornadas, tituladas «La ciencia política como vocación y como profesión (o qué hacemos cuando hacemos lo que hacemos)» fueron organizadas por una comisión integrada por las profesoras Susana Villavicencio, Claudia Hilb y el profesor Martín D'Alessandro, quienes idearon la convocatoria, definieron los temas de las mesas y propusieron sus integrantes. Las Jornadas se llevaron a cabo los días 27, 28 y 29 de abril de 2011 e incluyeron el otorgamiento de una placa de reconocimiento y agradecimiento a los profesores consultos de la Carrera de Ciencia Política: Liliana De Riz, Rubén Dri, Arturo Fernández, Julio Pinto, Mario Rapoport, y Mario Toer.

Presentamos aquí algunos de los ricos debates que se dieron en ese marco. Agradecemos a los estudiantes que han desgrabado las exposiciones (Pablo Garibaldi, Ailín Accinti Martínez, Mariano Pintos, Bárbara Beltrán y Mariana Barrio), a los profesores que pacientemente han corregido los textos, a todos los graduados que han participado como moderadores de las distintas mesas (Nicolás Freibrun, Martín Cortés, Cecilia Abdo Ferez, Laura Currá, Facundo Agulla, Damián Paikin, María Paula Bertino, Nelson Cardozo, Florencia Costagli y Luciano Nosetto) y pedimos disculpas a los profesores Gisela Catanzaro, Rubén Dri, Eduardo Grüner, Néstor Lavergne, Claudia Hilb, Francisco Naishtat, Miguel Rossi, Susana Villavicencio, Pablo Bulcourf, Gabriela Rodríguez, Juan Battaleme, Paola Di Chiaro, Andrés Fontana, Norberto Méndez, Adolfo Rossi, Mercedes Botto, Elsa Llenderozas, Mariana Vázquez, Carla Carrizo, Sergio De Piero, Mario Toer y Javier Zelaznik por no haber podido incluir sus valiosas exposiciones en este número.

Martín D'Alessandro
Director

Escenarios electorales de la política argentina y latinoamericana

»» Luis Aznar, Isidoro Cheresky y Julio Pinto

Luis Aznar: Gracias a los organizadores por la invitación y a ustedes por concurrir en esta noche climáticamente poco amigable para compartir con nosotros algunas consideraciones sobre problemas y cuestiones de política y sociología política relacionadas con los escenarios electorales latinoamericanos.

Muy sintéticamente, mi propuesta para esta noche es pensar las situaciones políticas actuales en América Latina y en Argentina, pensando críticamente la conceptualización de la transición del autoritarismo a la democracia. Empezando por decir, y tomando esto como punto de partida, que sin olvidar lo que hemos trabajado acerca de las transiciones deberíamos aceptar que tenemos que comenzar a pensar teóricamente en la situación luego de las transiciones. Lo que quiero decir con esto es que, desde mi perspectiva, las transiciones en América Latina han terminado. Al menos ha terminado lo que veinte años atrás entendíamos por transiciones: crisis de los regímenes autoritarios, transformación más o menos continua de los viejos regímenes con nuevos actores y con nuevas reglas del juego, o con los mismos actores y con reglas del juego parecidas, y una etapa —que durante un tiempo la mayoría creía que si no se alcanzaba se acababa la política democrática— que era el momento de la consolidación.

Tengo en mis manos uno de los últimos números de la revista «Lo que vendrá», la revista de la carrera de Ciencia Política de la UBA, que incluye como primer texto un artículo de Guillermo O'Donnell, uno de los más importantes teóricos de la transición y de la consolidación, que trabaja ahora sobre las democratizaciones y las fronteras dinámicas de la política.

Ahora bien, cualquiera de ustedes que haya seguido más o menos con atención la lectura de sus avances y discusiones teórico-conceptuales habrá notado que en algún momento de esa evolución el propio O'Donnell propuso dejar de lado el concepto de consolidación democrática debido, entre otros problemas, a su contenido teleológico. Renovó el *dictum* weberiano: cuando uno construía un tipo ideal, y el tipo ideal no servía comparativamente para aumentar la capacidad de comprensión sobre los fenómenos socio-políticos, Weber proponía dejarlo de lado y generar otro. Proponía de alguna manera: vuelva a pensar teóricamente, rediscuta sus conceptos y desarrolle otra perspectiva.

Lo que quiero decir con esto es que cuando afirmo que las transiciones han terminado, no quiero decir que los regímenes políticos democráticos se hayan consolidado en América Latina. Muy por el contrario, creo que si uno hace el listado de situaciones en términos de regímenes políticos en América Latina, lo que encontramos en esta etapa es lo que algunos han dado en denominar las democracias o poliarquías pos-transicionales, los regímenes democráticos que nuestras sociedades han sabido constituir. Y la pregunta primera me parece en estas situaciones tiene que ser, ¿qué es lo que hay?, ¿qué es lo que tenemos entre manos? Y no hay que trabajar demasiado para darse cuenta en principio qué es lo que tenemos entre manos. Lo que tenemos entre manos son todos regímenes presidencialistas de base electoral, no hay un solo caso en América Latina de régimen político que no sea presidencialista. Pero además son regímenes que de una u otra manera están

todos en crisis, y están en crisis, entre otras cosas, porque los partidos están en crisis, porque los sistemas de partidos están en crisis, y porque los mecanismos de legitimidad que hacen a la gobernabilidad también están en crisis.

Este es el escenario en el cual me parece que tenemos que ubicarnos y discutir las dinámicas electorales en América Latina. Hay algunos casos específicos que tenemos que analizar con particular detenimiento porque son casos históricos que no han seguido la pauta de los demás, esto es, no han seguido la dinámica: crisis del régimen autoritario, transición hacia la democracia, democracia pos-transicional. Uno de estos casos es Venezuela, que como todos sabemos se ha puesto de moda últimamente. ¿Por qué digo que Venezuela es un caso distinto a los otros? Porque la crisis del régimen político venezolano no fue la crisis del autoritarismo. La crisis del caso de Venezuela fue la crisis de la democracia liberal de partidos, que funcionó muy ajustadamente y con mucha eficacia y eficiencia durante casi sesenta años, desde los años '60 del siglo XX hasta la crisis pre-llegada de Hugo Chávez al gobierno. Ahora, ¿por qué cito, además de porque me interesa en términos personales (porque es un caso que vengo estudiando hace muchos años), particularmente el caso de Venezuela? Porque el caso de Venezuela es un ejemplo de estos regímenes pos-transicionales, presidencialistas y que además están en crisis. Ninguno de estos regímenes ha logrado una estabilización relativamente importante, ni de los partidos, ni de los sistemas de partidos, ni de las reglas de juego. Me parece que por ahí tenemos algunos temas que no son nuevos, pero que conviene volver a retomar y a reubicar en la discusión teórico conceptual.

Uno de estos procesos está conectado con el tema de la gobernabilidad. Yo les propongo que hagan el siguiente ejercicio: busquen en los diccionarios de ciencia política el término gobernabilidad, y van a ver con qué se van a encontrar. Se van a encontrar con algo verdaderamente muy interesante, porque lo que se define es la ingobernabilidad, no la gobernabilidad. O en todo caso, la mayor parte de las definiciones de la gobernabilidad se dan a partir de lo que se entiende por ingobernabilidad. Y este me parece que es un punto importante, porque dentro de las distintas teorías en general, la gobernabilidad aparece ligada a los que tienen capacidad de decisión

en términos de diseño y aplicación de políticas públicas. La gobernabilidad aparece como un atributo de los que gobiernan, lo cual en principio no está mal, siempre y cuando no nos olvidemos de qué importante es plantear, además del hecho que la gobernabilidad es un atributo de lo que gobierna, la pregunta acerca de la génesis de la gobernabilidad. Entonces, ¿de dónde proviene la gobernabilidad?, ¿quién crea la gobernabilidad?, ¿quién produce la gobernabilidad? No quiero presentar una concepción basista, terminar esto diciendo la gobernabilidad surge solamente de las bases populares, etcétera, etcétera. Pero en todo caso lo que quiero rescatar desde una discusión de la ciencia política, o desde la sociología política si ustedes quieren, es el hecho objetivo de que la gobernabilidad se produce en la sociedad civil. Los politólogos, ¿cómo trabajamos este tema fundamentalmente? En términos de creación de apoyos a gestiones de gobierno. Después agregamos las demandas, todo lo que quieran. Pero en principio, lo trabajamos en términos de apoyo y legitimidad. Bien a la manera weberiana, nuestra salida es que la gobernabilidad tiene que ver con la legitimidad. Ahora lo que no hemos trabajado demasiado, me parece, es cómo se traslada la gobernabilidad, creada y producida en la sociedad civil, a los gobiernos. Obviamente hay una respuesta primera y fundamental: los mecanismos institucionales de transferencia; por lo tanto la teoría de la representación. La gobernabilidad que se produce en la sociedad civil llega a los gobiernos a través de la representación.

Y me parece que, justamente, para entender los escenarios electorales contemporáneos tenemos que volver a repensar la relación entre gobernabilidad, legitimidad, apoyo y régimen político. A nadie se le escapa que, en los últimos años, ha reaparecido en la teoría política latinoamericana la idea del surgimiento de la llamada nueva izquierda. Breves comentarios sobre esto. Si hay una nueva izquierda latinoamericana, quiere decir que hubo una vieja izquierda latinoamericana. Ahora, cuando uno busca en estos discursos y en estos desarrollos argumentales, cuáles son los elementos que permiten definir a ciertos procesos contemporáneos como nuevos y de izquierda, la verdad que el resultado es bastante frustrante. No está claro, nadie tiene claro a qué se refiere, cuando a estos procesos se los denomina de la nueva izquierda. Y esto es fundamental porque algunos creen

que el escenario electoral está marcado en parte, en América Latina, por esta dicotomía nueva izquierda y centro derecha.

Resulta que el escenario empírico es muchísimo más complejo que esta simple diferenciación entre nueva izquierda y centro derecha. No ya en la Argentina, donde claramente el uso de la escala derecha-centro-izquierda siempre fue problemática, sino en muchísimos otros países. ¿Cuál es la derecha en Bolivia?, ¿cuál es la derecha en Ecuador?, ¿cuál es la novedad política boliviana?, ¿por qué Evo Morales puede hacer, o intenta hacer, con relativo éxito lo que quiere hacer? Porque se han producido en el escenario social electoral boliviano algunos cambios fundamentales. Uno de ellos, no es menor, es que por primera vez en muchísimos años en Bolivia, campesinos y mineros están en la misma coalición social de apoyo a un régimen. Cosa que no siempre sucedió así, sino más bien por el contrario. Hace unos cuantos años atrás lo característico de Bolivia era que los campesinos estaban en una coalición, los mineros estaban en otra coalición, y los mineros y campesinos eran la carne de cañón donde se jugaba la escena política boliviana. Rescatando las características de estos nuevos regímenes, los problemas de apoyo, de generación y uso de la gobernabilidad, no es un dato menor que en Bolivia hoy la coalición gobernante es una coalición que tiene como bases sociales de apoyo a mineros, y además a campesinos, ahora trabajando conjuntamente. Voy a dar un argumento algo exagerado, pero creo que productivo para la comprensión de esta situación: poco de lo que hizo y de lo que va a intentar hacer Evo Morales en Bolivia podría haber sido hecho, si antes no se hubiese articulado a nivel de la sociedad civil la relación entre campesinos y mineros.

Ahora, la dinámica de estos movimientos, no se le escapa a nadie más o menos interesado en política latinoamericana, ha llevado en muchísimos países de América Latina a segmentaciones societales, que han puesto en algunos casos los países a tiro de la secesión. Hagamos la lista. Colombia hasta que la centro derecha, esto es los herederos del conservadurismo colombiano más el *mix* con algunos sectores del liberalismo, que son los que han dado lugar a esta nueva formación política ahora dominante y hegemónica en Colombia. Pero hasta antes de que se produjeran estas novedades, Colombia, siguiendo la vieja pauta de los conservadores versus liberales,

tuvo que hacer un acuerdo nacional para salir de la situación de guerra civil. Venezuela salió —para no irme del mundo andino-caribeño— de la situación de autoritarismo a través de un acuerdo, de un pacto entre partidos políticos que fue justamente el acuerdo que entró en crisis justo antes de la llegada de Chávez al poder. Pero las bases sociales del chavismo son, en gran medida, las mismas bases sociales que hace veinte años atrás sostenía el sistema bipartidista. Es cierto que el chavismo produjo un hecho fundamental en Venezuela, que hace mucho tiempo no pasaba, que fue la incorporación de sectores sociales que el sistema bipartidista había dejado marginados de la actividad política. Uno de los grandes éxitos del chavismo fue la incorporación de parte del pueblo a los votantes institucionalizados, a través de un mecanismo tan sencillo como poderoso que es la aseguración. A través de entregarle cédula a los ciudadanos que no la tenían, Chávez incorporó casi seis millones de votantes nuevos al padrón. Digo, para no parecer ingenuos y que estamos mirando para otro lado, claramente, quizá el 40 por ciento de esos 5 o 6 millones de esos nuevos votantes eran colombianos. Colombianos que vivían hacía veinte o treinta años en Venezuela sin papeles, y que se hicieron venezolanos. Es cierto esto, digo es cierto porque la oposición la crítica que hizo fue que eran todos colombianos y no eran todos colombianos, pero dos o tres millones eran colombianos. Ahora son venezolanos que votan, tienen documentos; su origen, digamos, ya pasó a segundo plano. Pero esto no desacredita el hecho básico de que el chavismo ha hecho un proceso muy fuerte de incorporación de sectores sociales que anteriormente estaban fuera de la lógica política institucional a la lógica de la política institucional. Obviamente esto le ha dado un nivel de apoyo que lo ha llevado a ganar todas las elecciones que propuso menos una. Si tuviéramos más tiempo deberíamos discutir algo acerca de la institucionalización en Venezuela. Hay mucho para ampliar y discutir, pero me quedo con este fenómeno de la creación de mecanismos de creación de apoyo. En Ecuador pasan cosas parecidas.

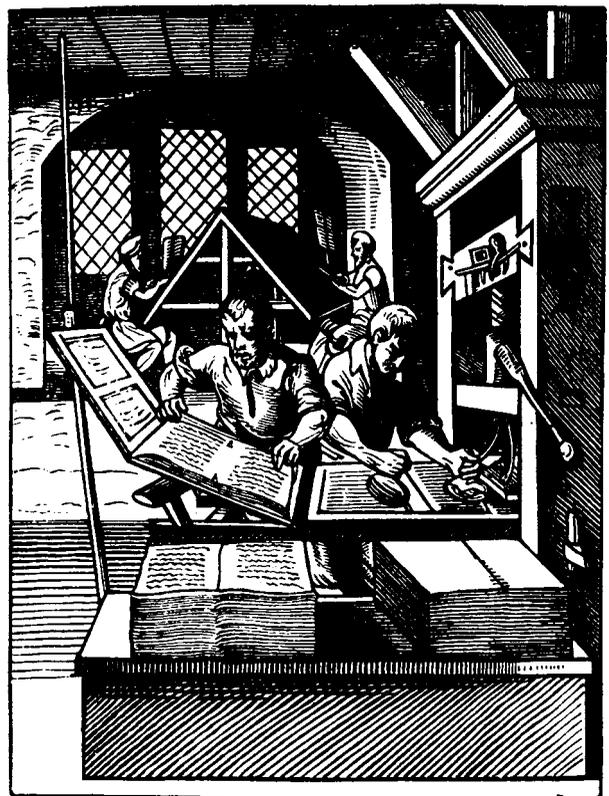
Antes de finalizar, un último comentario sobre un caso que aparece como modelo para el análisis de América Latina, que es el caso chileno. Como ustedes recordarán, después de la caída de Pinochet, una caída institucional por cierto, producto de votaciones, se instaló en Chile el gobierno de la Concertación,

dominado por dos fuerzas fundamentales, que eran la Democracia Cristiana y el Partido Socialista Chileno, que compartieron el poder durante veinte años. Esto es, la misma coalición dominando durante veinte años. Yo siempre me pregunté qué hubiera pasado en cualquier otro país latinoamericano si una misma coalición hubiera ganado las elecciones durante veinte años; las cosas que hubieran dicho algunos analistas: hegemonía, falta de alternancia, cuasi-autoritarismo. Pocos recordaban señalar que la Concertación chilena gobernaba con una constitución poco democrática y los que lo hacían esperaban que la propia dinámica del régimen político chileno hiciera que eso pasase casi desapercibido. Pero objetivamente, la Concertación chilena dominó el panorama político durante más de veinte años. Ahora, ¿qué fue lo que pasó electoralmente? Lo que pasó electoralmente es tan sencillo como que Pinochet se murió. Y esto le permitió a la derecha de la Democracia Cristiana chilena hacer lo que hasta ese momento no se había atrevido: a votar por el candidato de la oposición. Y esto fue lo que hizo la derecha de la Democracia Cristiana y el resultado fue extraordinario: una coalición cuya Presidenta termina su mandato con 70 por ciento de apoyo y cuyo candidato pierde las elecciones. No hay que romperse la cabeza para darse cuenta de lo que sucedió: parte de la coalición original, los sectores más autoritarios de la Democracia Cristiana votaron al candidato de la centro-derecha, y otros de centroizquierda, por cierto minoritarios, lo hicieron por el candidato alternativo Marco Enríquez Ominami.

Me parece que estos ejemplos son interesantes porque procesos similares se están dando en muchos países de América Latina: las coaliciones sociopolíticas son inestables, los apoyos cambian de una elección a otra. Me parece que estamos, y con esto termino, en un momento de crisis de las democracias latinoamericanas, ninguna de las cuales ha logrado generar, salvo quizá Brasil y Costa Rica, una estructuración relativamente estable de su propio régimen político. Muchas gracias.

Isidoro Cheresky: Buenas tardes o buenas noches. Agradezco a la Dirección de la Carrera de Ciencia Política por haberme invitado a compartir esta mesa con colegas, la oportunidad de decir algunas palabras sobre los temas del análisis político.

En este caso, sobre las elecciones y sobre los escenarios electorales. Es una constatación obvia pero vale la pena recordar que en América Latina se han generalizado las democracias electorales. Se han instalado las democracias electorales. En estas democracias electorales, aunque no sólo latinoamericanas sino en otros lados del mundo, podemos registrar tanto mutaciones políticas como sociológicas. De modo que las elecciones no sólo son el sustento de gobiernos legítimos, y eso es una novedad que ya lleva más de dos décadas en la región, pero es una novedad. Se ha generalizado ese modo de legitimidad de los gobernantes que es el electoral. Las elecciones, también a diferencia de lo que sucedió en el pasado, marcan el ritmo de la vida política, y son la oportunidad para resolver la conflictividad social y política. Hay elecciones para confirmar o revocar los mandatos, o hay elecciones también de tipo plebiscitaria, como las que hubo el sábado 7 en Ecuador en el registro de la democracia directa. De modo que, para diferentes actores y diferentes sensibilidades, hay reconocimiento de las elecciones como la institución básica del funcionamiento de la vida pública. Eso es una novedad que está fundada en la confianza ciudadana en las elecciones. Ahora, cuan-



do nosotros decimos elecciones, creo que hay que darle todo el alcance a la constatación de que a medida que hay elecciones que deciden los gobernantes hay cierto desalojo, cierta marginación, de otros recursos del poder que existían en el pasado. En particular, las corporaciones y los poderes fácticos. No sólo porque en el pasado hubo gobiernos militares, sino porque en la vida pública aún cuando hubiese elecciones el peso de las corporaciones tenía una significación distinta a la que tiene actualmente. De modo que yo diría que no se puede hablar de elecciones sin hablar al mismo tiempo de una ciudadanía autonomizada de los aparatos políticos y de las estructuras de comando. Esa es la realidad. Yo en alguna oportunidad he dicho que las elecciones encierran la posibilidad, en las actuales condiciones, de ser una suerte mini revoluciones, pueden poner en juego el rumbo político. Uno podrá pensar lo que quiera de los cambios de rumbo que ha habido en América Latina, pero las elecciones cuentan no de un modo menor ni como contaban en el pasado.

Ahora bien, mi segunda observación es la siguiente: las elecciones consagran una representación, un Congreso, presidentes, autoridades locales. La paradoja en nuestro tiempo en la región, y no sólo en la región, es que a la vez que se consolidan las elecciones como sustento de la vida política y pública, como el núcleo que hace que podamos reconocer que vivamos en sociedades democráticas —porque hay elecciones con variantes pero con libertades públicas que hacen que esas elecciones sean realmente elecciones y pese a las debilidades institucionales, decimos que efectivamente estamos en regímenes democráticos— es que al mismo tiempo que se ha consolidado el sistema representativo en ese sentido, están en crisis o descalificados los mecanismos tradicionales de la representación. Esos mecanismos están erosionados. O sea que se vota pero se vota de un modo y en registros completamente distintos de cómo sucedía en el pasado. ¿Qué quiere decir esto? En primer lugar, la desagregación de los partidos políticos. Los partidos políticos como identidades están en desagregación en todo el continente. Alguien va a poder decirme que en Chile y en Uruguay... podríamos conversarlo... pero yo creo que aún en esas sociedades, que son más del formato tradicional, se produce este fenómeno de desagregación de los partidos políticos, que se debilitan, desaparecen, o se transforman en redes a la merced de líderes de popu-

laridad. No hace falta explicar mucho la significación presente que tiene esta afirmación. No es que los partidos estén completamente ausentes, porque es imposible la vida política sin redes o dispositivos organizacionales. Simplemente, si los partidos políticos en el pasado fueron organizaciones sustentadas en una identificación de parte de la ciudadanía, y tenían una permanencia, una constancia en ese sustento, ahora se trata de aparatos que tienen una relación completamente distinta. Son sociedades en donde el 75 al 80 por ciento de los ciudadanos dicen no identificarse, ni pensó identificarse, con ningún partido político. No lo digo yo o una consultora rara, lo dicen todas las consultoras y el Latinobarómetro 2010, y no para la Argentina (para la Argentina con un poco más de intención), sino para todos los países de la región. Entonces, desagregación de los partidos políticos y descalificación de las instancias —de algunas de las instancias— de la representación, de los congresos. El Parlamento es una institución no verosímil. Y lo que quiero decir es que lo que hay detrás de esa desacreditación del Parlamento es el retroceso, diría yo, de una expectativa en la deliberación institucional, no de la deliberación en general, pero sí de la deliberación institucional en provecho del decisionismo. Esto atraviesa no sólo a la sociedad sino a todo el espectro político.

El tercer rasgo que creo que tiene que ver con esta paradoja, con esta mutación de elecciones y desagregación de las instituciones, es que tenemos presidentes decisionistas. Acá se ha referido Luis Aznar al presidencialismo. Pero son presidentes decisionistas y vulnerables. ¿Qué quiere decir esto? Esta es la tercera afirmación del significado de las elecciones: que aunque la legitimidad electoral es indiscutible —esto merecería alguna salvedad porque hubo en los últimos veinte años como quince presidentes constitucionales que fueron desalojados del poder, no por los militares, sino por el descontento popular, pero digamos que, en términos generales, el resultado de las urnas es respetado y reconocido—, esto no quiere decir que el resultado de las urnas reciba la adhesión ciudadana al día siguiente, sino que lo que sucede es que nos encontramos con una ciudadanía a distancia, vigilante y con la pretensión que ejerce efectivamente de poner en juego la legitimidad, de discutir la legitimidad de cada decisión significativa de esos mismos gobernantes por los que votó. De modo que se vota en las elecciones, se reco-

nocen los resultados, pero no quiere decir que eso sea suficiente para gobernar. Bueno, podríamos dar ejemplos. Todos recordamos qué es lo que le pasó a Bachelet: ganó las elecciones y cuando apareció la crisis del sistema de transporte Transantiago, o las rebeliones estudiantiles, su popularidad cayó en picada. Evo Morales, un líder de extraordinaria popularidad, de pronto pensó que tenía que ajustar o sincerar los precios de los hidrocarburos y se encontró frente a un tole tole popular. Lo que estoy mencionando son los casos más brutales y de retroceso. En la Argentina, todos recuerdan lo que sucedió con el rechazo ciudadano, el veto a la resolución 125 de retenciones a las exportaciones. Estos son varios ejemplos de lo que quiere decir elecciones y democracia continua. Una ciudadanía que no sólo vota. No es tampoco una ciudadanía que está movilizada como en el pasado; en algunos casos puede suceder que esté movilizada, pero son los menores. Lo que es seguro es que está alerta. Y tiene capacidad de poner en discusión las decisiones del poder. En este contexto, no debe sorprender que las escenas electorales no sean más la expresión de un sistema de partidos instalado. Acá lo señaló Luis Aznar con pena. Yo creo que podemos llorar juntos, pero eso no lo vamos a tener más, es decir, no creo que sea una crisis, sino una mutación en las democracias contemporáneas. Y los partidos —aunque no es el momento de entrar en profundidad conceptual— han sufrido una mutación en las sociedades. Los ciudadanos contemporáneos ya no son ciudadanos encuadrados que adhieren a identidades. Hay una autora, una teórica política, Dominique Schnapper, que sostiene que los ciudadanos contemporáneos piensan que no hay mejor modo de representarse que representarse por sí mismos. Y ese es un componente que yo creo que hay que admitir como característico y duradero de las situaciones contemporáneas. Lo colocaría mal en el registro de la crisis. Creo que se trata efectivamente de una mutación. Entonces, ¿qué pasa cuando hay una fecha electoral, cuando hay elecciones generales o elecciones parciales? Bueno, ahí está efectivamente la posibilidad de que se constituya una escena electoral, una escena electoral que no es el sistema de partidos.

Yo hago estudios electorales hace quince años y ya no puedo, hace tiempo, hacer series históricas porque no llevan ni la misma sigla, y cuando son la misma sigla no son lo mismo. Y no es sólo la Argen-

tina o América Latina. Hay sociedades donde hay ciertas permanencias, pero el registro característico es que en el momento de constituir la oferta política, cuando hay elecciones por delante, es en donde se pone en juego la constitución de una escena electoral en la cual tenemos una ciudadanía fluctuante, autonomizada, que mayoritariamente no tiene identificaciones políticas duraderas, aunque hay un sector marginal que sí las tiene. Y hay, por supuesto, aparatos políticos que persisten, pero el gran desafío es cuáles son los líderes que serán capaces de crear un vínculo de representación. Es un vínculo de representación forzosamente transitorio; forzosamente, yo diría que se constituye y puede efectivamente deshacerse. Por eso he hablado sobre la fragilidad de los liderazgos, incluso de los presidentes. Entonces, creo que otro rasgo que debemos tener en cuenta con las escenas electorales es el peso de la negatividad. Efectivamente, considero que las elecciones chilenas fueron el rechazo a la Concertación. Y creo que los procesos venezolanos a los que ha aludido Luis Aznar, el ascenso de Chávez, efectivamente tienen que ver con la emergencia de aquellos que estaban al margen, pero es en el rechazo a un sistema que estaba ahí instalado como exclusionista. Ahora, si examinamos rápidamente, yo voy a mencionar algunos ejes para no hacer un tratamiento simplemente conceptual. Para ver que efectivamente no hay un sólo componente, creo que están estos condicionantes que he mencionado, electoralismo y desinstitucionalización, para decirlo en dos palabras. Pero cómo juegan es complicado. En el caso de Chile, por ejemplo, acá se mencionó, ha habido alternancia política, curiosa alternancia política. Bachelet tenía efectivamente entre 70 y 80 por ciento de la popularidad, pero era justamente una líder de popularidad; era su prestigio, el prestigio de ella. Y el candidato Frei, que vino a competir por la Concertación, lo que recibió, yo creo, es el rechazo a la clase política, a una Concertación que aparecía como burocrática, y que se expresó en el descontento de aquellos que eran excluidos por la burocracia. Entonces, se fracturó también. Se fue Enríquez Ominami por un lado, y se fue Jorge Arrate, por el otro. Jorge Arrate, Frei y Enríquez Ominami sacaron 53 por ciento de los votos, si los sumamos. O sea, que la ex Concertación ganaba las elecciones. Pero no se votó por la Concertación. Se votó por esos candidatos. Y los candidatos que se fueron expresaron malestar. Enríquez Ominami, en

una sociedad muy convencional, recogió el 20 por ciento de los votos y los que votaron por Enríquez Ominami sabían que por el sistema truco, binominal que existe en Chile no iban a colocar un solo diputado. De modo que no existe ese elector racional de los manuales de ciencia política. Lo que existe es el descontento ciudadano que se expresa por ejemplo incluso por medio de ese voto que parecía un voto crítico de una tradición. Para tomar un ejemplo, la derecha misma era una derecha *aggiornada*, ¿en qué sentido? La experiencia de Piñera, que logró convencer a Lavín. Piñera no era el aparato político. No es el partido renovador. La derecha tradicional y fuerte. Ese era Lavín y su dispositivo. Pero lo que manda son las encuestas, no el aparato político, y eso sí lo percibieron. Y en el triunfo de lo que se sigue llamando «la derecha», está ese componente de *aggiornamento* a la cual la Concertación no pudo dar lugar.

En Brasil hubo una competencia entre dos coaliciones. En Chile también eran coaliciones, es decir no compiten los partidos. Compiten líderes, en algunos casos más sustentados en partidos como es el caso de Chile. Y en otros casos, relativamente sustentados en partidos. No tengo en mente exactamente el resultado de las últimas elecciones en Brasil; normalmente Lula sacaba tres veces más votos que el PT, y estaba en minoría en el parlamento. Es decir, era un presidente coalicional que mandaba, iba adelante por su popularidad, por su relación directa con los ciudadanos. Una relación, que salvando las distancias, era parecida a la que tuvo Kirchner con su electorado en el 2003. Entonces, en Brasil hubo un proceso electoral muy interesante, porque aparentemente era una competencia de candidatos que se inscribían o pretendían ser de izquierda. Y ahí, la lógica de la popularidad también fue muy interesante, porque Serra un año antes de las elecciones estaba por sobre la candidata del PT, que era una desconocida. Simplemente hubo algo que no se produce fácilmente, que no se provoca en otros lados, que es la transferencia de popularidad a la candidata del PT. Entonces, ahí tenemos un ejemplo de la continuidad de un proyecto, a diferencia de la Concertación, donde no aparecía un proyecto, sino que lo que aparecía era una burocracia política.

Los contemporáneos latinoamericanos ven a los dirigentes políticos como una clase política con privilegios. Y cuando no está el brillo de un proyecto de realizaciones novedosas, eso pasa a primer plano.

Bueno, en Perú las elecciones recientes, que están en curso, en la primera vuelta se parecen a la Argentina de 2003. Cinco candidatos con pocas diferencias de votos. Humala sacó más de lo que había sacado Menem en 2003, pero de todos modos, con una dispersión entre diferentes candidatos. Lo que pasa en la segunda vuelta, es que los líderes de popularidad tienen que ajustar un lazo representativo con la ciudadanía. Entonces Humala, que estaba en el registro fundacional de Chávez y los procesos reconstituyentes, rebobina para poder ser representativo, porque tiene que ganar las elecciones no puede simplemente hacer su discurso de siempre. Fujimori trata de convencer no sólo al electorado... Tiene dos electorados. Un electorado cautivo que recuerda a Fujimori por todo lo que Fujimori dio como dádiva, un electorado un poco lejano a la política, articulado con sectores de las clases del mundo de los negocios que ven en Keiko Fujimori la esperanza de que no haya una deriva populista. Entonces, ese es otro tipo de articulación política.

El caso de la Argentina lo paso por alto (por falta de tiempo). El caso de Argentina puede tener un parecido con el de Brasil. Dos candidaturas que aunque no explícitamente, o quizás sí, se inscriben como alternativas de pretensión progresista. En ese sentido, puede haber una analogía. Yo quiero simplemente —de modo telegráfico porque no tengo más tiempo y no quiero abusar— señalar algunos rasgos que me parecen característicos de los procesos políticos electorales latinoamericanos. Primero, hay una centralidad de la ciudadanía, simplemente porque es fluctuante, y porque si hay elecciones el problema es qué es lo que se va a articular como representación política. Hay que ganar en la campaña electoral el voto ciudadano. Entonces, el primer rasgo que yo pongo de relieve es este. Y es una ciudadanía, yo diría, para dar algún toque de sentido, que es efectivamente fluctuante, pero que no quiere decir que sea frívola. Hay ciertos valores de igualdad y de reclamo de un rol del Estado, de intervención pública, que son muy generalizados en América Latina. Y que no era el caso en el pasado. Entonces, no es raro que no haya competencia entre progresistas, sino que está reflejando un poco en qué registro se procura representar. Segundo rasgo. Yo creo que lo que nosotros tenemos son escenas en donde está esta ciudadanía fluctuante, y hay líderes que tienen la pretensión de ser instituyentes, de crear una identidad frente al

proceso electoral. Al mismo tiempo, están las organizaciones políticas.

Yo creo que hay que tener en cuenta dos lógicas. Está la lógica de la opinión y está la lógica de la popularidad, es decir, de la relación directa no mediada de la ciudadanía. Yo creo que lo nuevo en América Latina, por eso la centralidad de la ciudadanía, es que predomina la lógica de popularidad. ¿Por qué Cristina Fernández de Kirchner puede desafiar a Moyano, quien puede organizadamente movilizar a 300 mil personas? Porque Moyano no puede ganar las elecciones. No sólo no puede ganar las elecciones sino que no goza de la popularidad de la Presidenta, que puede efectivamente decirle hasta acá o hasta allá. Tercer elemento, y estoy terminando, creo que lo que nosotros tenemos son coaliciones, que como dispositivo institucional va en consonancia con el liderazgo, con la existencia de coaliciones más que de partidos en el sentido tradicional. Esas coaliciones son diferentes de las coaliciones del pasado. En el pasado, las coaliciones eran partidos o fragmentos de partidos que se sentaban en una mesa y discutían algo. No sucede en ninguna de las fuerzas argentinas, me atrevería a decir. El líder de popularidad, la locomotora eventual de una lista sábana es el que pone las reglas de juego. Eso es una coalición, los que se suman a un proyecto de carácter personalista. Y en la Argentina, eso obviamente vale para el oficialismo, pero vale también para los radicales —incluso para los socialistas como lo está probando el proceso de las internas santafesinas en este momento—. Los procesos refundacionales, que merecerían ser analizados por separado, yo creo que están siendo atenuados en sus pretensiones disruptivas con las constituciones de sus países, a veces con las propias constituciones que aprobaron, justamente por la vigencia del imperativo electoral. Por ejemplo, Evo Morales que ganó en diciembre de 2009 con el 67 por ciento de los votos, tuvo que rebobinar cuando perdió las elecciones de prefecto en siete de las diez principales ciudades, porque se dio cuenta de que en Bolivia también, los electores votan una vez de un modo y otra vez de otro modo, porque juzgan las acciones de gobierno.

Julio Pinto: Antes de empezar quiero agradecer a los organizadores la oportunidad de plantear este tipo de conocimiento dialógico, es decir, en abier-

ta interacción con ustedes. No quiero repetir lo que ya han tratado los dos expositores previos, así que voy a tratar de abordar estos temas desde otra lectura, parecida, pero no similar. En primer lugar, yo creo que habría que utilizar el concepto clave que sirve para orientar la jornadas, pero no sería la ciencia política como vocación y profesión, sino que utilizaría la antinomia weberiana de ética de la profesión y ética de la responsabilidad, para explicar más que las mutaciones, las transformaciones que han experimentado los dos partidos que prácticamente constituyen la razón misma de nuestro sistema partidario a lo largo de casi un siglo. Es decir, nosotros enfrentamos en este momento, un escenario electoral extremadamente fluido. En pocas semanas han desaparecido todos los candidatos ajenos a los dos grandes partidos, el PJ y el radicalismo, que aparecían con fuertes probabilidades. Pero ahí, no se cierra esta fluidez pre-electoral. Porque ahora, la segunda instancia es todavía más fuerte, es todavía más peligrosa para los actores, que deben definir cuál va a ser el perfil último del PJ o del radicalismo en esta instancia electoral. Y esto no es una cuestión de hoy, es una cuestión de siempre que atraviesa la historia de ambos partidos. O en algunos momentos de movimientos, como les gustó autodefinirse y con cierta precisión.

El radicalismo nace con Yrigoyen en una clara respuesta a una crisis de legitimidad que aflige formidablemente a la República. No solamente por la presencia del anarquismo, sino por el hecho de que el radicalismo está atravesando el desierto a lo largo de toda una generación. Hasta la ley Sáenz Peña, el radicalismo está fuera de cuanta elección se realiza en el país. Entonces es comprensible que se autodefina a sí mismo no ya como otro partido más, sino como una causa que combate al régimen falaz y descreído, que se plantee como una auténtica religión cívica, y por eso que construya una liturgia, que lleven a la práctica los correligionarios, identificaciones físicas, la boina blanca, y por sobre todo que busque que sea el presidente plebiscitario quien oriente la acción en un partido que no ha surgido a lo largo de generaciones de vida parlamentaria, sino que ha surgido de una situación prerrevolucionaria y no tiene demasiada experiencia en el debate político. Más que nada se asume como una actitud, y por eso reivindica la concreción de una identidad nacional que entiende que el régimen no ha sabido conso-

lidar. Y eso, entonces, requiere modificaciones drásticas, requiere el presidente plebiscitario, es decir muchas cosas parecidas a la segunda instancia histórica que vamos a recordar.

El radicalismo de Yrigoyen no es el radicalismo antipersonalista. El paradigma que ha orientado la cultura durante tantas generaciones, el positivismo, es tan fuerte que logra captar a gran parte del radicalismo, diría a la *intelligentsia* del radicalismo. Debemos recordar que en la vejez y derrocamiento de Yrigoyen, el compromiso con el presidente de las autoridades radicales no es muy alto: el Vicepresidente y el Ministro del Interior tuvieron situaciones muy ambiguas frente a la crisis, como asimismo el famoso telegrama de Marcelo Torcuato de Alvear desde París adhiriendo a la revolución, que por otro lado es llevada a cabo por un revolucionario del parque, Uriburu, y por un revolucionario de 1905, Reynolds, que dirige el Colegio Militar. Es decir, es una restauración conservadora en lo socio económico; pero en lo político nos encontramos con que los dos presidentes de la década del '30 provienen del radicalismo antipersonalista. Justo fue Director del Colegio Militar y formó a los futuros oficiales durante toda la presidencia de Yrigoyen y fue Ministro de Guerra con Alvear, es decir que orientó las asignaciones a las unidades estratégicas de quienes eran más afines a su discurso —no sé si recuerdan que Justo fue uno de los iniciadores de las logias militares, y por cierto con gran eficacia como lo va a padecer luego Uriburu—. El radicalismo entonces, ante el surgimiento de una nueva crisis de legitimidad, encuentra un atisbo de recuperación yrigoyenista muy fuerte en la gobernación de Sabattini, que logró imponerse en las urnas recurriendo a verdaderos combates en todo el sentido de la expresión, porque el fraude volvió a basarse en la violencia policial contra la ciudadanía. Y en un país nuevo, sin generaciones democráticas, a veces la ciudadanía se reivindicaba a balazos, como logró hacerlo el radicalismo cordobés. La gobernación de Sabattini fue muy exitosa. En un partido que se definía como una actitud frente al régimen, como una actitud en la búsqueda de identidad nacional, Sabattini no tenía por cierto el liberalismo de los antipersonalistas, pero tenía una identificación con las bases populares que estos últimos no tuvieron jamás. En el '43, los militares quieren acabar con el régimen del '30 porque la crisis de legitimidad era tan grande que tienen mucho temor de

una irrupción del marxismo, porque la deslegitimación del régimen es muy fuerte. Entonces le ofrecen el gobierno a Sabattini. Y Sabattini no lo acepta, quiere elecciones, quiere que su partido lo designe. Pero el partido elige un hombre del antipersonalismo, un médico de gran honorabilidad, un muy buen parlamentario, el Dr. Tamborini, pero absolutamente ajeno a las expectativas yrigoyenianas. Y es la crisis de la UCR, que pese a conformar la Unión Democrática es derrotada por un partido que se sustenta en un sistema que no es precisamente el de partidos. Perón se basa en el ejército, la Iglesia y los sindicatos para ganar las elecciones, porque no está hablando tanto de un debate ideológico sino de una redistribución fuerte del ingreso. Esa fuerte redistribución del ingreso va a crear una identificación muy grande entre la ciudadanía y el liderazgo que él encabeza, más allá de actitudes personales autoritarias y de otro tipo que tiene el Presidente plebiscitario a lo largo de los casi diez años de gobierno.

Una nueva crisis de legitimidad nace en el '55. La metamorfosis se da en ambos partidos. Perón retorna en 1972 al país, se proclama socialdemócrata, y luego en su senectud termina dejando en el gobierno a su mujer y a López Rega, y produciendo casi una guerra civil. Llega un momento pésimo para el país, que es la nueva irrupción militar de 1976; por primera vez los militares no hablan de reinstaurar los valores y las instituciones republicanas —generalmente lo habían manifestado contra las democracias plebiscitarias como las de Yrigoyen y Perón—. Por eso, en el '30 y el '55 ambos pronunciamientos pretenden reivindicar las instituciones republicanas. Ahora ya no. En el contexto de una Guerra Fría que está pasando uno de sus momentos más encarnizados, las Fuerzas Armadas se proclaman únicas intérpretes de la soberanía popular, y producen una represión ilimitada.

Al terminar el período militar tras el desastre que protagonizan las Fuerzas Armadas en Malvinas, el radicalismo experimenta también una auténtica metamorfosis con el acceso de un nuevo liderazgo, el de Raúl Alfonsín, que representa un *aggiornamento* fuerte en relación al pasado balbinista. Por eso, al ser un hombre nuevo ya no puede ser ubicado en la antinomia peronistas y radicales como lo había sido previamente el contraste Perón-Balbín, para la reconciliación en la vejez cuando ya nada podía hacerse. En-

tonces, esa metamorfosis hace que el radicalismo presente en ese momento al progresismo al reivindicar los orígenes yrigoyenistas, asumiéndose como el Tercer Movimiento Histórico. Tanto es así que al ganar las elecciones presidenciales va a trasladar al radicalismo hacia la internacional socialdemócrata, con el entusiasmo de algunos y el desagrado de muchos. Pero de todas maneras había una auténtica metamorfosis, un auténtico cambio, mientras el peronismo de ese momento se asumía como un partido de centroderecha con la fórmula Luder-Iglesias. Por eso a veces parece un poco apurada la apreciación de un sociólogo tan distinguido como Torcuato Di Tella, cuando habla que en el futuro del país se avizora un partido de centro izquierda, por la hermandad del sindicalismo con el PJ, y un partido de derecha, el partido radical, porque en este caso, la nueva definición que surge es absolutamente distinta, el centro izquierda lo ocupa el alfonsinismo y el centro derecha lo ocupa el PJ histórico.

Lamentablemente, la crisis económica acaba con Alfonsín. Y en una nueva metamorfosis, con el menemismo el peronismo deja de ser conservador y tradicionalista y pasa a ser neoliberal. Y en lugar de redistribución del ingreso se produce una concentración del ingreso jamás vista en la Argentina. Es decir, hay una involución social de características poco comunes. Sin embargo, la ciudadanía vota eso por la manipulación de los medios, por el grado de simpatía personal que despierta un transgresor por excelencia. En un país que tiene ciertas fuertes tendencias a la trasgresión, eso es un mérito, no un demérito. Pero estamos llegando ahora a un momento en donde después de estas transformaciones, metamorfosis, tras la crisis de 2001 se llega al kirchnerismo con un discurso transversal. Es decir, surge el intento de reunir a los sectores progresistas del PJ y del radicalismo en una actitud común frente al enemigo para hacer frente a compromisos financieros que ha asumido la Argentina. La deuda externa que habían dejado los militares que era muy grande, ahora se ha incrementado mucho más. Y hay acuerdo con varias provincias radicales. Sin embargo, esto no sobrevive mucho tiempo y el radicalismo termina por dejar de lado esta actitud transversal con la célebre ruptura de Cobos en el Senado.

Hoy entonces estamos en vísperas de las elecciones que pueden ser de continuidad de algo que nos lleva a persistir en una experiencia de ocho años, o de

cambio de algo. Estamos en un momento en que la exigencia de definir un perfil político, no ideológico —ni radicales ni justicialistas fueron jamás partidos sustentados en la filosofía política sino en actitudes, en reivindicar la idea de la nación en el conjunto de las naciones, en la idea del pueblo soberano—. Han resistido, por esa razón, más que los otros partidos políticos del mundo occidental a la crisis del fin de las utopías que marca la implosión soviética en 1989. Frente a estas nuevas instancias, hay un proceso redistribucionista muy fuerte en curso, cuyo éxito ha dado enorme popularidad a un gobierno que inicialmente reunía el 22 por ciento de votos en la elección inicial —menos que el voto de Illia— pero que ha sabido construir poder con ese tipo de políticas, que por cierto son afines a las iniciales del PJ, pero sin las características autoritarias del primer gobierno peronista, que lo fueron, y muy serias. Pero de todas maneras ese tipo de políticas redistribucionistas responde a una expectativa que implica el mismo nombre, Partido Justicialista. Entonces encontramos que tras la decantación dentro del PJ, el peronismo histórico, el de los Romero, el de los Rodríguez Saá, el de los Duhalde, ha quedado aislado. Es decir, se intentó crear un peronismo paralelo que finalmente, en los hechos, desapareció; no se puede volver al '45.

El tema es que para preservar una posición favorable en la relación de fuerzas, a veces se desplaza la ética de la convicción en beneficio de la ética de la



responsabilidad. Es decir, ciertamente cada vez más se sustentan los éxitos y los fracasos electorales en coaliciones, que son más exitosas en Europa que acá porque además de ser coaliciones electorales son coaliciones de gobierno, cosa que nos cuesta tanto a nosotros. Estamos hablando de un proceso de redistribución del ingreso muy fuerte, estamos hablando de un proceso de asunción de un discurso progresista también muy fuerte, nos basta ver los carteles de la facultad, uno toma conciencia de ello. Pero, por otro lado, estamos viendo la necesidad de conciliar posiciones con otros actores sociales, sin los cuales es muy difícil afrontar una elección, por más favorables que sean hoy las estadísticas. Es decir, en relación al empresariado, hay hoy en día una moderación del discurso oficial muy notoria, dejando sin recursos a candidatos del empresariado como Macri por ejemplo, aunque ello implique postergar expectativas doctrinarias en el PJ.

Por otro lado, el caso Moyano. Siempre los sindicalistas europeos han tenido un partido hermano, los socialdemócratas. Acá, no existiendo una misma relación porque no hay socialdemocracia, la vinculación ha sido con el PJ. El tema es que los sindicatos no han sido autónomos como en Europa, surgiendo desde abajo a través de la lucha, sino que surgieron desde arriba, desde un gobierno, en el '43, por lo que son heterónomos. Entonces, su conducta ha sido la de negociar casi servilmente con el poder, pero por otro lado, reivindicar un grado creciente de autonomía, es decir, de participación en el poder. Ello explica el caso Moyano. Agobiado por causas judiciales en ciernes, fastidiado porque hace actos multitudinarios pero no tiene acogida en la opinión pública, pretende entonces que desde arriba se le den lugares en las listas y pide cargos desde la vicepresidencia para abajo, en virtud de su potencial de chantaje. Recuerden que tras hablar la Presidenta de la necesidad de que para combatir la expoliación empresarial era necesario evitar la extorsión sindical, por el descrédito y la pérdida de votos ciudadanos que ello implica, y sobre todo el choque frontal con el empresariado, la contestación de uno de los seguidores de Moyano, Schmidt, fue que «es la única presidente de la democracia a la que no le hicimos un paro general». Entonces, la ética de la responsabilidad hace que se tenga que cohabitar. No hay salida en vísperas electorales ni tampoco, si se quiere garantizar una cierta autonomía frente al sector empresarial,

que la expectativa vaya más allá de la autodepuración sindical, no por la búsqueda de concretar grandes ideales éticos sino por una idea de renovación interna en la propia CGT. Y en el radicalismo, lo que está sucediendo es una cosa bastante similar. Al discurso progresista de una eventual fórmula Alfonsín-Binner, se le antepone ahora el acuerdo con De Narváez, que tiene un fuerte lazo con los punteros duhaldistas en la Provincia de Buenos Aires, lo que le permitió derrotar al propio Kirchner. El problema es si el dinero de este hombre, sin el aparato duhaldista, podrá tener la misma repercusión electoral. Ahí también se da entonces el hecho de que la ética de la responsabilidad termina por pesar sobre la ética de la convicción. La reforma política tiende, y en esto estará de acuerdo Luis Aznar, a devolver al sistema de partidos una característica fuertemente bipolar para preservar la gobernabilidad, en el sentido de dar racionalidad al debate. No puede haber más de 40 bloques en el Congreso. Sin embargo, en ambos partidos, que reivindican su progresismo, surge la necesidad de acordar con los actores sociales un discurso que sea aceptable a ellos, y a su vez aceptable a la ciudadanía, porque no todos se sienten interpretados ni por el empresariado ni por el sindicalismo, ni por el PJ, ni por el radicalismo. Entonces, es en este momento cuando predomina la ética de la responsabilidad sobre la ética de la convicción en la búsqueda de aliados.

Pero como característico país sudamericano del Atlántico, y con esto termino, haciendo una pequeña reflexión sobre las elecciones en América del Sur, debe recordarse que quienes habitamos la costa atlántica, y somos sociedades producto de la inmigración —recuerden que el sur de Brasil es tan producto de la inmigración como la pampa húmeda argentina, Getulio Vargas salió de Rio Grande do Sul y Lula salió de San Pablo— tenemos políticas democráticas sustentadas más que en sistema de partidos —Brasil nunca lo ha tenido— en la idea que da el hecho de provenir de la inmigración, la idea de un continente de iguales. Por eso, esas características comunes de políticas redistribucionistas, aun siendo tan distintos los liderazgos de Lula o de Kirchner, son diferentes a las políticas de la costa del Pacífico, sociedades mucho más estamentales que han hecho fracasar los partidos políticos e impuesto políticas neoliberales. Donde el clivaje izquierda-derecha ha dejado lugar a un clivaje étnico, donde el indigenismo

ha sido una característica muy fuerte. Luis recordaba recién lo que es Colombia. Casi todos los presidentes son parientes. Se está absolutamente a espaldas de lo que es un debate ciudadano de acuerdo a las definiciones de Europa o de América del Norte. Sean conservadores o liberales, las leyes del juego están establecidas. Y quienes las trasgreden como los liberales, Gaitán primero y Galván después, son eliminados físicamente. O el caso chileno, donde como bien recordaba Luis, la constitución que heredan los partidos de la Concertación del pinochetismo, la disposición que establece la autonomía del presupuesto de las Fuerzas Armadas en base al presupuesto del cobre, y sobre todo el régimen de representación que da prevalencia a la minoría, y entonces nunca se

logra obtener la mayoría necesaria para cambiar eso. Ese es el gran demérito de la Concertación, no poner énfasis solamente en lo institucional sino también en lo social. La Concertación terminó casi veinte años de gobierno sin paritarias, las estableció el presidente Bachelet en el último año de su mandato. Esta circunstancia permite comprender las razones del colapso electoral de la Concertación. En la Argentina, con todas sus características, a veces confusas en lo institucional, las paritarias tienen vigencia hace ya una década, y da más legitimidad a un sistema político que los grandes enunciados principistas, una buena gestión pública que garantice la equidad social a sus ciudadanos. Las estadísticas sobre la orientación del voto en octubre así lo demuestran.

El rol de los medios, las formas de la opinión pública y las estrategias comunicacionales en la campaña electoral de 2011

))) Daniel Cabrera, María Elena Qués, Belén Amadeo, Edgardo Mocca y Julio Aurelio

Daniel Cabrera: Buenas tardes. El título de esta mesa sugiere una especie de relación de dependencia: parece que las estrategias de la campaña dependieran de las formas de la opinión pública y éstas, a su vez, del rol de los medios. Así que mi idea es comenzar por el rol de los medios y compartir una serie de reflexiones y preguntas que yo mismo me hago respecto del rol de los medios, y del poder que se les asigna actualmente. Me gustaría referirme, con distinto nivel de intensidad, a los distintos actores que uno puede suponer están jugando en esta temática. Uno de los primeros es la academia, la ciencia, que ha investigado desde hace mucho tiempo el papel de los medios, su rol, su poder, y sobre todo, el efecto que los medios pueden surtir en las audiencias o en el público. Las teorías o hipotetizaciones más actuales estarían diciendo que los medios son un importante insumo para la formación de la opinión pública y que tienen consecuencias más bien a mediano-largo plazo, y que los efectos operan más que nada sobre la cognición del público. En este marco, una de las principales teorías de los últimos años, de los últimos cuarenta años, es la que se denomina *agenda-setting*, que sintéticamente dice que los medios nos imponen la agenda, que la agenda del público está condicionada por los medios: los medios nos dicen sobre qué temas pensar. Por supuesto que los autores de estas teorías y los que han trabajado estas ideas no nos están diciendo que los medios son los únicos que influyen sobre los temas que se incluyen en la agenda pública, pero sí que son los actores más importantes. Sin embargo, creo que habría que mencionar lo que los propios autores o estudiosos de estas teorías indican como factores contingen-

tes que pueden potenciar o inhibir el efecto de la *agenda-setting*. Y habría que mencionar el interés o desinterés de los ciudadanos por la política, la credibilidad que tienen los medios, la necesidad de orientación que tienen algunas audiencias, la capacidad de atención o retención de temas y, puede que llame la atención esto que voy a decir, la variable educación. En una investigación de Alicia Casermeiro (UCA), se sostiene que una variable contingente que matiza el efecto de la *agenda-setting* es el nivel de educación, siendo que los más educados son los más sensibles al efecto de los medios, a la vez son quienes también tienen mayor independencia de criterio para establecer su propia agenda. También hay que mencionar que hace un tiempo se empezó a estudiar lo que se denomina el segundo nivel del efecto *agenda-setting*, que no se refiere al poder de los medios para establecer la agenda, es decir, sobre qué temas pensar, sino que alude a qué pensar sobre esos temas, o sea un efecto mucho más poderoso e incisivo. Este segundo nivel de la *agenda-setting* todavía no tiene, en base a los estudios que se han hecho, la envergadura del primer efecto y por ahora no se ha podido demostrar en el mundo de la academia y de las investigaciones científicas.

Así como por un lado la ciencia nos está informando sobre algunos avances, otro de los actores que intervienen en este proceso sobre el rol de los medios, son los propios periodistas, o los propios medios; al respecto, uno de los trabajos más importantes es el de Philip Meyer, también de hace unos cuarenta años, en el que postulaba tres o cuatro características de los periodistas: falta de habilidad para interpretar datos, tendencia a la aceptación de hechos puntuales, o anéc-

dotas, como válidos para todo el universo, y poca permeabilidad para aceptar los avances científicos.

Un tercer actor, sobretodo cuando nos referimos a cuestiones políticas, son los propios dirigentes partidarios y algunos funcionarios del Estado; los que, desde mi punto de vista, tienen una característica muy parecida a cierta (no sé como llamarla exactamente) intelectualidad, incluyendo algunos docentes y estudiantes universitarios de ciencias sociales: lo que dice la ciencia entra por un oído y sale por el otro. Una buena parte de nuestra clase gobernante sigue pensando que los medios tienen un impacto directo, inmediato, poderosísimo, que era lo que se creía hace sesenta o setenta años, y pareciera, según ellos, que pensamos exactamente lo que nos dicen los medios, que éstos nos lanzan ataques únicos, unidireccionales y que todos los medios tienen un impacto igual en todas las personas, ya sea que ellas sean conceptualizadas individualmente, en su actividad en red o en grupo.

Sin embargo, el último actor que me restaría nombrar es el propio público. Evidentemente, la desregulación económica de los años '90 vino acompañada de varias otras desregulaciones que alcanzaron varios aspectos de nuestra existencia: las modas, los sistemas de salud, las comidas, las religiones, etc. Lo que implica que hoy día estemos viviendo un momento de gran diversidad, gran heterogeneidad en cualquier orden de la vida. Si somos realmente tan heterogéneos y tan diversos, me pregunto cómo puede ser que los medios impacten por igual en todo el mundo; también me interrogo acerca de si esa diversidad no se refleja en los medios: no tenemos un solo tipo de medios, no todos los medios dicen y piensan lo mismo, por algo nosotros elegimos mirar o leer algunos medios y no otros. Entonces, la pregunta es: ¿cómo puede ser que todavía pensemos que los medios impactan de manera lineal y uniforme? Los medios son un gran monstruo, pero la gente no es estúpida. Nada más, muchas gracias.

María Elena Qués: Voy a hacer algunas reflexiones que tienen que ver con algunas perplejidades que me suscita tanto del escenario actual como de esta campaña electoral que estamos empezando a atravesar. En general, las campañas —fundamentalmente cuando yo empecé a trabajar sobre discurso político— solían ser el gran festín de la discursividad política. Aunque no siempre la oferta fuera demasiado consis-

tente, era un punto de observación privilegiado para quienes nos ocupamos del análisis de la comunicación política. Me parece que, desde los '80 a la fecha, ha habido un corrimiento más bien paradójico ya que, si bien hay mayor facilidad de circulación, mayor abundancia, más medios, etc., la densidad y la capacidad de interpelación de los discursos políticos a la ciudadanía ha tendido a decrecer. Un indicio actual es, por ejemplo, la recuperación de antiquísimos slogans electorales: «Mejor, Felipe» que recupera aquel «Mejor, Alfonsín» que los mayorcitos recordamos, o «Telerman sabe» que recuerda el aún más antiguo o slogan de Ezequiel Martínez «Sabe y puede», el frustrado aspirante a «Presidente joven» que era uno de los delfines de Alejandro Agustín Lanusse.

Por menor densidad me refiero a que las campañas suelen girar en torno a algunas consignas extremadamente amplias y, al respecto, quería recordar un comentario que hacía Tulio Halperín Donghi hace unos años en una entrevista, a raíz de la campaña de aquel momento. Halperín Donghi, con su acidez habitual, decía que la campaña le resultaba poco interesante dado que, para que un enunciado sea interesante, alguien tiene que poder discutirlo. Enunciados como «más salud», «más educación», «más integración», no plantean ninguna discusión posible. No podemos imaginar un discurso político que diga: no, yo quiero menos educación, menos integración. No se abre ningún campo de debate y eso tiene que ver con la menor capacidad de interpelación, con la menor capacidad de generar interés por parte de los ciudadanos. También, evidentemente el fenómeno está ligado a la disolución creciente de las identidades partidarias, sobre esto voy a volver un poco más adelante. Entonces, si bien las campañas siguen siendo un festín, las vituallas que se sirven son cada vez más austeras.

Por otra parte, en cuanto a esta elección que se avecina en particular, tengo más preguntas que afirmaciones para hacer. Lo que parece evidente es que estamos ante un desgranamiento progresivo de las identidades partidarias tradicionales, que llegan a un nivel de licuación extremo, salvo en el caso del oficialismo, por razones obvias. Una de las consecuencias es que encontramos un escenario habitado por individualidades que pueden entrar en cualquier combinatoria posible: el caso más notorio, en estos días es la renuncia o desistimiento de Mauricio Macri a participar en la elección nacional. Si bien el anuncio fue presentado en un ámbito festivo, creo que ese cli-

ma es poco verosímil. Para ninguna fuerza política puede ser motivo de celebración la renuncia a participar de un proyecto nacional o de intentar competir por la Presidencia de la Nación. Por otra parte, internamente, eso tiene un impacto muy fuerte sobre las posibilidades de los cuadros políticos intermedios de esa fuerza. Sin embargo, el tema no parece haber sido consultado o discutido en el marco de una estructura partidaria, más bien se presentó como una decisión individual del candidato en función de ciertos parámetros cuantitativos. Otro ejemplo es la posible alianza en la Provincia de Ricardo Alfonsín con Francisco De Narváez. Personalmente, creo que es una maniobra letal, parecía que en torno a Ricardo Alfonsín algo del orden de la recuperación partidaria venía germinando muy costosamente en la UCR. Pero se trata de un esbozo muy frágil que difícilmente pueda soportar una alianza, que yo llamaría agramatical para la tradición del partido, entendiéndolo por gramática una posibilidad de combinatorias compatibles con las reglas del sistema. En este sentido, esa posible alianza me recuerda el periplo que hicieron en su momento tanto Roberto Lavagna como Felipe Solá al alejarse del kirchnerismo. Ambos exploraron la construcción de un vínculo con Duhalde y De Narváez en la provincia y su destino no fue demasiado feliz. No creo que le vaya mejor al radicalismo explorando por ese lado.

Claro que en esta coyuntura las combinatorias agramaticales no son exclusividad de la UCR. Las alianzas políticas en este momento se parecen más bien a las de aquel juego del «baile de la escoba», en el que hay que buscar rápidamente un compañero — sea cual fuere— antes de que se reinicie la música. Las especulaciones periodísticas acerca de las posibles alianzas y combinatorias dan cuenta de esto. Un par de titulares tomados del *Clarín Digital* esta tarde valen como ejemplos: Macri sobre Duhalde y Alfonsín: «Yo voy a hablar con todos». Otra noticia sobre el cierre de listas porteño señalaba «Pino sumó al GEN y al socialismo; la UCR se quedó sola». Si retomamos la comparación, le tocó la escoba.

En el caso del oficialismo, al estar nucleados por un proyecto de gobierno, esta ausencia de gramática es menos perceptible. Sin embargo, se hace más clara en el campo de las alianzas territoriales. Si pensamos por ejemplo en la alianza con Gildo Insfrán en Formosa o la candidatura de Carlos Menem para renovar su senaduría en La Rioja o con Ramón Saadi en Catamarca, no es muy audaz señalar que es difícil

compatibilizar esta estrategia de alianzas con los ribetes épicos de los principales referentes de Frente para la Victoria en el plano nacional. Otro caso que nos resulta más cercano —y que también despierta múltiples interrogantes— es el de las candidaturas del Frente Para la Victoria en Capital Federal. Se montó una campaña interna, hay afiches, se hicieron actos y demás, pero se compite por un solo voto, que es el de Cristina Kirchner. A mí, francamente, me desconcierta, porque se supone que una campaña interna culmina con una elección de los ciudadanos o los afiliados y no con una selección individual. Sobre todo, cuando quienes compiten en esa lo hacen en nombre de la decisora final («Porque estoy con Cristina, estoy con Filmus»).

Desde el punto de vista de la comunicación, este escenario tan volátil, tan agramatical, plantea grandes problemas para la circulación o la elaboración de un discurso más o menos sustancioso. Creo que hay una conexión profunda entre la licuación de las identidades partidarias y esta especie de austeridad discursiva de la que hablaba antes. Especialmente en el campo de la oposición, ¿qué se puede decir desde la oposición en este contexto? Hay un tema obligado que es el gobierno, los déficits que se puedan señalar a la gestión. Pero un discurso político que hable exclusivamente del adversario es un discurso político por definición pobre, que en última instancia termina enaltecendo y jerarquizando al adversario y no al colectivo propio. Esto puede tener más éxito en una elección legislativa, en la que la ciudadanía suele expresar cierto malhumor, pero en una elección ejecutiva, una elección presidencial, es bastante más difícil que un discurso meramente crítico pueda consolidarse. Me parece que es una oferta escasa y que tiene un horizonte muy corto. Es difícil que logre un eco importante más allá de los nichos de la oposición más cerril.

Por otra parte, se plantean dilemas. ¿En nombre de qué hablar? ¿En nombre de valores partidarios? Es sumamente difícil, ya que no se sabe en nombre de qué partido se podría hacer esto. Con estas combinatorias tan extrañas, la posibilidad de hablar, como tradicionalmente se hacía, en nombre de los valores del partido es prácticamente imposible o, en todo caso, daría lugar a un discurso muy inverosímil. ¿En nombre de la biografía personal? Tampoco veo que en el escenario político haya figuras que puedan conformar la promesa a partir de un relato de vida más o menos inspirador. De alguna manera, lo podía hacer Macri en la elección anterior a nivel local. La estrategia de

prometer un cambio desde ese lugar de la antipolítica, del empresario que venía «de afuera», pero eso también lo ha perdido: ahora es un dirigente político más, ya está instalado dentro del campo. ¿En nombre de un programa de gobierno? Creo que en ese terreno les va a resultar muy difícil a los opositores competir, porque —aún para los que nos somos oficialistas— es más o menos obligado reconocer que la situación, por lo menos económica, está mucho mejor que en el 2003 y, por lo tanto, es bastante complejo para las otras agrupaciones (sobre todo cuando son agrupaciones tan inestables) ofrecer un programa de gobierno alternativo, instalarlo rápidamente de acá a octubre y hacerlo más o menos verosímil. Mi optimismo no da para apostar a eso, aunque me parecería muy bien que haya varias ofertas.

Y finalmente, se trata de definir los objetivos de la palabra política. Muchas veces está lejos de ser evidente para qué se habla en medio de una campaña electoral. Como decía al referirme a la campaña interna del Frente para la Victoria en Capital (Filmus vs. Boudou), para qué están esos afiches si finalmente hay un solo voto que cuenta y se trata de una persona que no va a pasar por esa calle a ver ese afiche. ¿Se trata de convocar a un sector? ¿A qué sector? ¿Para qué se lo convoca? ¿Para conducirlo adónde? ¿Para ofrecerle qué? Todas son preguntas que quienes están produciendo o gestando una oferta electoral se deberían estar haciendo e imagino que, en la mayoría de los casos, se verán en figurillas para responderlas. Y la escasez de esas respuestas esta asociada a lo poco nutritivas que resultan, en los últimos tiempos, las campañas electorales.

Por supuesto que la única fuerza en ese escenario que puede tener resueltos algunos de esos enigmas es el oficialismo, por difusa que sea esta idea del modelo cuya continuidad se promete. Si a esto le sumamos la corriente de simpatía hacia la Presidente que se dio después de la muerte de Néstor Kirchner y la forma en que, como fuerza política, han logrado superar una crisis severísima como la pérdida del principal referente, se podría decir —parafraseando a Sting— que ella baila sola.

Para finalizar, dos observaciones sobre los medios. Por un lado, los medios que se supone que son escena de la batalla electoral, en este momento son más bien uno de los blancos. Hay un corrimiento que en cierto modo al discurso oficialista le resuelve la necesidad de tener un contradestinatario. Es muy soso un discurso

político sin un adversario claro y, al mismo tiempo, al focalizar las diatribas en los medios no se jerarquiza a ningún candidato de la oposición. Por otra parte, me parece interesante empezar a pensar, a reflexionar, acerca del rol que ocuparán en este contexto los nuevos medios: qué pasará con Internet, que ofrece nuevas vías de circulación, nuevos formatos a la comunicación política. Es cierto que es todavía algo embrionario, de alcance muy limitado (llega a los jóvenes de sectores medios, urbanos y no mucho más). De todas maneras, la comunicación vía Internet tiene un impacto que trasciende ese nicho porque lo que circula en la web es retomado por los medios tradicionales. Hasta ahora el aprovechamiento que se hace, en la mayoría de los casos, parece limitarse a una mera función de cotillón electoral, es algo más que hay que tener, pero desde la dirigencia no se sabe muy bien cómo se usa ni para qué sirve. Sin embargo, me parece que allí hay una oportunidad para quien sepa hacer un uso inteligente de estas herramientas, siempre que logre también responder de manera inteligente a los interrogantes que planteamos en los puntos anteriores.

Belén Amadeo: La consigna de estas jornadas: «Qué hacemos cuando hacemos lo que hacemos», sumada al título de esta mesa, «El rol de los medios, las formas de la opinión pública y las estrategias comunicacionales en la campaña electoral 2011», obligan a un breve análisis de los actores de la opinión pública.

El primero de los actores es el ciudadano, lo que comúnmente se llama «la opinión pública». Pero ¿qué es la opinión pública?, ¿una construcción social?, ¿son individuos que le tienen miedo al aislamiento?, ¿son meras encuestas? El segundo actor es la clase política, los políticos como individuos, no como instituciones públicas. Los funcionarios son actores que representan a la clase política y tienen fuerte presencia en los medios. Esto último da lugar a la investigación en comunicación gubernamental y electoral. El tercer actor está conformado por los medios de comunicación como actores políticos. Es sobre los medios que volcaré mi atención en esta oportunidad porque analizar la cobertura que los medios hacen de un tema nos permite apreciar qué lectura hace la sociedad de la realidad. En esta ocasión resulta interesante observar qué cobertura periodística recibieron dos elecciones provinciales recientes: las de Catamarca y Salta. Para dilucidar qué papel

buscan cumplir los medios en la contienda electoral mostraré las portadas y algunos títulos relevantes que *Página/12*, *Clarín* y *La Nación* publicaron al día siguiente de esas elecciones. Ello nos permitirá ver qué cobertura dieron esos medios a los resultados electorales.

Las elecciones provinciales catamarqueñas tuvieron lugar el 13 de marzo de 2011. La senadora Lucía Corpacci (49,5% de los votos), candidata del Frente para la Victoria, venció por sólo cuatro puntos al gobernador Eduardo Brizuela del Moral (45,5%), candidato a la reelección por el Frente Cívico y Social. El lunes 14 *Página/12* tituló su portada con una sola palabra: «Katamarca». *Página/12* siempre se ha destacado por sus portadas, y ésta le resultó particularmente sencilla. La nota que acompaña a ese título es: «Batacazo en la primera elección del año», y su texto explica que la senadora Corpacci fue electa y que será la primera gobernadora mujer de Catamarca. A continuación, *Página/12* habla de climas, lenguajes y lecciones: quienes hoy están en el gobierno catamarqueño han recibido una lección. Los medios de comunicación argentinos acostumbra utilizar un discurso crítico y no muy constructivo en situación electoral. Si el medio está a favor de quien gana las elecciones suele emplear un tono victorioso, destacando las diferencias y mostrando cuán pequeño parece el partido vencido frente al ganador. Como vemos, mientras *Página/12* habla de «Un triunfo que beneficia a la Casa Rosada», con fotos de tono bastante festivo, *Clarín*, dice «Catamarca: el kirchnerismo le ganó la elección a la UCR». Lo que en apariencia es un título bastante austero, no se ve reflejado en el texto. En efecto, el artículo sostiene que «Cristina siguió la elección pegada al teléfono y celebró en Olivos, reclusa ella en su búnker», lo que da la sensación de una victoria ansiosa y solitaria. Más adelante, con el título «Cobos y Sanz lo sufrieron de cerca y Alfonsín se evitó el mal trago», *Clarín* nos muestra a los perdedores. Como nota diferente, *Clarín* publica un artículo exclusivamente dedicado a «Eulalia, la mujer que llegó al poder a punta de pistola» y hablan de una mujer quien, en 1862, fue gobernadora de Catamarca durante doce horas y le entregó el poder formal legalmente al siguiente gobernador. Este artículo busca quitarle el mérito a Lucía Corpacci de ser la primera gobernadora mujer de Catamarca: ya hace más de un siglo que eso no es novedad. Se trata de una construcción un tanto frívola, pero tiene color propio. Por su parte, *La Nación* sostuvo que «el gobierno festeja y sueña

con octubre». Es el primer diario en hacer un análisis prospectivo. Si bien *Clarín* se suma a ese análisis muy poco después, es anticipado por *La Nación*. Este diario después dice que «la presidenta envió anoche a Catamarca a Randazzo y Abal Medina para nacionalizar la sorpresiva victoria», aduciendo que la victoria fue un tanto sorpresiva, pero los dos ministros fueron enviados para nacionalizar la victoria. En esta cobertura podemos ver una característica muy propia del discurso electoral: la confrontación, la batalla, los victoriosos y los derrotados. En este sentido, *La Nación* titula «Crucial victoria del kirchnerismo en Catamarca, destronó a la UCR». Los términos «crucial» y «destronó» hablan casi de una defenestración de la Unión Cívica Radical después de veinte años de gobierno.

Las elecciones provinciales salteñas tuvieron lugar el 10 de abril de 2011. El escrutinio mostró que el gobernador Juan Manuel Urtubey, del Frente Justicialista Renovador de la Victoria, obtuvo su reelección con el 59,6% de los votos, frente a un 25,1% de Alfredo H. Olmedo, candidato del Frente Olmedo Gobernador. Ante tales resultados, *Página/12* habla del «gran salto» de Urtubey, titulado su nota principal con la frase: «Y en la tercera elección hubo reelección». Con este titular buscaban destacar lo repetitivo de la victoria kirchnerista en términos de combate o de batalla casi deportiva: «El local por goleada». *Clarín*, en cambio, titula: «Ganó el PJ en Salta y Urtubey fue reelecto por amplio margen». Nuevamente un título austero con un texto algo más sesgado. Luego de este artículo, otro se titula «Urtubey: 'Moyano es piantavotos, vino a hacer campaña y creo que me dio una mano'». Efectivamente, estas palabras del gobernador electo fueron muy repetidas por *Clarín*, acompañadas de «Un triunfo con la mira en 2015 y visto a la distancia por la Rosada». Con esta lectura de las declaraciones de Urtubey el diario permite pensar que, si bien el Gobernador reelecto apoya a la Presidenta, todavía es posible esperar que tenga un criterio propio. Un ejemplo de esto es el título «El peronismo es algo más grande que las meras expresiones personales». *Clarín* tomó lo que dijo el ganador y puso en titulares lo que más les gustó del discurso de Urtubey. En el caso de *La Nación*, el diario destacó que «Urtubey ganó en Salta, pero le puso límites al gobierno», palabras que el lector de *La Nación* quiere leer. En un segundo artículo resaltan que «El gobernador dice que él no es un kirchnerista» mientras que en un tercero describen con gran moderación la per-

cepción que la Presidenta tiene de la elección: «Cristina satisfecha por el resultado en Salta». Sólo satisfecha, no contenta, ni exultante, «satisfecha». En una columna de opinión el mismo diario titula «Triunfo peronista, no K». Sin demasiadas sutilezas el diario destaca su punto de vista: le restan importancia al éxito kirchnerista por sobre el peronista.

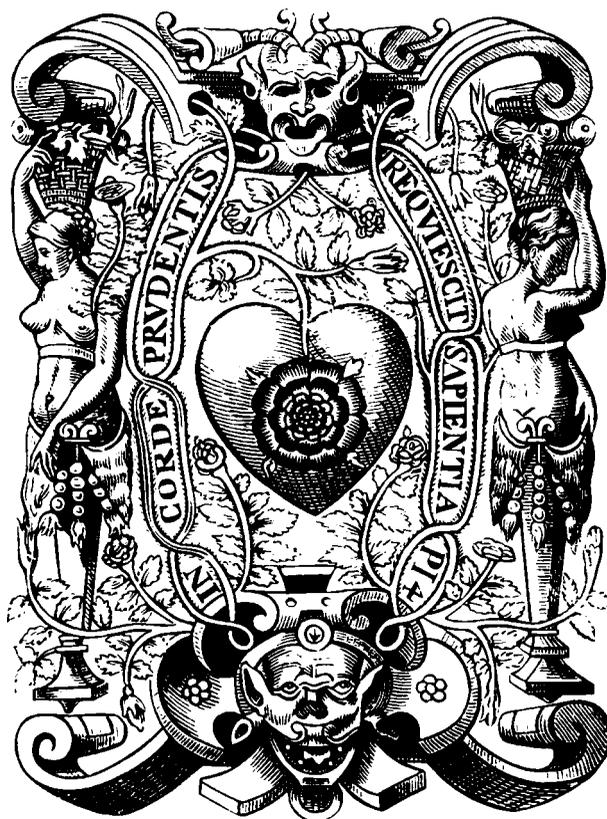
La lectura de cómo los medios de comunicación cubren las elecciones nos permite hacer hincapié en tres temas básicos. En primer lugar, los medios siguen siendo referentes de opinión para la gente que necesita información en el momento. Incluso quienes buscan esa información en Internet suelen recurrir a los sitios de los medios tradicionales que siguen habitualmente. Se fían de la validez de la información de esos medios y no tanto de otros. Los medios alternativos propios de la generación están comenzando a cobrar fuerza, pero todavía no plasman la comunicación política o la comunicación electoral.

En segundo lugar, los medios reflejan la cultura cívica del lugar en el que están y son actores en ella. Para percibir esa cultura es necesario estudiar una combinación de medios y no quedarnos con sólo uno o dos porque nos perdemos de comprender parte de lo que somos nosotros como sociedad. Los medios siguen la lógica de la política local, es fácil deducir cómo piensa una sociedad si uno se dedica a mirar sus medios. En nuestro caso se ve es que todo el discurso es muy confrontativo, un discurso crítico es muy poco constructivo.

El tercer tema a destacar es que tratan el tema como si fuera una cobertura de guerra, con triunfos y derrotas. Esto se ve en todas las coberturas, ya sea que el resultado arroje una diferencia de cuatro (Catamarca) o de treinta y cinco puntos (Salta). Esto es muy propio de la comunicación electoral en general, lo que en inglés llaman «carrera de caballos» (*horse race*): hacen foco en la cobertura de quién va primero, quién va segundo y con qué diferencia. Esto es lo que se espera que tenga lugar durante todo el año electoral, a menos que haya un golpe de timón muy fuerte por parte de los actores políticos, un golpe que obligue a los medios a seguir una agenda de temas propuesta por los políticos. Gracias.

Edgardo Mocca: Buenas tardes. Agradezco la invitación a la Dirección de la Carrera y a los organizadores, y espero poder llegar a los 15 minutos con un poquito de voz, porque no estoy en las mejores

condiciones de salud. A mí me gustaría entrar en algunos temas que fueron tratados. Lógicamente fueron, necesariamente, sobrevolados, porque el tiempo es poco. Cuando uno piensa, discute por ejemplo cierta idea de los medios como actores intrínsecamente antidemocráticos y perversos, o cuando uno afirma lo contrario, que los medios de comunicación son simplemente redes que transmiten y que hacen circular información y opinión, en general cualquiera de estas dos variantes merece una desconfianza intensa sobre todo si somos investigadores y estudiantes de la política. Pero creo que más allá de la demonización y el conformismo, hay una cuestión muy importante que yo solamente la voy a enunciar, que es el tipo de democracia que se ha ido desarrollando en las últimas décadas, y cuando digo últimas décadas me sumo a este parteaguas de la crisis de los años '70, a este cambio de paradigma mundial, y cuando digo paradigma mundial estoy pensando en los viejos partidos de masa asociados a bases político-culturales que venían de clases, de masas que se organizaban y que tenían puntos de reunión y compartían una subcultura política, de esa conformación y configuración de lo que Bernard Manin llamó la «democracia de audiencia».



Al pensar en que un historiador y un analista político de la calidad de Manin habló de la democracia de audiencia, ya está puesto el subrayado sobre la importancia neurálgica que tiene: no estamos hablando de actores secundarios o meros administradores de información, estamos hablando de arenas, por lo pronto y por lo menos, de arenas centrales de la lucha política. Esto tiene que ver por supuesto, y ahí podríamos irnos mucho del tema, con este auge del individualismo, con esta pérdida de referencias de pertenencias culturales, con estos cambios en los modos de producción que generan nuevos tipos de asociación o de des-asociación, todo eso recorre el mundo y como somos parte del mundo a pesar de que nos guste ser muy excepcionales, también ocurre en la Argentina. Es decir, democracia de audiencia quiere decir que la arena de los partidos políticos ya no es la calle, no es la fábrica, no es la organización social o no es la organización empresaria (cuando digo organización social, podemos aceptar cualquier interpretación, cualquier contenido de esta expresión), sino que son una red de mensajes que atraviesan los medios. Otros teóricos hablan del «partido personal» como creación de esta época. Los argentinos podríamos hacer seminarios muy intensos y muy interesantes sobre esto que le puso nombre y apellido Mauro Calise, porque buena parte de la escena electoral del 2011 está constituida por partidos personales, partidos que desde su génesis hasta su aspiración electoral está ligada a la buena performance comunicativa que tienen sus principales líderes, esto es difícil de discutir.

Yo creo que el punto para entrar en esto, cómo título, es cómo afecta a la democracia, o con algunas pretensiones de teóricos, en la calidad de la democracia. A mí me parece que esta disolución de los vínculos organizativos, este peso del individualismo y esta arena comunicativa mundial, transnacional, desterritorializada, crea profundos traumas en el sistema democrático, lo cual no está hablando de actores deliberadamente antidemocráticos: crea condiciones para asimetrías muy fuertes en el manejo de los recursos centrales de la política. La comunicación no es un aspecto secundario o lateral de la política, la política es entrañablemente comunicación. Ahora, esa historia que relatamos así como una caricatura a todo vapor, tiene a su vez etapas, y tiene a su vez desarrollos propios según las configuraciones nacionales. Cuando hablamos del rol de los medios, no hablamos de los medios en tanto tales, hablamos de los medios en modo sistémico, nos interesamos en los medios en relación a la

política, o como acá se dijo, la cultura política de un país: como reflejo de la cultura política pero también como actores creadores de la cultura política. Y creo que esto no entraña ningún tipo de prejuicios. Creo que es un hecho que en la vida argentina de los últimos años muy difícil de negar. Cuando digo los últimos años, estoy hablando no de los tres últimos, ni de los seis últimos, sino que yo diría que desde el rol de los medios de comunicación en la dictadura militar para acá se ha ido generando una relación simbiótica, compleja y, en ciertos extremos, muy lesiva para la igualdad de recursos en la lucha democrática. Entonces yo creo que hay ahí un tema que remite al concepto de poder fáctico, de aquellas sedes donde se hace política y se decide, o se interviene en la decisión política (porque decir que deciden sería ignorar justamente la interacción con otras herramientas y otros elementos), pero donde se juega muy fuerte la influencia sobre las decisiones políticas, están afuera de todo régimen democrático, están afuera de toda electividad, ellos, esa parte y después las grandes empresas, los grandes concentradores del poder económico. Cuando se hablaba de poderes fácticos, cuando el término empezó a circular en América Latina, la idea de poder fáctico se asociaba directamente a las Fuerzas Armadas. Cuando Dahl, incluso en las definiciones más minimalistas que podamos pensar de la democracia, decía que los gobiernos no dependen de los poderes fácticos, o no tienen interferencias o intromisiones de los poderes fácticos... bueno la Argentina de los años '60 es una experiencia, si uno ve la época de Frondizi interpreta la interferencia de los poderes fácticos, en la que los medios de la época jugaron un rol muy importante, no el rol de vanguardia coordinadora que han pasado a ocupar los últimos años, pero sí un rol muy importante.

Especificidad argentina, porque todo esto es, digamos, el rol de los medios como arena central, incluso el rol de las grandes empresas propietarias de los medios, porque cuando hablamos de esto no hablamos de periodistas ni del gremio de periodistas ni hablamos de la redacción de tal o cual diario; hablamos de actores del mundo económico muy fuertes que rápidamente y fácilmente trasladan ese poder económico al poder político y al poder cultural: las tres cosas que Bobbio decía que en ninguna democracia podían estar juntas. Si en un sistema político, el poder económico, el poder político y el poder ideológico tienen el mismo centro, no estamos en un régimen democrático. No estoy diciendo que esto sea lo que ocurra, pero

sí como amenaza (y esto no es ningún tremendismo ya que esto lo dicen muchos demócratas liberales, no es una visión apocalíptica de la política).

En la Argentina lo específico es la naturaleza de la crisis política argentina, particularmente dos etapas, pero yo diría centralmente una: la crisis de 1989, pero sobre todo la crisis de 2001. Sin pensar esa crisis no se entiende la campaña electoral de 2011, cómo es que el Partido Justicialista sea esto que es hoy, cómo es que la Unión Cívica Radical es esto que es hoy, y cómo es que proliferaron fuerzas que circulan, como decía María Elena, por el sistema político sin que uno termine de identificarlos, de situarlos. Por ejemplo, el caso de De Narváez es un caso clásico, ¿qué es De Narváez? En un principio, y sobre todo para sus adversarios, es un hombre de derecha, pero De Narváez, yo les digo que si uno tuviera que hacer una adivinanza, yo no pondría todas las fichas a que De Narváez va a seguir haciendo alianzas solamente con la derecha, depende cómo sea su conveniencia. Porque tienen esa capacidad, por no tener detrás de sí más que séquitos muy puntuales, no tener aparatos ni estructura política que los condicionan, tienen una libertad de acción casi ilimitada.

Entonces, ¿la crisis de 2001 qué es? La crisis de 2001 es la debacle de las pertenencias políticas que habían sobrevivido a toda esta época de generación de la democracia de audiencia y del cambio de configuración política, a una situación al borde de la muerte, a una situación terminal. Las elecciones de 2003, que se perdieron como una cosa muy lejana, como que no tiene nada que ver con el país, tuvieron un peronismo dividido en tres candidatos, tuvieron un radicalismo unido en la formalidad de la estructura que saca el 2 por ciento y con dos candidatos (que en ese caso eran Carrió y López Murphy), con una elección que generó la pregunta de dónde estaba el radicalismo: ¿estaba adentro o estaba afuera? Y a partir de ahí lo que hay es, a diferencia de otros países donde el sistema político implosionó (caso Venezuela, Bolivia, Ecuador), un sistema de partidos que se recompone después en las elecciones provinciales, porque uno puede poner todos los porotos en la elección nacional mostrándose por televisión, pero cuando hay que ganar en Chubut, Catamarca, La Rioja o Formosa, no te alcanza con la TV y mucho menos con la televisión porteña, y mucho menos con la estética de la televisión porteña. Entonces yo creo que ahí hay un punto de inflexión.

El otro punto de inflexión, y con esto termino, es la crisis de la relación entre estos dos gobiernos, particu-

larmente el de Cristina Kirchner, con las empresas principales y casi centralmente con el Grupo Clarín. Es importante en sí misma porque la generación de un otro, una exterioridad constitutiva con la que uno se pelea tampoco es una ocurrencia caprichosa, hay elementos muy duros de la lucha política que inclinaron a una parte y a la otra a considerarse mutuamente enemigos principales. ¿Qué determinó eso? Determinó en la crisis de 2008 con la protesta agraria, que la mayor parte de los partidos de oposición, casi la totalidad de los partidos de oposición, el radicalismo bajo la candidatura de Alfonsín podría ponerse con un signo de interrogación con esto que estoy diciendo, pasó a considerar el libreto de los principales medios de comunicación como su línea política e ideológica: no hay más línea política ideológica, no voy a hacer nombres pero ustedes si se ocupan un poco del tema van a ver que los titulares de *Clarín*, la primera plana de *Clarín*, pasan a ser replicados de un modo casi mecánico. Una vez que sale una tapa de *Clarín* se sabe que de eso se va a hablar todo el día y se sabe quiénes van a hablar y qué van a decir quienes vayan a hablar en los medios.

Acá hablamos de medios diversos —Página/12 es distinto a *Clarín*, y *Clarín* es distinto que *La Nación* y



La Nación es distinto que *Perfil*—, pero no podemos olvidarnos primero que hay líneas, tajos centrales en la lucha política, en los cuales la gran mayoría y sobre todo los medios más poderosos juegan de una manera. Y segundo, que hay asimetrías muy profundas de los recursos en los medios de comunicación. Las asimetrías están en crisis: hay una ley de democratización, hay fenómenos comunicativos discutibles, pero en todo caso que van generando climas pluralistas. Pero digamos que el punto en el que estamos, y esto es lo último, es una campaña electoral donde básicamente va a haber un discurso del gobierno con sus medios y con sus intérpretes, con su mundo intelectual y periodístico adherido a eso, y un discurso de los medios de comunicación que van a tratar de colocar, me refiero a los medios oligopólicos, los principales, que van a tratar de colocar una escena, que si no les alcanza para cuestionar el triunfo oficialista, por lo menos los pongan en condiciones de resistir lo que ellos consideran un embate inevitable e inexorable.

Julio Aurelio: Veremos, a continuación, una serie de datos que revelan la situación política actual que, a esta altura del proceso electoral del año 2011, es un producto originado en este galimatías de mundos mediáticos contrapuestos, las idas y venidas que tienen tanto que ver con los cambios que se han producido, particularmente desde 2008, con el surgimiento de la crisis del campo en el mapa político argentino.

Lo que quiero que ustedes vean, a la luz de lo que está pasando hoy, es cómo opera el factor del juego de los medios con la sociedad, con los mensajes políticos; cómo todos estos actores van cambiando de intensidad, en cuanto a su participación y según cómo la sociedad va resolviendo esa tremenda cantidad de impulsos y de impactos mediáticos, de una forma distinta a la que uno tal vez se pueda imaginar, diferente a lo que imaginan los que quieren crear un clima mediático con determinados esquemas de trabajo, tal el caso de los medios más significativos, los más importantes; y cómo puede, a su vez, la sociedad, a través de su propio desarrollo de criterios y de decisiones, superar a la opinión pública.

Estamos en una época muy interesante donde ya no es el reinado de los medios. Los medios han sido advertidos, como si la sociedad hubiera tomado conciencia y hubiese dicho «esto se acabó». Entonces, esos medios que fijaban políticas, hoy están desguarnecidos

ante una sociedad que dice «yo les creía y no les creo más, han dicho muchas mentiras, mucho de lo que creí antes, sobre la vida, el mundo, mi familia, la historia, sobre este país, están desfigurados por lo que me han contado durante mucho tiempo, y ahora lo estoy pensando de otra manera».

Pero la opinión pública, en el sentido clásico, en buena manera ha sido modelada, ha sido un instrumento modelado por estos mecanismos de coacción del conjunto colectivo. Ya estamos en épocas en las que resulta un poco difícil imponer las cosas por la fuerza, por las armas. Hoy en día hay otras formas de golpe de Estado, efectivas también, que son diarias y subliminales.

La sociedad ahora está reaccionando, ya no solamente frente a los medios y al impacto de los medios sino también al impacto de la opinión pública en tanto conformación ordenada que va creando su propio desarrollo. Entonces, analizando la etapa desde la crisis del campo en este gobierno observamos que en 2007 se inicia la gestión de Cristina Fernández de Kirchner con niveles muy altos de inflación, con un consenso superior al de los votos que obtuvo en la elección donde alcanzó el 45%, y con tendencia a una expectativa de éxito creciente; al poco tiempo se ve enfrentada con una serie de tormentas mediáticas, podemos decir que parecían tormentas ciertas, que tomó su formato más ordenado, más definido, con la crisis del campo. Esta fue una situación real tomada como un evento ordenador, lo que llamamos «un fenómeno de oposición al gobierno». Su magnitud fue tal que, desde ese momento hasta las elecciones legislativas de 2009, la conformación política del país respondía casi a dos ámbitos absolutamente polarizados y contrapuestos: el gobierno y el campo.

Las preguntas que se hacían, lo que uno quería saber, era quiénes estaban a favor del gobierno y quiénes no, y a favor de quién estaban. Luego se formulaban de la siguiente manera: «¿En quién confía más? ¿Quién cree que tiene la razón? ¿Por quién apostaría: por el gobierno o por el campo?», con lo cual no fue difícil construir una identidad frankensteiniana donde las relaciones de poder se daban en una proporción de 20%-80%. El 20% era de algo concreto contra un 80% de nada, pero que tenía el peso del 80%. Es decir, algo aplastaba a ese 20%, algo que pretendió ser entendible políticamente y que luego se demostró que era no sólo inentendible sino también políticamente inexistente. Este malhumor social tan pronunciado sigue las distintas etapas de la cri-

sis del campo, luego se suaviza un poco. Es lo que se ve en el gráfico evolutivo, la instancia en que se produce la derogación de la Resolución 125, lo que define un estado de cosas. Por primera vez la palabra «campo» como entidad política se personaliza y ya no era el gobierno y el campo, sino que era el gobierno y Cobos. Cobos fue el primer nombre que tuvo el fenómeno campo, el fenómeno campo valía 80% de poder político específico y Cobos llegó a valer 70%, situación que, como fue evidente, desapareció.

Hay que observar la importancia tan limitada que tienen los personajes, son emergentes. Si no era Cobos, hubiera sido Barrios, González, Fernández o alguien que hubiese tenido que asumir ese rol. Los políticos a veces piensan en la importancia de su actuación personal, de su gestión como entidad psicológica, pero en realidad, aquí lo único que es comprensible es el fenómeno colectivo. El fenómeno Cobos también se empieza a desarticular. Sin embargo, todo esto alcanza para que las elecciones legislativas en junio de 2009 se realicen en un contexto donde el gobierno no alcanzaba a reaccionar, empezaba a reaccionar levemente. Aún así, los medios lograron crear el clima de que la derrota era inminente y de que las elecciones legislativas eran el golpe final.

Si uno pregunta a la gente si es verdad que ese fue el golpe final, si uno analiza los números, se da cuenta de que no fue un golpe tan duro, tan impresionante, ni significó una pérdida dramática, irresoluble, de la Provincia de Buenos Aires por el solo hecho de que la fórmula la encabezaran nada menos que Néstor Kirchner y Daniel Scioli. Esta pérdida fue por muy pocos puntos, tan pocos que se podría haber perdido o ganado pues casi entraba dentro de lo que llamamos los errores muestrales. Estos errores muestrales a veces también son errores a pesar del cómputo, tal como el caso de la provincia de Chubut: dos veces se cometieron los mismos errores (errores entre comillas) en los cómputos y en las muestras. Seguramente se verá cómo los números de Chubut terminan más cerca de nuestros pronósticos que de los resultados del escrutinio primario cuando a corto plazo se realice, nuevamente, el recuento sobre las mesas observadas¹.

La razón de esta introducción es diferenciar etapas muy claras. Las elecciones legislativas fueron el punto que llevó a su clímax al mundo opositor. Había siete, ocho, nueve figuras clave de la oposición que

eran brillantes cuando se los escuchaba en la Cámara de Diputados, en la Cámara de Senadores o desde fuera de las Cámaras, planteando cómo veían en un futuro a la Argentina. Eso tomaría forma en un momento dado, es decir, el día de la asunción de los cargos legislativos del 10 de diciembre de 2009. La sociedad, no los medios ni la opinión pública, la sociedad concreta, real, el pueblo con sus preocupaciones rutinarias, diarias, concretas, advirtió que no pasaba absolutamente nada de lo que estaba esperando. De ese señor impresionante, el «Colorado» De Narváez, que había derrotado a Kirchner y a Scioli juntos, la gente pensaba que iba a ir a golpear la puerta al día siguiente, a decir «aquí estoy yo, yo tengo el poder real de representación». Pero lo único que había ganado era una diputación, lo mismo que ya tenía y no hizo nada más para cumplir con esas expectativas. Igualmente ocurrió con los grandes dirigentes radicales que estaban en la vidriera con motivo de las discusiones parlamentarias.

Pero la sociedad tuvo la paciencia necesaria de siempre para que algunas cosas se hicieran en tiempos más prolongados de lo esperado y que, finalmente, produzcan resultados. Llega el 10 de diciembre de 2009, asumen los nuevos legisladores y, entre el 15 y el 20 de diciembre, llegó el punto final de este proceso, nadie sabe por qué (no hay una cifra oficial), pero como que la gente dijo «se acabó mi paciencia, yo ahora tengo que pensar en las Fiestas, en la Navidad, en las vacaciones y no voy a seguir con el cuento chino que viví hasta ahora». Y empezó a cambiar, se produce una leve tendencia. El gobierno tuvo una reacción muy importante con la acción directa y personal de Néstor Kirchner que se sentía más afectado que nadie por esa derrota. Creo que él, personalmente, se quedó con alguna de las fortalezas de la fuerza del impacto de los medios pues había pensado en una derrota mayor de la que fue. Esto lo hizo reaccionar de una manera muy activa desde el punto de vista político: aceleró el proceso de toma de decisiones. Con la recuperación de la iniciativa en las acciones de gobierno, la gente comienza a percibir que su vida cotidiana va mejorando paulatinamente con prescindencia de los «salvadores de la Patria» que habían ganado las elecciones legislativas de 2009 y que conservaron la relación 80-20 hasta mediados de diciembre de ese mismo año.

Este proceso se puede ver de muchas maneras. Yo les voy a hablar de números actuales, de cuál es el impacto actual de ese proceso, dónde estamos parados, a pesar de que atrás de esto hay un mundo complejo co-

¹ Presunción confirmada con el escrutinio definitivo del 29/05/11.

municacional al que nos dedicamos, toda la estructura de la comunicación, los aspectos teóricos fundamentales de la comunicación que están detrás de esa sociedad convulsionada que va cambiando a un ritmo distinto del que creíamos, con referencias muy diversas.

Se terminaron los partidos políticos, se terminaron las organizaciones políticas formales, se terminaron los dirigentes definidos y claros con determinada postura. Surge una suerte de relación muy directa entre la sociedad y estas formas políticas que se van ordenando. Son las formas de reordenamiento político que comienza en 2001-2002 con el «que se vayan todos». Con las asambleas barriales no funcionó, evidentemente la metodología no era la adecuada. Aquí la sociedad tomó un camino más tranquilo, de ir viendo día a día cómo encontraba una referencia a lo que estaba ocurriendo.

Como ocurre siempre en la historia y en la comunicación, son muy importantes los acontecimientos. Hubo varios de ellos que fueron la irrupción de algo diferente, imprevisto, intranquilizador. Momentos de heterogeneidad de comunicación entre individuos puestos fuera de sí en los que afloran los instintos básicos más inconscientes; momentos de pensamientos múltiples y diferentes, de afecciones, deseos, pérdida, de reinención. En este sentido y en ese mismo período, la fortaleza de la crisis del campo fue un acontecimiento. Las manifestaciones y los discursos crearon una situación de ese orden, de grandes afectos y desafectos por parte de la gente que se empezó a movilizar. Este contexto vuelve a cambiar por otros acontecimientos como el resultado electoral y las elecciones legislativas; también el fin del año, con la idea de que todo era inútil, de que todo lo que se pensaba iba a cambiar. Hay una degradación de la imagen política de ese fenómeno, la incapacidad absoluta de la oposición de tener una oferta para la gente que pensaba que de ahí, de ese momento, iba surgir un gobierno paralelo en el Congreso Nacional con ofertas claras y consensuadas, de grupos políticos muy importantes, muy relevantes que iban a rehacer el país por sobre el Ejecutivo, a través de la función legislativa. De eso no ocurrió absolutamente nada.

El 25 de mayo del Bicentenario marca ese movimiento de cambio que empieza en marzo-abril, que tiene uno de sus epicentros en otro acontecimiento donde la gente dice «yo acá me identifico con algo». Tengo la seguridad de que no fueron cientos de miles de colectivos alquilados los que produjeron el 25 de

mayo —la única ventaja más significativa era que no se pagaba boleto—, fue la organización espontánea de la gente, la necesidad de ver que algo podía ser el comienzo de una cosa distinta, de un país diferente, con todos los elementos claros. En octubre tenemos otro acontecimiento decisivo: la muerte como experiencia soberana. Yo digo que, en este proceso, en este proyecto complejo de país por el que estamos transitando, la muerte de Néstor Kirchner fue para ese proyecto, su proyecto, políticamente perfecto, o sea, era lo que él ya no podía dar de sí, aquello a lo que no podía llegar como propuesta personal, solamente lo podía alcanzar diciendo «no se preocupen, yo ya no estoy». Es muy complejo, no es un tema para tratarlo en un minuto, pero es muy importante plantearlo, sobre todo cuando tantas cosas se planifican, se transparentan y se rompen con ese hecho.

Haciendo un análisis evolutivo, todo lo que venía mejorando para la acción oficial y para el gobierno, de manera paulatina, pega el salto más descomunal que hemos visto en los últimos cuarenta años en los procesos políticos de todos los países. Hasta ahora yo podía observar resultados con una secuencia de crecimiento progresivo y, de pronto, surge un valor excepcionalmente alto de la noche a la mañana. Todo eso fue perspectiva de futuro, una idea de cambio, hasta tal punto que mucha gente descreída dijo «bueno, ahora vendrá la corrección», como en la Bolsa, «ahora vendrá la corrección para abajo». Todos estos acontecimientos, esas imágenes que hemos visto y que durante muchos días fueron parte de ese alimento que los medios ya no podían envenenar, la gente encontró un antídoto. Los mismos medios de comunicación no tuvieron más remedio que decir que, efectivamente, pasaban cosas no previstas.

Los siguientes datos muestran cómo estamos hoy, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Son datos que surgen de muestras nacionales muy amplias, con una cantidad considerable de casos. En este gráfico se puede observar la evolución de la gestión presidencial con la indicación de los acontecimientos ya referidos anteriormente: el inicio del conflicto con el campo, la derogación de la Resolución 125, las elecciones legislativas, los festejos del Bicentenario, el fallecimiento de Néstor Kirchner. Observamos cómo la evaluación negativa de la gestión fue dominante durante muchísimo tiempo. La línea roja representa la imagen negativa de la gestión cuyo valor más alto llega casi al nivel de la imagen positiva (línea verde) que obtuvo duran-

te sus primeros meses de mandato, antes de la crisis del campo. Ahora vemos que a partir del Bicentenario se cruzan las líneas y surge una curva fuera de lo común, el crecimiento exponencial de la imagen positiva que alcanza su punto más alto con la muerte de Néstor Kirchner.

Los datos siguientes corresponden a imagen de la gestión de Cristina Kirchner en abril de 2011. Observamos que tiene 63 puntos de evaluación positiva, sumando las categorías «muy buena/buena». Es un fenómeno muy curioso, poco común, esto es como la calificación en el colegio: es muy difícil sacarse 10 (sobresaliente), mucho más fácil es sacarse un 4 (aprobado), 6 (bueno) también. En estas calificaciones casi siempre el bueno es amplio y el muy bueno es más chiquito pero, sin embargo, acá se observa una especie de certeza, de convicción: «¿Cómo es este gobierno?» muy bueno 32%, bueno 31% y el negativo es 33%. Recordemos que estos valores de gestión eran del 20% en la etapa crítica de la crisis del campo.

El gráfico que vemos a continuación muestra que este crecimiento tiene otras características muy excepcionales: la transversalidad. Podemos observar que es muy transversal al factor de la edad, teniendo en cuenta que en el mundo de la política es muy excepcional. En estos segmentos, el mayor peso de aprobación está en los sectores más jóvenes, no hay diferencias por sexo; y la clásica diferencia, de cuando teníamos el peronismo puro, entre los niveles de estudio más bajos y los más altos, se modifica enormemente. En este caso, el nivel de estudios más bajo está más arriba, pero los tres niveles educativos están muy parejos.

Respecto de la situación económica del país, hay un cambio de humor de la gente que viene también de un proceso muy negativo de «esto no va más, se terminó todo». La evaluación positiva de la situación económica del país aumenta de manera pronunciada y la personal y familiar más todavía. Todas estas curvas cruciales tienen un quiebre en un momento dado, son «procesos serendípticos», son situaciones, como decía Merton, anómalas, inesperadas y estratégicas. Tanto a nivel nacional como familiar y personal, el punto de cambio de la curva negativa por la positiva conforma un epicentro de algo que sucede a partir de mayo (festejos del Bicentenario) y que adquiere su mayor consistencia a partir de octubre con la muerte de Néstor Kirchner.

¿Cómo quedan todos estos dirigentes que anduvieron pululando en todo este proceso? ¿Dónde esta-

ban y dónde quedan? La situación actual podemos verla de esta forma: Cristina, que venía de aquellos niveles bajísimos, no sólo de gestión sino también de imagen como dirigente, alcanza de imagen positiva uno de los valores más altos de los que tuvo hasta ahora. Como dirigente mantiene una evaluación que era muchísimo más alta pero que ahora no cede a un tercio, tiene el saldo favorable de 26 puntos. Daniel Scioli tiene un saldo positivo un poquito mayor porque tiene el negativo más bajo. Mauricio Macri que tenía un saldo positivo alto, hasta hace poco, pasó en la última medición a tener paridad con el saldo negativo. Julio Cobos —¿se acuerdan que les dije que tenía el 80% de aceptación en aquel momento?— se observa una imagen negativa que supera en casi 7 puntos a la positiva. Con el posicionamiento de Ricardo Alfonsín podemos percibir que el radicalismo se diluye como entidad política. No fue aceptado en ninguna de las alternativas de alianzas que se establecieron. En cambio, los sectores de izquierda aceptaron la alianza a favor de Pino Solanas que se convierte en un personaje bastante importante. Eduardo Duhalde está bastante bien en relación con su imagen positiva respecto de otras épocas; ha sido rescatado como alternativa al oficialismo por algunos sectores que nunca en su vida habían votado a Duhalde para nada, sobre todo, en la Ciudad de Buenos Aires. Elisa Carrió se ha convertido en un fantasma político, por las razones que sea, pero esa es la realidad.

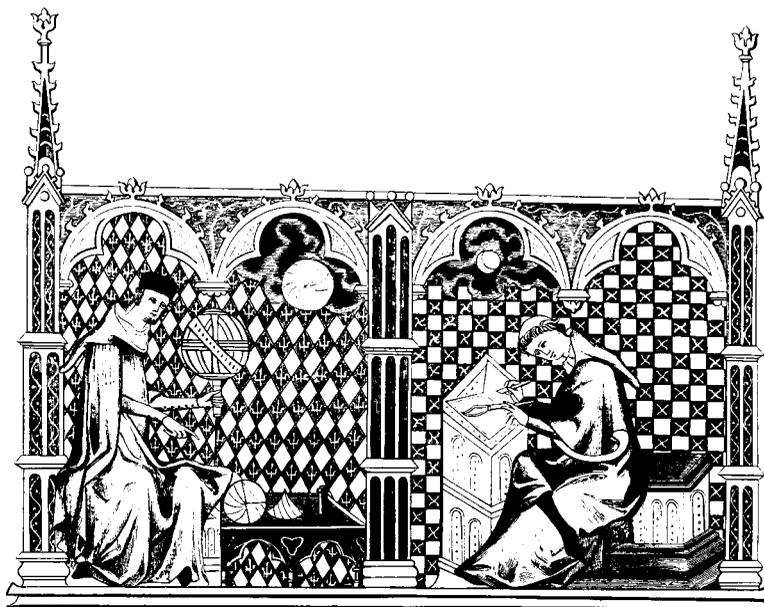
El siguiente gráfico muestra los escenarios electorales, en la situación actual, con una muestra nacional. Cristina tiene 45 puntos de intención de voto. Si proyectamos los votos en blanco y los indecisos, que son muy pocos pero perfectamente proyectables, se puede ver, sin temor a muchos errores, que tenemos una Cristina de casi 53 puntos a nivel nacional. Parece una película de ficción política, pero no. Duhalde estaría segundo aunque con muy bajo porcentaje. Ricardo Alfonsín pensaba subir. Puede ser que ahora suba en la Provincia de Buenos Aires si llega a la alianza con De Narváez. Pino Solanas, que ya se bajó, nunca pudo conseguir más de esos puntos. Macri —que ya se bajó—, Alfonsín y Duhalde fluctuaron entre 10 y 15 puntos alternativamente uno arriba y uno abajo, según la circunstancia del momento. Esos valores actuales no se producen de un día para otro, vienen conformando una tendencia determinada. Desde hace ya bastante tiempo, desde los 40 puntos clave para el tema del ballottage, Cristina —no Néstor— los alcanzó en los meses de abril y mayo

del año pasado. Néstor tenía 37 puntos y llegó a arañar los 40, prácticamente, cuando muere en octubre, pero Cristina siempre tenía 4 ó 5 puntos más aunque no era la candidata más cierta.

En el gráfico que sigue a continuación se puede ver cuánto dan de sí algunos de estos candidatos. En función de la posibilidad de ser votados se analiza lo que se llama refracción de voto, esto es, cuánta gente dice que votaría seguro a alguno de ellos o que, a lo mejor, podría votarlo o, más bien, preferiría no votarlo o nunca lo votaría. Lo importante de esto es que pone los pisos y los techos. Fijense en el caso de Cristina que es, también, algo bastante excepcional: el 43% seguramente la votaría, lo que constituye un piso increíblemente alto. Y si le agrego el 18% que probablemente la votaría, alcanza un techo de 61% de votos. Ricardo Alfonsín suma entre los votos «seguros» y «probables» lo que podría ser su techo: 35 puntos. Puede llegar a ser menos también. Duhalde, con un 30% de votos seguros y probables, marca del mismo modo que Alfonsín un techo muy grande teniendo en cuenta el porcentaje de los que «nunca lo votarían» también muy alto, y de los que «preferirían no votarlo» mayor aún.

Finalizando esta exposición quería comentarles que los resultados que hemos estado viendo fueron obtenidos sobre la base de una muestra de 3.225 casos. Entre la serie de preguntas de carácter cuantitativo, se han incluido algunas que posibilitan, además de la cuantificación, un análisis cualitativo de la información. En ellas cada entrevistado tiene la posibilidad de expresar su opinión de viva voz durante un

lapso de tiempo determinado. A continuación veremos, como ejemplo, el análisis de contenido sobre las razones del voto a Cristina Kirchner. La pregunta es excluyente para los entrevistados que dijeron, en su oportunidad, que votarían como Presidente en 2011 a CFK. Cada respuesta es escuchada y transcrita, una por una, de manera textual. El análisis de los resultados demuestra la incidencia tanto de factores políticos como personales que han sido agrupados en dimensiones. Se observa en el gráfico siguiente la serie de dimensiones cuya temática gira alrededor de la gestión, un tema fundamental. La gestión en general alcanza 40 puntos y la gestión por áreas aglutina 20 puntos. Ambos ítems suman 60 puntos. Aquí se percibe que la cuestión no es puramente emotiva, afectiva, sino de reconocimiento al desempeño en su función. Además del reconocimiento a su gestión podemos ver la ponderación de sus atributos personales (17%) y de sus atributos como dirigente (16%). Luego, cada una de estas dimensiones puede analizarse exponiendo lo que la gente ha expresado de forma espontánea. Citando algunos ejemplos podemos decir que, reconocen positivamente su gestión porque «el país mejoró», «está de acuerdo con el proyecto de país que propone», por «la asignación universal por hijo», por «su política de derechos humanos». Respecto de sus atributos personales, porque la consideran «una persona capaz, idónea», «inteligente», «fuerte». En cuanto a sus atributos como dirigente, mencionan «su pluralidad», «sabe lo que el pueblo necesita», «se preocupa por los trabajadores». Muchas gracias.



Los intereses en juego y las interpretaciones en las independencias latinoamericanas

»» Ricardo Cicerchia, Luciano De Privitello y Juan Carlos Korol

Ricardo Cicerchia: Para comenzar debo decir que me siento inhibido con tantos títulos y alguno de ellos por cierto enigmáticos. En otras palabras no sé mucho acerca de cuál sería mi contribución. En cierto modo liberado, creo que lo mejor es reflexionar sobre mi campo, la historia social, al calor de esta efemérides que tan bien ha tramado mecanismos de apropiación y espectáculo. Hablaré sobre el rol de la historia, y en menor medida sobre el rol de la política y sobre la *performance* de la sociedad civil, con una mirada atenta a la Argentina.

Es evidente el interés creciente en la cultura y en las interpretaciones culturalistas tanto del presente como del pasado. Escepticismo sobre la posibilidad de captar estructuras y una vocación por los lenguajes y las representaciones —dramáticas—. La nueva impronta del giro cultural en el estudio de las sociedades preteritas reavivó la importancia del poder estructurante de las sagas discursivas. Muchos historiadores coinciden en la resignificación del lenguaje y sus prácticas dando a tales aspectos de la vida social un alcance explicativo casi absoluto, sosteniendo que las condiciones materiales eran percibidas a través de las experiencias y disposiciones simbólicas y que la vida social sólo existe en y a través de acciones culturales históricamente mediadas.

Desde la historia política de los conceptos se postula a las prácticas significantes como la llave del entendimiento de la acción social, la textualidad como vehículo y objeto de análisis y el lenguaje y las prácticas de representación como los fundamentos de ruptura de una vieja historia materialista y totalizante. Entre sus proposiciones metodológicas la contingen-

cia, las rupturas episódicas desligadas de las contradicciones estructurales, los contextos de enunciación, la irresolubilidad y la fragmentación. Una perspectiva alimentada por los procesos sociales de escala mundial que han profundizado la primacía de la información visual tecnológicamente formalizada sobre los sentidos narrativos, produciendo, en mi opinión, excesos y hegemonía de las representaciones y al mismo tiempo el raquitismo de una conciencia histórica. Ecos de ese estilo aforístico que anunciaba Benjamin hace casi un siglo atrás.

Casi todo fue tributario de esa categoría clave de discurso y su poder de captación de subjetividades, destituyente de los conceptos de agencia, experiencia y práctica. Aquí el debate historiográfico. Quiero mencionar un itinerario específico, a modo de ejemplo: la historia de familia en el campo de la historia social. Es la historia de la familia un escenario de combate, por los sentidos de lo social, por las sinuosidades de los procesos identitarios y por los escenarios materiales de la vida. Y entre los consensos afirmamos el carácter patriarcal y el impacto decisivo de la lógica económica de los discursos de la modernidad sobre la organización doméstica; la relevancia de una hermenéutica de la razón familiar; y la observación de las prácticas familiares como expresión de un sistema cultural con eje en el *locus* y las identidades.

La reconstrucción pormenorizada del *ethos* familiar durante los procesos de modernización, a partir de comienzos del siglo XVIII, configura territorios sociales que permiten especificar y enriquecer la comprensión de los procesos estructurales del cambio social. Pero dicha tarea entendemos sólo adquirió rele-

vancia historiográfica en el marco de la definición de un núcleo de sentidos y en la demarcación de los recorridos de una trama de evidencias cuantitativas y cualitativas recogidas sobre una amplia gama de problemas sociales, económicos, políticos y culturales, como las características del crecimiento económico, los desajustes sociales, las manifestaciones de la cuestión social, las nuevas formas familiares, la lenta consolidación de las capacidades institucionales del Estado, las concepciones sobre la pobreza y la beneficencia, y las culturas asistenciales imperantes. Marcas tan potentes como a veces invisibles del proceso de secularización. En el convencimiento de la capacidad explicativa del universo doméstico, tomamos la decisión de presentar, de manera sintética, el abordaje a un asunto de familia en la era de las independencias.

En los últimos años los estudios sobre las guerras de independencia se concentraron en el lenguaje político y las instituciones. Y me refiero a la historia política en su nuevo andamiaje en torno a los discursos (conceptos políticos). Las independencias implicaron formas nuevas de representación del pueblo. Cabe decir que las referencias republicanas, todas presentes dentro del lenguaje de la monarquía, se rearticulaban con una noción de pueblo fundamento y paradigma de la revolución. Este discurso no se propuso novedoso sino que recogía antiguos valores contractualistas, y cuyo horizonte fue la acción política desde un lenguaje constituido en el marco de una dinámica de intertextualidad cultural atlántica, mediada por los actores sin amarras ni de origen ni de destino.

Al momento del establecimiento del Virreinato del Río de la Plata en 1776, había pocos elementos de unidad entre los diferentes territorios que lo integraron. El plan del reformismo borbónico forzó la centralización de esas facultades en las instituciones regias con resultados esquivos. La crisis ocasionada por las abdicaciones de 1808 dio lugar a que las ciudades de aquí y de allí incrementaran sus atribuciones convirtiéndose en los principales actores del proceso emancipador.

¿Qué significa hacer historia de los lenguajes políticos? Significa entender los lenguajes como entidades objetivas que se encuentran públicamente disponibles para diversos usos posibles por distintos interlocutores, y que existen de manera independiente de su voluntad. Entidades, por cierto, precariamente articuladas. La historia de los lenguajes es entonces la historia del modo de producir conceptos, no sólo de los cambios de sentidos en esas categorías sino del sistema de sus relaciones

recíprocas. Sistemas conceptuales como formaciones históricas contingentes, constitutivamente incompletas, dislocadas respecto de sí mismas.

Se nos impone el análisis de la primera alteración en las condiciones objetivas de enunciación de los discursos que se produce como consecuencia de la vacancia del trono en 1808. En primer lugar, el carácter contingente y contradictorio del lazo entre el liberalismo español y el colonialismo, así como entre el republicanismo americano y su autonomismo. En segundo lugar, el escrutinio de la idea de la preexistencia de la nación como una premisa clara del proceso gaditano y la fuente de la que los poderes representativos tomaron su legitimidad. La discusión podríamos centrarla en el sujeto de la soberanía. ¿Fueron las ideas su fundamento a través de ese lenguaje performativo?

La historia social o de las sociabilidades demuestra una relación mucho menos que lineal en relación a tal soporte. Ese desafío universal de los contemporáneos por elucidar el nuevo orden político ¿fue tan universal? ¿Se trató de un solo pacto? La idea de una trama de lenguajes y conceptos, que según esta óptica es responsable del orden político —y social—, neutraliza, a mi criterio, las estrategias que producen los actores y hace las *performances* de la sociedad civil.

Juguemos a las palabras... De los escenarios de los conflictos familiares, o —de la vida maridable y las guerras domésticas— recuperados a través de los archivos judiciales, reconstruimos 450 juicios que giraron en torno a las siguientes figuras jurídicas: Disensos; Separaciones; Alimentos; Cesión de menores; Disputas patrimoniales; y Violencia doméstica. De una muestra significativa de estos juicios por asuntos de familia de ciudad y campaña de Buenos Aires entre 1780 y 1820, registramos entre sustantivos, adverbios y adjetivos un total de 27.000 palabras que componían uniones de hecho, jefaturas femeninas, circulación de menores, exigencia de cuotas alimentarias, todas figuras de dudosa legalidad y de amplia aceptación social y judicial. De este total, menos del 1 por ciento (250 voces), hacen referencia a los cambios en la sociedad (tomamos como vocabulario de referencias a *La gaceta de Buenos Aires*).

¿Es un problema del escenario judicial y de la configuración de la verdad jurídica? Puede ser. ¿La sociedad es reaccionaria respecto de las transformaciones? Puede ser. ¿Es el campo semántico reducido del vocabulario explícito de los conflictos domésticos? Puede ser.

Primera línea de conclusiones. Tanto los cambios borbónicos y la propia revolución en el Río de la Plata, como las otras revoluciones hispanoamericanas, pueden comprenderse como una serie de ensayos políticos y sociales inciertos. Mientras el poder circulaba y se disputaba entre las élites urbanas, la crisis de la monarquía auspiciaba transformaciones en la sociabilidad que serán base de los cambios lentos pero consistentes de los modelos de dominación.

El lenguaje no es simplemente una operación discursiva, sino modos de pensar y entender cómo el mundo opera y cuál es nuestro lugar en él. La experiencia que la gente tiene de su mundo —noción nodal de la historia social— es algo que la gente experimenta, y que significativamente construyen en el espacio de enunciación creado por la mediación discursiva. Desde esta perspectiva, la pobreza, la exclusión, la marginalidad derivan de una situación vivencial más allá de la forma en que los sujetos sociales las articulan discursivamente. Yo me declaro enemigo de estos libertinos eruditos, como diría Guinzburg, de esta nueva historia y/o filosofía política de moda, diciendo que: a) estas narraciones no nos hablan de la realidad historiográfica tanto como, antes bien, de quien las construye, b) nos niegan los elementos no controlados de cada testimonio histórico, c) desvincula el proceso narrativo de la producción historiográfica, d) confunde el entramado de lo verdadero, lo falso y lo ficticio —algo que vimos en los actos públicos del Bicentenario—, e) presenta la reconstrucción del pasado como mera convención literaria con efectos de verdad, f) vuelve a la *histoire philosophique*.

Proponemos el retorno crítico a lo social. Con más astucia, debemos considerar a la cultura como un sistema de símbolos que poseen una coherencia real pero frágil y en riesgo por las prácticas y por lo tanto sujeta a transformaciones. La cultura, como las instituciones, son un campo de juego con sus límites y protocolos internos menos transparentes, en el cual actores y grupos compiten por posición y poder; concretamente por el control de los significados, diversos, temporales y emergentes. Así nuestras fuentes gozarán de una libertad condicional carne de una deseada nueva estética historiográfica.

La ideología jerárquica que impuso la conquista significó que los europeos, así como sus descendientes americanos (criollos), gozaran con exclusividad de posiciones de poder y prestigio. Esta visión colonial, si bien fue incapaz de frenar los inevitables pro-

cesos de mestización, estimuló el estilo corporativo de las sociedades coloniales mercantiles. La ciudad fue el espacio de mediación de la sociedad colonial, el lugar en donde las élites y sus corporaciones —terrenientes, grandes mercaderes, burócratas— se ponían en contacto cotidiano con los artesanos, trabajadores urbanos, migrantes y desocupados. El lugar en donde los españoles y portugueses, desde sus posiciones de poder, se confrontaban con el otro indígena, africano, y con la riquísima gama cromática de las castas. Pero como en todo conglomerado social, la dinámica urbana también producía, con mayor o menor éxito, una lenta erosión de las fronteras sociales.

El nuevo tipo de intervención del poder público en la vida civil (en especial, un sistema judicial caracterizado por una mayor preferencia por la «razón» y menos vulnerable a los dogmas), descubrió un mundo doméstico de prácticas y representaciones sociales que manifiestamente poco encajaban con los valores familiares tradicionales. El escándalo fue el límite político a la mesa de los arreglos privados. Aunque el matrimonio consagrado continuaba significando el triunfo de una mentalidad barroca, nuestras guerras domésticas pre-modernas son los seguros indicadores de una tendencia apoyada en el proceso de reconfiguración permanente de las formas familiares y en la falacia de un mito, el de la sagrada familia. Otra manera, más inteligente y justa, de entender la construcción del orden social.

El desafío, aun en etapa experimental, puede entonces circunscribirse a las posibilidades de repensar el arraigo esencial de la historia social en la materialidad de una historia de carácter etnográfico. Reubicar los modos de representación y articularlos con los conflictos sociales como objetos de la investigación histórica. Reintroducir el agente como un actor social eficiente que convoca los significados culturales, sus usos individuales y el continente de formas históricamente condicionadas. Una encarnación de las fuerzas colectivas en personas individuales¹.

En esta línea, la cultura se nos presenta menos como una estructura sistemática que como un repertorio de competencias del orden de los gestos, un sistema de racionalidades prácticas, un simple conjunto de estrategias reales. La cultura como un giro performativo. Una historia de las prácticas como núcleo del análisis social.

¹ Marshall Sahlins, *Culture in Practice. Selected Essays* (Nueva York, 2000), p. 25.

Las representaciones son matices que modelan las prácticas, a través de lo cual el mundo social es construido. Ello significa que las visiones, divisiones y categorías organizativas de la vida social son el producto de una estructura de diferencias que es objetiva². Esta historia debe entender cómo el poder y sus significados fueron expresados en forma cotidiana: cómo la hegemonía fue construida, combatida y reconstruida a través del discurso y los ritos; cómo los grupos subalternos expresaron una visión alternativa de la nación y cómo la gente común percibía, se adecuaba y resistía el capitalismo, la formación del Estado-nación, los procesos de modernización, urbanización e industrialización. La afirmación de que las acciones humanas portan sentidos implica bastante más que una referencia a las intenciones conscientes de los individuos, requiere también aprehender el contexto social dentro del cual adquieren significación tales intenciones, es decir implicar la vida material, estructural, objetiva de los fenómenos sociales. Entender dicho contexto como texto.

En la línea de las reflexiones finales, concluimos que: a) la sociedad experimenta el cambio, b) la conflictividad doméstica es expresión de las transformaciones culturales, c) los sujetos históricos operan sobre las instituciones, d) los lenguajes, polisémicos siempre, despliegan estrategias. Y si se me permite, pienso, que más allá o más acá de modas historiográficas, sigue siendo ese gran desafío propuesto y de mala manera por Claude Lévi-Strauss: historia versus estructura, la mejor guía frente al excesivo pragmatismo e hibridización de nuestro pensamiento.

No quisiera terminar sin mencionar el Bicentenario. El retorno a las efemérides y el revisionismo producido de toda índole y naturaleza implican, en mi opinión, la utilización no problemática de la historia en los espacios públicos. En esto no está ajeno el comportamiento del mundo académico. Daré dos ejemplos que se me ocurren representativos de ciertos pasos en falso del debate historiográfico *ad hoc*. El voluminoso número julio-septiembre 2010 de *Historia Mexicana* presenta una serie de ensayos bajo el título «Los centenarios en Hispanoamérica: la historia como representación», prologados por Tomás Pérez Vejo.

² Esta preocupación fue recogida por algunos trabajos en el *Journal of Social History* (Fall y Spring 2003), y en *American Historical Review* (Vol. 107, N° 5, diciembre 2002). Debate retomado y actualizado en *Historia Social*, 60, I, 2008.

Entre ellos, solamente uno dedicado a Argentina, «Arte e historia en los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo en Buenos Aires». Se trata de un trabajo descriptivo y casi ingenuo sobre las actividades del primer director del Museo Nacional de Historia, Adolfo P. Carranza y sus discusiones con los artistas vinculados a la *monumenta* proyectada para el evento. Y es la difusión de esta sobreactuación de las representaciones la que dificulta abrir los horizontes de nuestros estudios sociales. Superando los episodios históricos y entiendo traicionando las intenciones de la propia autora, lo que además sobresale —por su ausencia contemporánea— es la densidad de aquella polémica entre historia y arte, y el debate sustantivo sobre los relatos nacionales, el sentido de los espacios públicos, el papel de los museos y sus colecciones, y las iconografías en el Centenario. Pero más aún, la tremenda eficiencia en la ejecución de múltiples iniciativas de cara a la sociedad.

En segundo lugar, la reedición del libro de Halperín Donghi, *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*. Se trata de un texto publicado originalmente en 1961. Me resisto a pensar que una producción historiográfica tan fecunda como la argentina lo haya olvidado por tanto tiempo, y más encuadro este redescubrimiento anunciado como «central en el debate historiográfico latinoamericano» como una manera sutil de seguir pensando los procesos políticos de arriba hacia abajo.

Hoy, la agenda histórica impuesta por las lógicas del poder se ha hecho eco de un revisionismo militante. Y no es una buena noticia. Los protocolos en la producción científica, que incluye a las ciencias sociales, implican siempre vocación por el conocimiento y fortalecimiento institucional. No es pesimismo, es parte de un informe de situación. Leo textual cable de prensa del 17 de junio de 2010: «La rotura de una canilla en un baño del Archivo Histórico de Córdoba, fundado en 1941 y uno de los más importantes de Sudamérica, desnudó el desamparo que padece esa institución desde hace años. Unos 50 volúmenes con documentos sobre el Juzgado del Crimen, de los siglos XVII y XVIII, se dañaron y, tal vez, se perdieron para siempre porque no están digitalizados. La lluvia sobre los libros empezó en la noche del miércoles pasado, al término de la jornada laboral, y duró hasta la mañana siguiente. El vástago de una canilla se rompió y el agua fluyó como una fuente. ¿Cuánto del patrimonio está en riesgo? Según sus autoridades, todo.

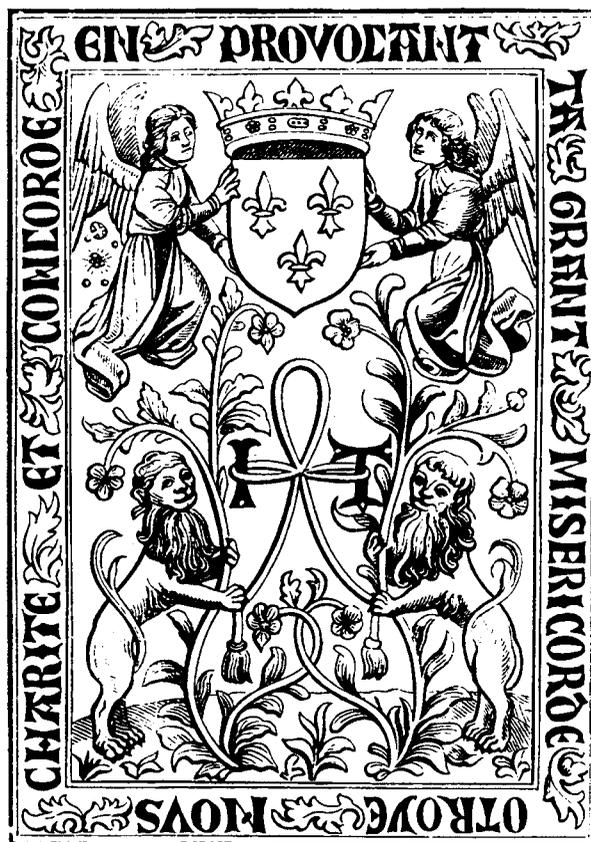
Nada menos que los 20 mil volúmenes que contienen, entre 1574 y 1925, la historia de Córdoba. Documentos del gobierno, protocolos de escribanía sobre terrenos, y la historia judicial de la provincia. Entre las joyas en riesgo hay cinco cartas firmadas por José de San Martín; nueve por Manuel Belgrano; una por Juan Manuel de Rosas y otra por Laprida». Por todo esto, tanto trabajo por delante. 1) Asumir el carácter controversial y pluralista de la práctica historiográfica, 2) revisar críticamente las demandas de la agenda presente exigiendo un intercambio que privilegie los abordajes científicos, 3) quebrar el predominio de la política y de la historia política nacional en nuestra historiografía y tramar una conexión más genuina entre la academia y la sociedad civil, 4) exigir más debate, más investigación y sobre todo más instituciones para encarar esa permanente reescritura del pasado propia de nuestro *metier*. Muchas gracias.

Luciano De Privitellio: Cuando me invitaron a hablar aquí y leí el título de la mesa me puse algo nervioso, porque yo no soy especialista en el siglo XIX. Difícilmente podía decir alguna cosa demasiado original acerca de las independencias. Yo trabajo sobre elecciones en el siglo XX, entre el 900 y 1955. Sin embargo, algo que quería charlar con ustedes es que muchas de las maneras de construir y de apropiarme de mi objeto, las formas y las metodologías de mi investigación, han sido construidas por historiadores que exploran el siglo XIX. Forma parte de una crítica bastante habitual el hecho de que los estudios electorales, por lo menos en historia, han sido profundamente renovados en lo que respecta a los análisis del siglo XIX y, en cambio, aquellos dedicados a estudiar el siglo XX aparecen en un formato muy tradicional. Y, por eso, pensé que una posibilidad era justamente hablar de todo lo que he aprendido de los historiadores que analizan el siglo XIX, y qué planteos dejan esos trabajos para aquellos que pretendemos explorar al menos una parte del siglo XX.

Todos aprendemos de muchos libros, pero no siempre los libros de los que aprendemos son los libros que hablan de lo que nosotros hacemos. Yo diría, en mi caso, al revés. Podría contar con los dedos de una mano los libros sobre el siglo XX de los que aprendí algo, pero quisiera trabajar entonces sobre esta dimensión del problema de los estudios electorales, y plantearles a ustedes en qué sentido, por lo menos para

mí, estudios dedicados a analizar los procesos electorales del XIX han sido notablemente didácticos a la hora de entender qué clase de preguntas se le pueden hacer a una elección.

Como sostenía el expositor anterior, efectivamente la historiografía de la ruptura revolucionaria se ha concentrado en los últimos años en las dimensiones político-institucionales del proceso. Pero sucede que hasta no hace mucho tiempo las historias sobre el siglo XIX han sido de una u otra manera historias de epopeyas nacionales. La mirada pública sobre el Bicentenario ha sido en buena medida eso: la historia de una epopeya nacional que no se plantea justamente ninguna discusión alrededor de las categorías básicas que postula como explicativas, empezando, por supuesto, por la propia categoría de nación. ¿Qué cosa es una nación? Es posible hablar de una nación argentina en 1810? La historia identitaria, la historia que celebra pasados míticos de una comunidad, ni siquiera se hace esta pregunta que, en cambio, está en la base de la renovación historiográfica de los últimos veinte años. No es extraño de todos modos que no se haya prestado demasiada atención a la dimensión institucional de la política, dado que los padres fun-



dadadores de la historiografía Argentina —en buena medida Mitre, pero en parte también Sarmiento— nos han acostumbrado a creer que luego de un breve intento de institucionalización en la primer década revolucionaria —es decir entre 1810 y 1820— lo que predomina es una situación de anarquía en la que el poder político se construiría por fuera de las instituciones. Esto es una idea de naturaleza romántica que sostiene en cambio que fueron figuras excepcionales las que se alzaron, mediante mecanismos informales, con el poder. Así es el *Facundo* de Sarmiento. Según el *Facundo*, los caudillos en general basan su poder en la excepcionalidad de sus figuras, héroes románticos que encarnan las tendencias de una época más que personas de carne y hueso. La idea de que los caudillos no son organizadores de instituciones no es, por supuesto, la de la historiografía actual. Pero, en rigor, ya los historiadores de la Nueva Escuela planteaban que los caudillos habían sido organizadores de instituciones en sus provincias. El problema de esa historiografía es que seguía siendo una historiografía de relato de epopeya nacional, lo cual suponía un problema porque siempre aparecía la tensión alrededor del problema de la no organización nacional. Es decir, la reconocida organización en el nivel de las provincias no tenía la densidad suficiente como para dar cuenta de una línea que hiciera hincapié en la organización institucional promovida por los «caudillos». Tal vez el gran aporte de la historiografía universitaria de los últimos años no es tanto el haber redescubierto que luego de 1810 hay una historia político institucional que analizar, sino el haber puesto en cuestión la propia idea de la historia nacional, es decir, el poner en discusión (es decir analizar) la propia categoría de nación. Al poner esa idea en cuestión, rápidamente modificaron los cánones para pensar la historia de los primeros cuarenta años posteriores a la Revolución de Mayo. En esta línea, luego de la disgregación profunda del mundo colonial virreinal, se abandona la idea de una sucesión natural (virreinato-nación), para entender que lo que queda de esa disgregación son primero ciudades y luego provincias, y que son estas provincias una vez que se han organizado como tales las que van construyendo, no sin idas y vueltas, un nuevo Estado al que llamamos Estado-nación, es decir, la Argentina. No hay ninguna Argentina en 1810, por lo cual ninguna Argentina puede disgregarse en 1820. Lo que le sigue tampoco es una anarquía, sino, por el contrario, la organización de estados autóno-

mos llamados provincias. Sólo hay «anarquía» si presuponemos que lo natural es la Argentina, pero no hay nada de natural en ella: no está escrito en ninguna historia fatal que tal cosa deba existir. Es decir la clave, me parece a mí, de este cambio de perspectiva, consiste en no hacer una historia nacional, sino en hacer una historia de la nación, que no es exactamente lo mismo. Ahora bien, en esa clave hoy sabemos algo que sabían los historiadores de la Nueva Escuela y de lo cual, sin embargo, ellos no podían sacar todas las conclusiones del caso: a diferencia de lo que sostienen Sarmiento y Mitre, los caudillos provinciales han sido grandes organizadores institucionales, han dado constituciones a sus provincias, han constituido sistemas republicanos y, sobre todo, sistemas electorales. Es decir, su rol en la organización del Estado ha sido fundamental, aunque ese Estado no sea el que hoy reconocemos como el Estado nacional. Pero, y éste es el punto, no hay ninguna razón por la que tenga que ser el Estado nacional, problema que en cambio es claramente el de Mitre y Sarmiento en un contexto bien diferente al de 1820 o 1830. Advertir esta cuestión fundamental ha permitido complejizar una manera de entender la política revolucionaria y posrevolucionaria, y ha permitido cuestionar certidumbres que, desde Mitre y Sarmiento en adelante, han sido tenidas por verdades evidentes y naturales. Yo creo que el sentido común «revisionista» que hoy predomina en la opinión —y en los festejos del Bicentenario— paradójicamente sigue manteniendo viva y coleando la clásica visión sarmientina, es decir, la supuesta anti institucionalidad de los caudillos, salvo que en lugar de ser denostada es reivindicada como un dato positivo. Pero, como sabemos, no es discutiendo valores que avanza el conocimiento de los procesos sociales e históricos, sino más bien poniendo en cuestión teorías, categorías y esquemas explicativos. El problema de esta vulgata neorrevisionista es que si bien puede ser entendida en el marco de una moda política como la actual, que disminuye la importancia de las instituciones, y más allá de que se lo considere positivo o negativo, olvida el hecho fundamental de que el dato es, simplemente, falso.

Ahora bien, dentro de estos estudios la línea que por lo menos a mí más me interesa, porque tiene que ver con lo que yo hago, es la de aquellos que han destacado el lugar de las elecciones en estos procesos de institucionalización. ¿Por qué me parecen relevantes estos trabajos? Me parecen relevantes porque se pre-

suponía que las elecciones del siglo XIX eran falsas, fraudulentas y por lo tanto no había demasiado que decir sobre ellas. El razonamiento que subyace a esta forma de aproximarse al problema es que si una elección no revela aquello que se supone que deba revelar, a saber la voluntad popular o la representación transparente de la sociedad, entonces no hay muchas más preguntas que se les pueda hacer. Si la elección es una práctica falsa y por lo tanto la verdadera política pasa por otros registros que no tienen que ver con la elección, entonces no vale la pena darles demasiada importancia. Esto sucedía exactamente igual en los análisis de elecciones europeas: tampoco se las consideraba un objeto de estudio demasiado legítimo.

Sin embargo, desde la década del '70 hay muchos estudios en Europa sobre las elecciones del siglo XIX y son sin duda esos estudios los que han sido utilizados como modelos en América Latina y han producido un conjunto muy importante de trabajos acerca del rol de las elecciones en el siglo XIX. ¿Cuál sería la pregunta que constituyó el eje de estos estudios? La respuesta es muy sencilla: cualquiera fuera la forma en que se hacían elecciones, es necesario explicar por qué la elite política posrevolucionaria tenía una preocupación constante y obsesiva alrededor de la práctica electoral. En el caso de la Argentina, hay dos estudios fundamentales que han abierto el camino para el análisis electoral en el siglo XIX: el de Marcela Ternavasio sobre las elecciones entre 1810 y el rosismo, y el Hilda Sabato que analiza el período 1853-1890. Estos trabajos comparten muchas de sus perspectivas de análisis, primero porque ambos se dedican al caso bonaerense, y luego porque sus modelos historiográficos son muy parecidos, por no decir los mismos: el sistema de citas de un libro y otro es más o menos similar. Una de las conclusiones centrales de las dos autoras consiste en sostener que los procesos electorales tienen muy poco que ver con esa otra categoría que viene siempre la mano de la idea de elección, que es la idea de ciudadanía. Tampoco tiene mucho que ver con mecanismos de representación de la sociedad en la política. Las elecciones del siglo XIX tienen que ver con otros dos elementos. El primero es la construcción de la legitimidad del régimen político. Desaparecido el rey, parecía necesario constituir alguna manera mediante la cual apareciera de algún modo la aceptación de esa autoridad por los gobernados. Se trata de una elite que ya no puede acudir a ciertos elementos más tradicionales para legitimar su autori-

dad y que busca otras nuevas. El segundo es que las elecciones aparecían como un mecanismo para que la elite política resolviera sus conflictos de un modo pacífico, es decir, que no resolviera sus conflictos mediante el recurso de las armas. Es muy clara al respecto la ley de 1821 de la Provincia de Buenos Aires, como lo sostiene Ternavasio. Pero aún en 1912, lo que aparece como telón de fondo de la reforma electoral es la conflictividad política de la propia elite, y en cambio lo que aparece muy poco, si es que lo hace, es cualquier forma de temor por la participación popular.

El carácter universal del voto fue consagrado por la Constitución Nacional de 1853 y reafirmada por la ley electoral de 1857 para toda la Argentina. Este es otro de los problemas que se ha planteado alrededor de la cuestión del sufragio y que en parte hemos aprendido de los trabajos del siglo XIX. Solíamos sostener que el sufragio universal llega a la Argentina en 1912, lo cual es un error siempre y cuando uno entienda, y aquí me voy a hacer cargo de algunas caras del público, que las definiciones de universalidad no son siempre las mismas. Es un error sostener que 1912 implica el sufragio universal en la Argentina porque el derecho para los varones adultos existía desde 1853. Sin embargo, las mujeres no votan —de todos modos, hay que recordar que tampoco lo hicieron a partir de 1912— y uno puede decir que entonces que eso no es la universalidad. Es claro que en términos históricos la idea de universalidad es una idea históricamente determinada. Yo puedo decir que hoy nosotros creemos que el sufragio es universal, en realidad el sufragio no es universal, ya que no votan ni los habitantes extranjeros ni los menores de 18 años. Ustedes rápidamente van a decir que es obvio, cómo van a votar los menores de 18; bueno, lo mismo decía una persona del siglo XIX sobre las mujeres. Se las asociaba a la condición de minoridad y por lo tanto la definición de universalidad no entraba en riesgo porque las mujeres no votarían. Por cierto, esto se va modificando en el siglo XX. Si ustedes leen los debates sobre la ley de sufragio femenino de 1947 o las propias palabras de Evita y de Perón alrededor de este tema, verán que esa imagen de la mujer no ha cambiado demasiado de todos modos. Imaginaban una mujer que seguía siendo vista en el ámbito de lo doméstico, de lo privado. La aparición del sufragio femenino se debe menos a un cambio en la imagen de la mujer —que, bueno es recordarlo, siguió estando en posición subordinada en el ámbito de la legislación civil— que a un cambio

sustancial en el modo de concebir la política y las elecciones en un sentido general.

Otro problema que me parece que nos ayudaron a pensar los trabajos del siglo XIX tiene que ver con la relevancia de los mecanismos electorales. Las normas electorales prescriben un conjunto de prácticas, nos dicen lo que tenemos que hacer y lo que no; pero hay todo otro un conjunto de prácticas que no están normadas. Desde 1853 hasta 1912, predominó un sistema de mayoría, también llamado de lista competitiva. En cambio, nada se decía sobre las candidaturas o sobre el modo de confeccionar esa lista: cada votante podía elegir a quien quisiera siempre que fuera un ciudadano argentino. Esto funcionó así ya que, según el imaginario decimonónico, el momento de solucionar los conflictos de la elite no era el de la elección propiamente dicha sino el de la confección de las listas. La lista abierta favorecía el acuerdo. No era el voto, exactamente, la garantía, sino más bien se esperaba que el régimen de sufragio modificara comportamientos de la elite. Sabemos también que ese no fue siempre el resultado y que los conflictos se producían en los atrios para ganar las mesas, ya que por entonces las autoridades de mesa eran elegidas en asambleas de ciudadanos antes de abrir la votación. Es más, ustedes saben que hasta no hace mucho el presidente se lo elegía en segundo grado, pero se ignora en cambio que los electores de segundo grado estaban exentos de todo mandato imperativo, es decir, podía votar a quien quisieran. Esto era así porque también se suponía que el acuerdo llegaba en este caso en una instancia posterior a la elección. Todo esto nos lleva a pensar que el momento en que nosotros enfatizamos hoy de una elección, que es el momento que vamos y ponemos el papelito en la urna, no era el momento privilegiado en el XIX. El momento que enfatizaba era el momento del acuerdo intraelite que esperaban se produjera alrededor de la confección de la lista o en el momento de reunirse los colegios electorales. Claro, esto no siempre se producía... ¿qué pasaba entonces? Bueno, entonces aparecían las revoluciones. Mitre hace revoluciones, en 1874 denuncia fraude, pero no hay que engañarse demasiado al respecto: Mitre hubiera hecho una elección exactamente igual a la que armó Sarmiento para elegir a Avellaneda. Y lo que Mitre busca con la revolución es acordar, es ser admitido en la mesa de negociaciones, por eso las suyas son revoluciones que no llegan hasta las últimas instancias. Mitre solía levantarse primero y negociar después, cuando lo hizo

en los '90, un sector de la Unión Cívica se abrió y formó la UCR. Esta es una concepción del sufragio que nosotros hoy veríamos como una violación de la manera en que entendemos el proceso electoral. Pero en el siglo XIX ésta es la manera en que se entiende dicho proceso: la elección está para hacer legítima a la elite y para evitar enfrentamientos armados en su interior: no está en cambio, como aseguraríamos nosotros, para representar a la sociedad en el mundo político. Para eso la política tiene otros mecanismos: la opinión pública o la organización de asociaciones, que son muy eficaces, mucho más que cualquier elección. Una de las grandes preguntas que se suele hacer sobre el XIX, por qué los inmigrantes no se naturalizaban para votar, encuentra así explicaciones mucho más sencillas y menos conspirativas que las habituales. Primero, si se naturalizan pierden su nacionalidad de origen, pero sobre todo, no era necesario, era inútil, ya que encontraban a través de las asociaciones mecanismos de representación política infinitamente más eficaces que el voto. El voto no tiene en todas las sociedades la misma función. Una evidencia que, sin embargo, no ha sido del todo explorada por los estudios electorales.

Eso pone en cuestión una idea central con la cual se ha iluminado todo el siglo XIX, que es la idea del fraude, ya que el fraude presupone la existencia de una voluntad que es de algún modo violentada o falseada. En la Argentina del XIX, y aún en la de comienzos del XX, tal cosa simplemente no existe. Es que hemos dado por hecho que, en tanto existe una elite que necesita del voto para resolver sus problemas, o eventualmente para sentirse, el resto de la sociedad coincide o comparte esa mirada. Aunque la idea del fraude parece contener un tono de denuncia, es curioso que ésta se traduzca en una concepción historiográfica que admite que la identidad «ciudadano», que es propia de la elite, es también la del resto del mundo social. Una historia «desde arriba» que ni siquiera se reconoce como tal, dado que cree ser «popular» por el simple trámite de denunciar un delito. Curiosamente, para el caso argentino casi no contamos con estudios que nos muestren cómo la idea de ciudadanía y la práctica del voto son vividos y vistos por quienes no sean parte de la elite. Esto contrasta con otros casos americanos y europeos, en los que este problema ha sido planteado y estudiado. En el caso francés, por ejemplo, se analiza cómo se convierte un campesino en un ciudadano francés, un horizonte político cultural del todo ajeno al campesinado decimonónico. En esta manera de

pensar el problema electoral, se invierte el modo en que tradicionalmente se lo pensó: la proclamación legal o discursiva por parte de una élite de una nueva comunidad política formada por ciudadanos es simplemente eso, una proclamación, no una descripción histórica de la realidad en su conjunto. Por eso, yo entiendo que en la segunda mitad del siglo XIX, lo que llamamos «fraude» era en realidad un modo de socialización en la política para sectores populares, dado que la élite política necesitaba de ellos para ganar elecciones, por más violentas que ellas fueran. Agarrarse a tiros o a trompadas alrededor de los atrios puede parecernos escasamente legítimo a nosotros, pero era absolutamente normal para ellos y, para ganar, esas «pequeñas guerras» (como las ha definido Sabato), lejos de impedir la participación popular, la alientan y promueven. Pero, ¿qué significa la elección para quienes se agarran a trompadas? Aún no lo sabemos, seguro no lo mismo que para nosotros y seguro no lo que una historiografía cómodamente instalada en los mitos de la ciudadanía ha creído. Tampoco sabemos qué pensaban los habitantes de los conventillos porteños que en 1904, por ejemplo, juntaban sus libretas para venderlas a los agentes electorales en grupo para obtener un mejor precio. ¿Qué pensaban esos señores acerca de qué quiere decir ser un ciudadano y votar? ¿Por qué imponerles a ellos nuestra idea abstracta de ciudadanía? ¿Por qué dar por hecho que esa gente vivía la política como una exclusión porque no votaba o, mejor aún, porque vendía su voto al mejor pagador? Yo simplemente planteo estas preguntas que me parece todo historiador que quiera comprender los procesos electorales debe plantearse, pero en verdad, no tengo una respuesta. Y esto se proyecta a 1912, porque la clave de esta reforma no es el voto universal —porque el voto universal ya existe— sino la obligatoriedad. Es decir: dado que no votan hagamos que voten compulsivamente, inventemos a los ciudadanos tal como queremos que sean. Sáenz Peña sostenía que su ley iba a crear al sufragante, a inventar al ciudadano: nada parecido a unas masas excluidas que golpean a las puertas de las urnas, por el contrario, tenemos que a obligarlos a que vengan. ¿Qué pasa con esto? A partir de 1912 la práctica electoral se hace más amplia (no masiva, la idea de una democracia de masas después de 1912 no se sostiene en ningún número ya que una gran cantidad de distritos de Argentina tienen menos de 30.000 electores todavía en 1928, es decir menos de los que votan en la UBA). ¿Qué pensa-

ba esa gente acerca de la votación a medida que la incorporan a sus costumbres? No lo sabemos, realmente no lo sabemos.

En resumen, ¿qué es lo que al menos a mí me enseñan estos trabajos sobre el siglo XIX? La primera cuestión es que debemos poner en cuestión la idea de que al respecto el siglo XX es una versión acabada y perfecta de algo imperfecto que sucedería en el XIX. Desde el momento que los historiadores del siglo XIX nos han enseñado que en el XIX hay una forma específica de pensar y hacer política que es propia y que no es una aproximación a un supuesto e inexistente umbral, necesariamente estamos obligados también a revisar el siglo XX. No somos el umbral, no porque ahora estamos en el XXI —discúlpenme porque para mí, mi siglo es el XX— sino porque no somos la versión mejorada de nada. Y eso hace que todo el tiempo tengamos que interrogarnos acerca de los sentidos de eso que llamamos votar y de lo que llamamos ciudadanía en cualquier momento que analicemos. Y voy a cerrar esta presentación con una de las apuestas de mi investigación. Todos conocemos el período reformista de Sáenz Peña porque forma parte del imaginario histórico de casi todos nosotros, pero no le damos la



misma entidad al peronismo. El peronismo «amplió», «incorporó» (por ejemplo a las mujeres) pero el voto es el voto. Sin embargo, el peronismo reformó drásticamente los modos del votar, las formas de ser del voto y no simplemente en un sentido cuantitativo. El peronismo cambió el sentido de lo que significa votar. Para el peronismo el voto no es lo mismo que para el reformismo del '12. Si alguna cosa aprendí de los trabajos del siglo XIX es que alrededor de una manera de entender la forma de votar hay también una manera de entender qué cosa es el colectivo político, qué cosa es la política y qué cosa es la ciudadanía. Así como el siglo XIX tiene sus propias lógicas cambiantes y conflictivas, Sáenz Peña es una cosa y el peronismo es otra que no puede ser pensada como la simple ampliación de lo que la ley Sáenz Peña no incorporó. Lo que yo decía de la mujer que puede votar en el '47 es también cierto para el hombre del '47. El peronismo redefine drásticamente los términos de la ciudadanía y por eso elabora un proceso reformista electoral que prácticamente no deja nada de lo anterior en pie. Bueno esto es lo que quería decir, muchas gracias.

Juan Carlos Korol: Buenas noches a todos, quiero yo también agradecer la invitación que me ha hecho llegar la Carrera de Ciencia Política y que también a mi me planteó algunos problemas por su título. Dado que los problemas me los plantea la primera parte del título, «los intereses en juego», voy a empezar con la segunda parte, «las interpretaciones en las independencias latinoamericanas». Esto se debe a que creo saber algo de la segunda parte y muy poco de la primera. Después, trataré, en todo caso, de volver sobre los temas que propone la primera parte del título.

A diferencia de mis colegas, y en la medida de lo posible, yo sí voy a hablar de las independencias latinoamericanas, para lo cual empezaré con una cronología mínima. El dato es que entre 1804 y 1824 —y digo 1804 para incluir la revolución haitiana, de lo contrario podría señalar una fecha más tardía como 1808— se desarrolla a escala continental un proceso que solemos conocer como las independencias latinoamericanas. Hacia 1824 prácticamente toda América Latina, con algunas excepciones importantes como Cuba y Puerto Rico, se encontraba libre de la dominación europea. Este no fue un proceso lineal, sino más bien un proceso con avances y retrocesos, vale la pena recordar que hacia 1815 sólo resistía el

Río de la Plata y alguna otra región aislada. La mayor parte de los avances hacia la libertad se habían frenado. Pronto, el impulso se retomó y, como ya les señalé, hacia la mitad de la década de 1820 América era libre. Esta cronología tan simple, y estos resultados tan inesperados, parecen enfrentarnos a algo así como lo que llamábamos alguna vez un gran acontecimiento, que debería ser objeto de un gran relato y de una gran explicación. Hemos tenido por supuesto grandes relatos y grandes explicaciones. Podríamos pensar, por ejemplo, con Enrique Semo y algunos historiadores europeos, que nos encontrábamos frente a una revolución burguesa, que de algún modo reflejaba los acontecimientos europeos y americanos, americanos del norte, de la segunda mitad del siglo XVIII. Podríamos, en cambio, preferir la noción de guerra civil, del miedo a la revolución de Miguel Isard; o la interpretación más acotada de John Lynch, que se refiere en realidad a la independencia de México, y prefiere verla como un acontecimiento puramente político cuyos resultados, según él mismo, se asemejaron en términos sociales a esa frase que describe tan bien una situación socialmente inmóvil: se trata, dice, «del mismo fraile en distinta mula», con la que elige prácticamente concluir su trabajo sobre las independencias hispanoamericanas.

A diferencia de esas interpretaciones, podemos optar por las miradas más recientes que proponen, desde múltiples relatos, entender a las independencias y las nacionalidades como parte de la construcción del Estado nacional. También podemos inscribirlas en una visión más integral, sin duda válida, como parte de un tema que estuvo algo en boga en los últimos tiempos, el de las revoluciones atlánticas. Pero si nos decidimos por estas opciones más recientes, no podemos dejar de lado el redescubrimiento de los ideales republicanos, y la muy poco explorada experiencia de los grupos subalternos, que suelen ser protagonistas de sus propios argumentos. Esto último, claro está, para unos pocos momentos excepcionales, ya que en general la participación de los grupos subalternos en esta epopeya, como decía mi querido colega *De Privitellio* hace un rato, distaba mucho en general de ser una participación vocacional. Sin embargo, ahora contamos sí, con nuevas miradas que nos permiten por lo menos intentar reconstruir alguna idea de lo que significó para los distintos grupos de las sociedades esta transformación provocada con las independencias, qué significaron para los actores las indepen-

dencias. Basta recordar para ello el trabajo de Cecilia Méndez, *La república plebeya*, cuyo título estoy traduciendo seguramente mal, que tiene que ver con la revuelta de Huanta en el Perú, donde aparece un grupo de la población, que ahora llamamos originaria, iniciando una rebelión contra la primera república peruana, y a favor de la monarquía española, pero cuyos líderes, más tarde, prestarán su apoyo a distintas facciones republicanas. Por lo tanto, aquí ya había una participación de sectores indígenas y campesinos que puede ser estudiada, y nos puede permitir entender las motivaciones de los actores, en este caso, de los sectores tenidos como subalternos.

Los sentidos que los actores dan a sus acciones es una de las maneras de ver el centro de la actividad del historiador. Es una de las maneras de ver, digo, porque a mi juicio ocurre que no tenemos una sola historia, y por esto es que yo no sé recomendar cómo hacerla; y no tenemos una sola historia porque estoy convencido que lo que existen son historias múltiples. En realidad, la manera que tengo de imaginar la tarea del historiador consiste, básicamente, en tratar de recrear los sentidos que los actores dan a sus acciones, pero también los sentidos que las generaciones posteriores otorgan a esas acciones de los actores en el pasado. Y esto necesariamente nos lleva a historias múltiples, porque tenemos desde distintos actores e interpretaciones a, posteriormente, distintos espectadores que otorgan sentidos a esas acciones e interpretaciones. Pero, además, porque entre los actores hay un actor muy particular, y ese actor es el Estado.

Tal vez, un actor muy predominante, que genera enormes confusiones cuando se mira la tarea historiográfica, es el Estado mismo o, en este caso, los estados latinoamericanos. Los estados latinoamericanos que de alguna manera tienen que contar su propia historia y tienen que legitimarse al contarla. Todo esto, pensando en el Estado más bien como un proyecto que como algo acabado, como un proyecto de dominación en el que la manera de relatar el pasado, de nuevo, presenta un relato que legitima a esa dominación y a ese poder que es una construcción cotidiana. Entonces, los estados no pueden desprenderse de la necesidad de contar el mito de los orígenes pero, por lo mismo, los énfasis que las historias oficiales construyen no son siempre iguales. Por historia oficial entendemos la historia que el Estado cuenta, que no necesariamente es la historia de los historiadores, por lo menos, de los que estamos hoy acá y de algunos otros

más que están, por suerte, por lo menos algunos, en nuestro país. Hago esta aclaración porque hay, por supuesto, historiadores que cuentan la historia oficial del Estado. La historia oficial, entonces, va a tener énfasis distintos, porque el Estado no es siempre igual a sí mismo. Hay un proyecto de construcción del Estado que puede ser más o menos exitoso, que tiene momentos de éxito y momentos de crisis, y momentos de reconstrucción, que requieren contar una nueva historia, una historia diferente. Para tratar de ilustrar la confusión que he propuesto como debate, como metodología expositiva, quiero empezar con algunas citas que son citas de los actores, esos actores múltiples a los que antes me refería, que en parte son actores pero, también, son historiadores. Vamos a ver un caso y, en segundo lugar, propongo recorrer algunas visiones historiográficas recientes para ver, después, cómo el Estado, o alguno de esos estados, cambian los énfasis, cuando no las fechas.

Sobre el mito de los orígenes, llamado independencia, voy a empezar con una cita de Bolívar. Bolívar es un personaje sumamente contradictorio y atractivo. Un historiador, que ya está menos de moda de lo que lo estuvo hasta hace algunos años, David Brading, lo llamaba un héroe republicano, y creo que, mas allá de las modas, en el fondo Brading tenía razón. Básicamente Bolívar era un republicano, entendiendo republicano como una referencia a la república clásica, a la república romana. Cuando Bolívar estaba inventando la constitución de Bolivia en 1826, en realidad, estaba pensando en una especie de república aristocrática. República, sí, pero aristocrática. Estaba pensando en una presidencia vitalicia, pero fue un republicano hasta el final, y en ningún momento se le ocurrió otra alternativa. Dijo Bolívar, y yo creo que esta fue una de las maneras que tuvo de construir la nación antes que el Estado: «Todo español que no conspire contra la tiranía a favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria y por consecuencia irremisiblemente pasado por las armas.» Y sigue: «Españoles y Canarios: contad con la muerte aún siendo indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos: contad con la vida aún cuando seáis culpables». Claro, la pregunta que correspondería ahora sería tratar de indagar quiénes eran los americanos y quiénes eran los españoles, pero esto en todo caso lo dejamos para otro momento.

Hay otra cita que quiero transmitirles, que es de un actor político mexicano que fue, al mismo tiempo, un brillante historiador de México, me refiero a Lucas Alamán. Fue un hombre muy activo de la primera mitad del siglo XIX, era, por supuesto, de la elite mexicana, ocupó cargos de mucha importancia en los gobiernos de esa época y escribió una historia de México, una historia de México en varios volúmenes en la que hace una referencia a Hidalgo y dice, observa: «Hidalgo ha llegado hasta las puertas de la capital, hasta las puertas de ciudad México pero terminó perdiendo todas las provincias que había conquistado», y se pregunta por las causas, y contesta: «el sistema atroz, impolítico y absurdo que Hidalgo siguió satisface completamente a esta pregunta y la contestación se funda en los varios e inconexos elementos que como en su lugar se vio componen la masa de la población mexicana, Hidalgo sublevó contra la parte de la raza española nacida en Europa, la parte de esta misma raza nacida en América especialmente a los numerosos individuos de ella que careciendo de propiedad, industria y otro honesto modo de vivir pretendían hallarlo en la posición de los empleos, y llamó en su auxilio a las castas y a los indios excitando a unos y otros con el sebo del saqueo de los europeos, y a los últimos en especial con el atractivo de la distribución de las tierras». Lucas Alamán debe haber sido el más brillante de los representantes del pensamiento conservador de América Latina, y en su discurso se hace muy evidente que los actores, los actores que participaban de la independencia, los actores que luchaban por establecer estados y gobiernos más o menos legítimos, no eran homogéneos. Hay una diferencia que salta a la vista, por supuesto, entre la historia de la independencia de México y la historia de América del Sur, que para peor de nuestros males incluye también a Brasil, por lo cual, en realidad, parece legítimo preguntarse si este gran suceso, este gran acontecimiento puede presentarse como un gran acontecimiento, con un relato homogéneo. Planteo la respuesta, mejor dicho, planteo la pregunta. El lapsus no es casual: yo sugiero una respuesta al plantear la pregunta.

Ahora voy a pensar con ustedes la otra parte de lo que les prometí, que tiene que ver con las fechas y las conmemoraciones. ¿Cuándo se independiza México? Las conmemoraciones por la independencia de México suelen empezar el 15 de septiembre y suelen terminar el 27 de septiembre. ¿Por qué? Porque hay un problema en la historia mexicana, muy obvio, y es que

entre la noche del 15 al 16 de septiembre se produce el grito de Dolores, el famoso grito de Hidalgo, este señor por el cual Lucas Alamán no tenía la más mínima simpatía, que por otra parte gritó algo cuyo contenido no conocemos muy bien. Tenemos algunas ideas, pero no estamos muy seguros. El grito de Dolores se produjo en 1810, pero los conflictos se extendieron hasta el 27 de septiembre de 1821, cuando el Ejército Trigarante entró en la ciudad de México. Entonces, ¿dónde hay que poner el énfasis, y cuál es el Estado que va a poner el énfasis en una fecha o en otra? ¿Es lo mismo el Estado porfirista que el Estado de la Reforma a mediados del siglo XIX? Si uno elige una fecha esta eligiendo sentidos diferentes; ninguna visión histórica es, en este sentido, neutral. Aclaremos, claro, que el grito de Dolores parece que se produjo en la madrugada del 15 al 16, y es por esto que los presidentes mexicanos y, en algunas ciudades mexicanas, los gobernadores, suelen tocar una campana al anochecer del 15. Hay un problema pequeño, pero que vale la pena mencionar, ocurre, para colmo de males, que el 15 de septiembre era el cumpleaños de Porfirio Díaz, nada menos. Esto, para pensar los problemas que tiene el Estado que está construyendo legitimidad e identidad al elegir o enfatizar siquiera algunos momentos. Piensen que en el primer centenario de la independencia de México se construye una famosa columna de la independencia, y ahí están enterrados algunos de los patriotas próceres de la independencia mexicana. Quien la construyó fue Don Porfirio Díaz. Y, parece, que en las últimas efemérides lo que se ha decidido es tratar de investigar si los que están enterrados ahí son realmente los que se dice que están enterrados ahí; y digamos, de paso, que esto parece mostrar que la propensión a la necrofilia no es sólo un problema argentino.

Veamos otro ejemplo: Uruguay. Todos hemos pasado por la 18 de julio, creo, sin preguntarnos, por suerte demasiado, sobre qué significaba el 18 de julio. Bueno, el 18 de julio de 1830 se juró la Constitución uruguaya, pero la fecha que se festeja fue discutida en el Congreso de Uruguay en 1923. ¿Por qué? Porque había quienes proponían que, en realidad, se festejara el 25 de agosto con referencia al momento de 1825, donde se asegura la independencia del Imperio de Brasil, la independencia para la Banda Oriental del Imperio de Brasil. Pero ocurre que esto estaba muy ligado a los intereses de los Blancos, y no a los Colorados uruguayos, los liberales uruguayos si ustedes quie-

ren, a quienes, en realidad, les convenía más el 18 de julio, porque el 25 de agosto refería demasiado a la historia de los Treinta y Tres Orientales; que hoy también sabemos no eran treinta y tres y, además, muchos no eran orientales; lo que en realidad de alguna manera llevaba a legitimar una visión y no la otra.

Estos son ejemplos nada más, podríamos seguir, pero creo que se hace evidente el énfasis en la interpretación que, en el caso de la historia oficial, tiene que ver con el momento y la necesidad de la legitimación del Estado. Por otra parte, también, creo que esto se hace evidente si uno mira la historiografía, en general, que los historiadores han construido como historias patrias en buena parte del siglo XIX. Francisco Adolfo de Varnhagen en Brasil, Francisco Bauza en Uruguay, o Bartolomé Mitre en Argentina, de alguna manera, justifican la construcción de sus propios estados. No todos lo hacen de la misma forma, pues, para los brasileros era importante apuntar a la continuidad —no es raro, al fin y al cabo, se trataba de la construcción de un Estado independiente pero monárquico—. Bauza, el uruguayo, tenía que justificar la viabilidad de una nación como la uruguayana. Mitre, no sabemos si fue Mitre, pero casi todo el mundo parece todavía decir que fue Mitre, prefería suponer que los argentinos existíamos antes que la Argentina, es decir, que en realidad éramos el producto del embrión ya latente de nuestra propia nacionalidad.

Y esto nos lleva directamente a las maneras en que ha trabajado, últimamente, la historiografía para lograr desarmar, de algún modo, para lograr deconstruir, todo esto. Es decir, para lograr, de nuevo, entender por qué los actores hacían lo que hacían y, también, entender por qué los estados construían estas representaciones de los actores. Y esto muestra para qué sirven las visiones alternativas, y por qué hoy es tan difícil, en el fondo, construir un relato hegemónico único, ordenado y grande. En relación al gran relato de las independencias americanas, entonces, es un gran proceso, creo, dentro del cual hubo múltiples sentidos y múltiples variantes, además de múltiples actores.

Por eso, y para tratar de cumplir con los que me invitaron, debo hacer una referencia a «los intereses en juego». Éstos fueron y son, en todo caso, múltiples; y creo que esto queda claro si se examinan los discursos oficiales o cuasi oficiales. Pero, también, si miramos los acontecimientos, que distaban de ser previsibles para los actores. Tal vez alcance con un ejemplo. Si queremos hablar de los intereses en juego de los actores contemporáneos, es muy difícil imaginar cómo los comerciantes porteños se beneficiaron con la llegada del comercio inglés y los barcos británicos. Pero los intereses en juego van mucho más allá de eso, abarcan a los intereses políticos de generaciones posteriores, y ahí me parece que es donde nosotros deberíamos enfatizar las maneras en que los estados construyen su relato iniciático, y las maneras en que los historiadores podemos contribuir para deconstruir esos mitos de origen. Gracias.

Referencias

- Jeremy Adelman (2006) *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*, Princeton, Princeton University Press.
- José Carlos Chiaramonte (2010) «La dimensión atlántica e hispanoamericana de la Revolución de Mayo» en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 33, 3ra. Serie.
- Tulio Halperin Donghi (1985) *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza.
- Miguel Izard (1979) *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*, Madrid, Tecnos.
- John Lynch (1976) *Las revoluciones hispanoamericanas – 1808-1826*, Barcelona, Ariel.
- Cecilia Méndez (2005) *The Plebeian Republic. The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*, Durham, Duke University Press.
- João Paulo G. Pimenta (2006) «Brasil y las revoluciones de Hispanoamérica (1808-1822)» en María Teresa Calderón y Clément Thibaud (comp.) *Las revoluciones en el mundo atlántico*, Bogotá, Taurus.
- Las referencias a Simón Bolívar corresponden a sus «Discursos y Proclamas» de 1813.
- Las referencias a Lucas Alamán corresponden a su *Historia de México* (1849-1852).

Las nuevas formas de politicidad: condiciones estructurales y representaciones simbólicas

))) *Arturo Fernández, Marcos Novaro y Federico Schuster*

Arturo Fernández: Ante todo felicito a la Dirección de la Carrera por haber reiniciado las Jornadas de la disciplina y agradezco sinceramente su gesto respecto a los Profesores Consultos y sus palabras elogiosas, casi personalizadas en mi caso.

Refiriéndome a nueva «politicidad» habría muchos temas a desarrollar, de los cuales hice un recorte particular y sesgado que titulo «Es la hora de los movimientos sociales en América Latina». Al respecto señalo que no es un problema exclusivo de América Latina la multiplicación de los movimientos sociales, la cual está muy ligada a la movilización principalmente juvenil de los años '60 y a las grandes transformaciones que se vivieron en muchas sociedades a lo largo de esa década y que estallaron hacia 1968 desde Checoslovaquia hasta México, pasando por el Mayo Francés. En esos movimientos sociales es posible que algunos de sus líderes como Angela Davis, una norteamericana, o Rudi Dutschke, un alemán, hayan pretendido un cambio totalizante de la sociedad industrial tanto capitalista como comunista; sin embargo, al mismo tiempo ellos pusieron en movimiento una suerte de proceso global de transformaciones particulares tales como el ecologismo, el neo-feminismo, los regionalismos, en fin, diversas formas de organización social de minorías oprimidas durante siglos. Tanto pueblos como los occitanos de Francia hasta los aymaras de Bolivia y Perú como grupos sociales como las «minorías» sexuales, en particular las homosexuales y las lesbianas, hasta las mujeres, se pusieron en marcha para recuperar derechos esenciales que hacen a su dignidad. Todos esos movimientos arrancaron a nivel global y no sólo latinoamericano; cabe subrayar

que, en ciertos momentos, esa movilización tuvo mucha fuerza a fines de los años '60 y principios de los '70 en Estados Unidos, principal super-potencia occidental, como reacción contra una sociedad industrial que tenía formas de represión distintas, sea en el capitalismo o sea en el colectivismo de la época, pero ciertos aspectos comunes. De esa búsqueda de cambios sociales se generaron avances y también retrocesos; en pocos años ellos se diversificaron y algunos se diluyeron.

Particularmente en América Latina surgió una reacción disciplinadora a través de dictaduras, más o menos sanguinarias y más o menos adictas de la Teoría de la Seguridad Nacional, que se constituyeron en terrorismos de Estado. Muchos de los cambios sociales demandados en los años sesenta y setenta se fueron postergando. Cuando se produjeron las transiciones democráticas en la región, por múltiples factores académicos y prácticos, las ciencias sociales pusieron de relieve la importancia de fortalecer la sociedad civil latinoamericana. Desde posturas teóricas muy distintas, como las de Elizabeth Jelin y de José María Aricó, se coincidió en que una causa fundamental del autoritarismo y de las recurrentes dictaduras en América Latina era la existencia de sociedades civiles débiles; por lo tanto ellas deberían fortalecerse gracias a la multiplicación de los movimientos sociales. Esta noción de movimiento social aparecía algo idealizada, como esperando que fueran movimientos democráticos casi de tipo anglosajón, para que América Latina fuese cambiando progresivamente y con más éxito que el obtenido por partidos políticos, considerados más o menos autoritarios, que habían intentado algunos cambios en el siglo XX. Entonces advertí que cual-

quier movimiento social que no se transforme en una organización política, o que por lo menos no haga presión sobre las organizaciones políticas, está destinado a ser estéril. Por ello el ecologismo apareció como partidos verdes en partes de Europa y consiguió éxitos notables; además instaló en muchos partidos la agenda verde o ecológica. Del mismo modo el feminismo casi no tiene partidos políticos (sólo en Islandia hay uno) pero logró establecer en las sociedades y en los estados una pugna permanente por alcanzar mayores grados de igualdad entre el hombre y la mujer.

En América Latina parece haber llegado, desde fines del siglo XX y principios de la década inicial del siglo XXI, la irrupción de movimientos sociales reformadores. Sorprende un poco que, cuando en la práctica los movimientos sociales están surgiendo, promovidos desde la sociedad o desde el Estado, sectores de las ciencias sociales los vean con desconfianza cuando los reclamaban hace no más de 25 años. Las manifestaciones políticas de los conflictos que atraviesan a las sociedades latinoamericanas es, en la casi totalidad de los casos, la expresión de conflictos socio-económicos y socio-políticos antiguos, complejos y difíciles de solucionar. Por ejemplo, un equivalente de los partidos social-demócratas europeos fueron los nacionalismos populares —denominados a menudo populismos— latinoamericanos del siglo XX. Éstos intentaron crear vanamente estados de Bienestar pero no lograron siquiera establecer sociedades suficientemente integradas y, por lo tanto, estados desarrollados. Algunos de esos partidos gobernaron mucho tiempo, como el PRI mexicano; u otros como el APRA peruano sólo pudieron llegar a la presidencia casi sesenta años después de su surgimiento. Históricamente el sistema de partidos latinoamericano no ha podido canalizar los conflictos sociales, lo cual condujo a experiencias militares autoritarias y a luchas sociales de extrema violencia; ello fue y sigue siendo una causa fundamental del subdesarrollo, o sea la desintegración social que caracteriza la región.

Por el contrario, en el siglo XXI parece iniciarse un proceso novedoso, no determinado ni necesario, en las relaciones tanto sociales como políticas, con la emergencia en la región de sociedades civiles relativamente fortalecidas a través de la presencia de movimientos sociales del más diverso signo, lo cual está generando transformaciones impensables hace pocos años. Tomaremos algunos ejemplos. Un caso extraordinario es la evolución de Bolivia a partir de un nuevo

movimiento sindical representativo de sectores marginados que habían quedado desocupados por la reforma económica regresiva de los años ochenta. Ese movimiento creó un partido político, el Movimiento al Socialismo, el cual intenta restaurar un sistema de partidos desprestigiado por su ineficacia, su corrupción y su incapacidad para generar una democracia estable. Por otra parte, la aparición del MAS es un intento de refundar el Estado, transformándolo, por primera vez en la historia de América Latina, en una expresión de la diversidad de naciones y etnias, tarea difícilísima que trata de copiar el modelo de África del Sur, por cierto, no del todo estable. Otro ejemplo es Venezuela, donde un sector militar patriota no quiso seguir matando compatriotas y movilizó desde el Estado a los sectores sociales excluidos para tratar de superar el misterio de los petrodólares. ¿Dónde están los petrodólares venezolanos? No conozco Venezuela ni soy un estudioso de ese país. Sin embargo, tras dos décadas de bonanza petrolera y de funcionamiento de la democracia representativa, Caracas estaba rodeada de villas miserias y de marginalidad social. La notable renta petrolera de ese período se había esfumado por la acción voraz de los grupos económicos dirigentes y la corrupción de los políticos. En los años noventa esa tensión estalló en una rebelión popular, el Caracazo. Tuvieron que intervenir las fuerzas armadas matando unas doscientas o trescientas personas y ello condujo a la emergencia de Hugo Chávez para intentar reparar tan flagrante injusticia social. Una vez electo democráticamente, este militar se transformó en un desbordante líder carismático y trató de organizar desde el Estado a los sectores populares y, en particular, a los marginados. Esta novedosa tarea social es la principal base de apoyo de la denominada «revolución bolivariana».

El principal logro socio-político de la región fue la aparición de un movimiento sindical de obreros industriales surgido en la sociedad brasileña y por primera vez no apoyado en el Estado. El propio Brasil de Vargas, el México del PRI, la Argentina de Perón y la Venezuela de Acción Democrática crearon sindicalismos relativamente fuertes en el siglo XX y partidos afines, pero el Partido de los Trabajadores es producto del sindicalismo que organizaron durante décadas los metalúrgicos liderados por Lula. Efectivamente, el movimiento sindical brasileño llegó a gobernar con la aquiescencia del capital, después de muchas luchas y de muchas resistencias por parte de los sectores eco-

nómico-sociales dominantes; luego está realizando algunas tímidas reformas sociales en materia de integración de los marginados y favoreciendo el desarrollo urbano-industrial, impulsado por una sólida burguesía industrial que permite incorporar gradualmente sectores obreros a los sectores medios. Ello está transformando a Brasil en un actor global, con la dirección de un partido de origen sindical.

En general, estas movilizaciones se van reproduciendo de múltiples facetas. El movimiento homosexual no era muy importante en la Argentina pero ya había aparecido en 1973, como la JP homosexual, luego eliminada. El actual gobierno nacional recogió esta lucha de décadas de hombres y mujeres tristemente marginados por la mayoría heterosexual, lo cual se materializó en la Ley de Matrimonio Igualitario que en notables discursos de senadores de oposición, Rubén Giustiniani y Ernesto Sanz, efectivamente encontró una amplia justificación en el Parlamento, pese a las presiones de los sectores conservadores y reaccionarios que todos conocemos y existen en todas las sociedades. Esto quiere decir que hay múltiples expresiones de movimientos sociales que están cambiando de a poco la sociedad; sin embargo vuelvo a señalar que todos estos movimientos fracasarán si no se transforman en acción política y/o son vehiculados por partidos políticos con la fuerza de legislar y hacer cumplir esas leyes, cosa muy difícil en América Latina. En nuestra región una cosa es dictar una ley y otra que se aplique; existen demasiados jueces corruptos y dependientes, tanto por razones ideológicas como por el dinero de los grupos dominantes; ellos no hacen cumplir las leyes ni siquiera pagar los impuestos a quienes los deben.

Para terminar describo aspectos generales de los movimientos sociales más significativos. El sindicalismo fue y sigue siendo el más numeroso y organizado movimiento social, no sólo en América Latina sino en el mundo. Sin embargo, su acción transformadora no pudo alcanzar en América Latina objetivos significativos, aun en los países donde se formaron partidos políticos próximos de sindicatos más o menos sólidos; antes enumeré cuatro casos: Acción Democrática, el PRI, el antiguo peronismo y el varguismo. Dichos partidos, ligados a esas organizaciones sindicales, trataron de generar acuerdos sociales, del tipo pacto social que permitieran el desarrollo del Estado de Bienestar, y en general fracasaron estando en el gobierno o siendo derrocados en sus respectivos paí-

ses. En ningún momento histórico pero menos en la situación mundial actual, en el capitalismo global, donde la relación capital-trabajo se ha inclinado a favor del capital, los sindicatos latinoamericanos han logrado defender los derechos legítimos de los trabajadores ni han logrado evitar una desigualdad vergonzosa, producto de la explotación sin límites de los sectores propietarios. Ella genera diversas formas de violencia, de las cuales la más horrenda e irracional es la violencia delictiva que, unida al narcotráfico, va arrasando la seguridad jurídica y los estados de Derecho.

El feminismo no fue en ninguna sociedad una gran organización social. Sin embargo, la incorporación creciente de la mujer al trabajo, los avances en materia de métodos anticonceptivos, la ruptura de tabúes mágico-religiosos y la consiguiente liberación de las costumbres llegó tardíamente, pero América Latina fue copiando los modelos occidentales de relativa igualdad varón-mujer. La sociedad patriarcal se fue transformando muy gradual y lentamente pero menos que en países centrales integrados socialmente. En los países capitalistas, donde existe dominación de clases propietarias, se está produciendo la transformación de la familia tradicional en pareja y en nuevas formas de matrimonio o de relaciones entre personas, lo cual significa una equiparación creciente de la mujer con el varón. Aún así queda mucho por actuar en cuanto al principio «a igual trabajo-igual salario» entre sexos en las propias sociedades desarrolladas. El neo-feminismo de los años '60 que reclamaba el derecho de la mujer a disponer de su propio cuerpo encuentra hoy demasiadas resistencias en América Latina debido la influencia de tradiciones religiosas. Pensemos en el caso de Uruguay, donde gobernando el Frente Amplio, un presidente socialista vetó la ley del aborto.

Los movimientos de derechos humanos lucharon por restaurar mejores estados de Derecho en todo el mundo; ellos tuvieron particular impulso gracias a la presidencia Carter, quien durante la Guerra Fría los utilizó como forma de debilitar a los estados del bloque soviético que no respetaban las libertades individuales y, a veces, algunos derechos sociales. La propaganda para deteriorar esos estados colectivistas por parte de grupos de derechos humanos que se generaron desde el Occidente contribuyó a la caída de los regímenes colectivistas, sobre lo cual habría mucho que investigar. Hoy hay libertades recuperadas en países que no las tenían y cierta universalización de

los movimientos de derechos humanos, lo cual es positivo; por ejemplo, no dudo de que los norteamericanos están financiando ONGs en los países islámicos para que las mujeres tengan mayores derechos y no sigan sufriendo la dependencia que establece cierta tradición islamista; es posible que haya dinero de la CIA en ciertos movimientos sociales a favor de un Estado de Derecho en dictaduras más o menos crueles, pero no creo que se los pueda condenar, sea quien sea el que los apoya. Ellos llevaron a la Argentina a tener un rol protagónico excepcional en el tema, encarnado sobre todo por las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, por el CELS y por la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Particularmente las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo llevaron a cabo una lucha épica, la cual, gracias al gobierno actual que sentó las bases para recuperar el Estado de Derecho, logró que más de mil represores sean juzgados por la Justicia y sin ninguna venganza; además que los represores militares y civiles tengan la posibilidad de tener abogados para defenderlos de delitos de lesa humanidad; ese derecho no lo tuvieron miles y miles de víctimas de un Estado terrorista. Sin embargo, los estados más poderosos, aún siendo estados de Derecho, se niegan a aceptar jurisdicciones como el Tribunal Penal Internacional. Una cosa es si este Tribunal termina juzgando una cantidad de dictadores negros o árabes, que ciertamente lo son, al tiempo que China y Estados Unidos no aceptan su existencia para evitar todo cuestionamiento a su accionar interno o internacional. No se puede dejar de tener presente lo que decían Locke y la filosofía política inglesa de su época: si el derecho no es igual para todo el mundo no existe un orden jurídico. Si las grandes potencias asesinan a sus enemigos sin juicio previo, o si torturan a prisioneros, se hace difícil la aplicación universal de derechos humanos. Algo se ha avanzado en algunos países de América Latina, además del caso argentino: Perú juzgó al dictador sanguinario Fujimori y algunos de sus cómplices; esbirros de las dictaduras de Chile y Uruguay están presos, y ello se está generalizando en la región. Estos hechos nos permiten liderar los avances que lograron los movimientos de derechos humanos a nivel mundial. Lo mismo no podría decirse del movimiento ecologista sobre el cual no puedo extenderme; América Latina está bastante retrasada respecto a países desarrollados y poco se cuida el medio ambiente, poco se hace desde los estados y también desde la sociedad y las reacciones son muy difíciles. Incluso

se desarrolla el razonamiento chino actual: «déjennos veinte años seguir destruyendo el medio ambiente para llegar a tener el nivel de vida de países como Portugal, y después hablamos». Ello parece extremadamente peligroso para el medio ambiente y para la humanidad. Es un tema de extenso debate.

Sin embargo, sería parcial el panorama de los movimientos sociales si afirmase que todos ellos son progresistas y contrarios a un orden socialmente injusto. Por ejemplo, hay movimientos sociales profundamente conservadores y hay movimientos carismáticos que contribuyen a que la religión haya vuelto a ser el opio del pueblo. Ciertas sectas y religiones prometen felicidad y hasta dinero, con tal de que se tenga fe y se concurra a ciertos templos; hay personas de la mejor buena fe que contribuyen al establecimiento de asociaciones embusteras y comerciantes casi próximas de lo ilícito, que acumulan mucho dinero para sus dirigentes. Francamente son «iglesias» que ponen en duda la seriedad de ciertas prédicas religiosas, pero existen y hay mucha gente que las sigue. Ellas no dejan de ser producto de situaciones muy comple-



jas que ni siquiera cabe atribuir a la manipulación de tal o cual grupo económico; siempre va a haber seres humanos que necesiten de lo religioso y que busquen estas formas casi comerciales —como toda la milagrería que hay en diversas confesiones religiosas— para satisfacer sus necesidades espirituales.

Termino pues afirmando que la ola de los movimientos sociales reformadores con proyección política ha creado muchas esperanzas, por lo menos en la gente de mi edad, de poder ver algo reparada la injusticia social que hace años, tardíamente, comprendí que es lo que más falta en el mundo y que constituye el principal problema de las ciencias sociales. Lo demás, para mí, es secundario, lo cual no deja de tener importancia, como por ejemplo el hecho de respetar las libertades, pero ¿las libertades de cuántos? Sin justicia social la libertad es privilegio de minorías. En fin, en primer lugar, el problema de la justicia social está cada vez más presente en la agenda de la Argentina; esta realidad, casi perdida en los años noventa, le da sentido a tantas vidas entregadas por ese ideal en un país tan injusto como el nuestro, en el cual nacieron Eva Perón y el Che Guevara, vidas ejemplares transformadas en íconos por ser ejemplos de entrega total a la lucha por la igualdad y la fraternidad; y en un país como el nuestro que algún día recuperará algo más de justicia social, habiendo tenido niveles mucho mayores. En segundo lugar, parece que podría haber un contexto latinoamericano también más justo que nos permita vivir en paz y no como una fortaleza asediada, tal como lo están los países desarrollados, acechados por millones de personas desesperadas que tratan de invadirlos en escenas realmente impresionantes, como hoy se ven en el Mar Mediterráneo o en la frontera entre Estados Unidos y México. Los mecanismos de dominación circulan a través de ideologías que confunden gobiernos reformadores con demagogia y dictaduras, tal como pasó en el siglo XX; pero concluyo porque mi tiempo está excedido. Quizás después espero algunas respuestas contradictorias y Marcos seguramente me va a contradecir un poquito.

Marcos Novaro: Buenas tardes. Arturo quiere que discutamos, yo no pensaba hablar de los mismos temas que Arturo. Pero igual seguramente en algún punto vamos a cruzarnos y podemos discutir. Yo iba a referirme sobre todo al tema de la politicidad, de la nueva, vieja, intensa, no-intensa politicidad. Las

formas de la política contemporánea en la Argentina. Y me motivó bastante una de las frases que dijo Luis Tonelli sobre la supremacía de la política, yo creo que vale la pena discutirlo, me parece que es un tema contemporáneo relevante. Hay otros temas que se me escapan, lo simbólico, los movimientos sociales, la verdad que se me escapa un poco, aunque en torno a ese otro punto puede que haya cuestiones involucradas que tienen relación con los movimientos sociales y el mundo de las ideas.

Bueno, entonces, la supremacía de la política, me parece que es un tema que, como politólogos, estudiantes, investigadores, profesionales de la ciencia política, nos interroga. Vivimos una época en la cual la política ejerce un imperio sobre otras áreas de la vida social, en la cual la política se fortalece, gravita y decide sobre otros asuntos, otros terrenos de la vida social, esta puede ser la realización de un sueño, de una expectativa largamente cultivada, de actores políticos y también de especialistas en la política. Uno puede decir con alegría: como actores políticos podemos ejercer poder, tomar decisiones que influyen en la sociedad, en la vida de la gente, y al mismo tiempo como politólogos podemos conseguir trabajo, porque se revela y se agranda la relevancia de este asunto, de esta región de la vida colectiva que se supone nosotros entendemos y podemos explicar al resto, y eso nos jerarquiza. Bueno, tal vez algo de esto esté sucediendo. Y si uno compara con otras épocas, sin duda que hay síntomas de esto que son bastante reveladores. Por ejemplo, la relación entre politólogos y economistas, uno diría que en otras épocas los economistas ejercían un cierto imperialismo sobre los politólogos: ellos conseguían mucho trabajo y los politólogos no tanto. Y esto no sólo en términos de la vida académica, sino de la enorme cantidad de economistas que aparecían en funciones de gobierno. Era gente que sabía cómo tomar decisiones, porque las reglas para tomar decisiones tenían que ver con manejar ciertos criterios, por ejemplo, contables. Y esas eran cuestiones básicas, que definían el éxito o el fracaso. Da la sensación que los economistas hoy por hoy están de capa caída, ante todo en la función pública. Quién es el ministro de Economía ya no es tan importante, no lo ha sido por muchos años y yo los desafío a recitar el nombre de los últimos cinco ministros de Economía, seguramente se van a equivocar. No pasa lo mismo en los cargos políticos, en las funciones dedicadas exclusivamente a la acción política. Y esto,

bueno, puede considerarse como una reivindicación profesional, que se proyecta en la esfera pública: hay pocos economistas hablando en los medios, en general. Hay un discurso económico que está bastante acorralado. Y bueno, por desgracia para ellos, eso también se proyecta en la vida académica. Hace un tiempo, por ejemplo, había una cantidad de maestrías de políticas públicas donde la gran mayoría de los profesores eran economistas, y hoy eso es más difícil encontrar.

Ahora bien, ¿es seguro que esto es una ventaja? Para el gremio sin duda que lo es. Uno puede estar contento de que eligió esta carrera y no otra, tal vez por un tiempo siga siendo así. Pero, ¿es una ventaja para la sociedad en general? Ése es un tema que yo creo vale la pena discutir, porque si resulta que no es una ventaja, no sólo nos ganaremos el rencor de los economistas sino que también el de otros gremios: nos empezarán a odiar los médicos, los docentes, la gente en general, como en algún momento les pasó a los economistas. Ahí la cosa se empieza a complicar. Este imperio de la política, ¿va a generar beneficios? ¿En qué sentido? Y éstas son las preguntas que yo creo vale la pena hacerse. Porque sin duda que Argentina puede seguir creciendo económicamente, pero hay una duda razonable a plantear: si lo está haciendo bien, si las cosas se están haciendo bien. Qué aporta la primacía de la política a este crecimiento es parte de esta «duda razonable».

Yo creo que esta pregunta tiene varias facetas: ¿qué es lo que se activa con esta «potencia de la política»? ¿Qué es lo que está en juego? ¿Qué es lo que está motorizando esta potencia de la política para influir en la vida de la gente? ¿Cuáles son los contenidos y las formas de esa *politicidad* activa que hoy aparentemente vivimos? Y si hay alternativas, si hay distintas variantes en las que esto se pueda desarrollar. Y yo creo que hay varios problemas acá involucrados, y me voy a referir a algunos de ellos (obviamente que hay muchos más). No quiero ser exhaustivo con esto, solamente plantear algunas dudas preguntas y argumentos, posiciones, que pueden ser más o menos fundadas sobre este tema.

La primera es la cuestión de la voluntad como potencia activa de la política. Hay un tema muy fuerte instalado en los últimos años, fundamentalmente desde los gobiernos kirchneristas, aunque creo que es parte de una tradición más amplia, dentro del cual se supone que lo que se expresa en la política de un modo

intenso, y se proyecta sobre la vida económica y la vida cultural, es la voluntad. En la política hay voluntades que chocan entre sí y una se impone sobre las otras. Y esto es lo que define la política. La política es el ejercicio de voluntades que se imponen. Aunque esto nos parece de lo más evidente, sospecho que es muy discutible. Cuando nos referimos a la realidad política argentina hay algo de cierto en esto, porque es una creencia que produce efectos: se cree en la imposición de la voluntad, luego, la voluntad política logra obediencia, logra efectos prácticos. Cuando esto opera como cultura política, realmente produce efectos. Entonces no tiene sentido discutir si está bien o mal. O sea, sin duda que entre los suizos las cosas son diferentes, pero no vivimos en Suiza. Algunos actores políticos que actúan como si estuviéramos en Suiza (Reutemann, Binner) son menos efectivos que otros que asumen vivimos en un mundo muy distinto. Aunque aun en un país como Argentina creo que es discutible que la voluntad sea la regla, lo que funciona y permite explicar lo que sucede. Por varias razones, primero porque hay cierto desborde de esta creencia, que es el desborde de la omnipotencia, de la idea de



que todo es voluntad y de que la voluntad va y viene, hace que las cosas vayan para un lado o el otro, es el fiel de la balanza, y esto muy raras veces sucede en la práctica. Muy raras veces sucede que la voluntad hace la diferencia. Además, cabe llamar la atención sobre otro punto, que en realidad fue siempre así, no es algo nuevo, propio de un «auge de la politicidad». Yo no veo al respecto que haya una verdadera novedad. ¿En dónde reside la innovación cuando la tradición política argentina ha sido recurrente en esta celebración de las voluntades que se imponen en cada momento? Tal vez ese punto ha sido más explícito en estos años, tal vez ha tenido más recursos para sostenerse, pero no veo que en este punto haya gran novedad. Creo que hay tradición, y esa tradición, agreguemos, puede considerarse tanto en su faz «hiperpolítica», omnipotente, y en su faceta contraria, de impotencia, de enorme precariedad de la vida política para cambiar las cosas según planes, proyectos, ideas de cualquier tipo. A este respecto, no diría que Reutemann, Binner o Scioli son más inefectivos o impotentes que los apasionados e hiperpolitizados «militantes K», más bien diría lo contrario.

Donde sí veo novedad en estos años es en otro asunto. Es en la centralidad del Estado en la sociedad argentina. Es un tema sobre el cual algo se ha discutido, pero no demasiado. Por lo cual es importante volver, porque hay algunos rasgos que lo vuelven realmente novedoso. Incluso más novedoso de lo que creen quienes lo celebran como un regreso al «viejo estatismo supuestamente benefactor». Creo importante recordar que uno de los problemas de ese «viejo estatismo» es que fue crónicamente deficitario. En verdad, los años en que el estatismo no tuvo problemas fiscales fueron muy pocos en Argentina, porque coincidió su emergencia con la crisis aguda, que sería además muy prolongada, de las finanzas públicas. Y es que él fue en importante medida el factor que agravó y prolongó esa crisis de las finanzas públicas, y significó una casi insostenible carga sobre las fuentes del financiamiento público, tanto de las opacas e inconfesables, como la inflación, las cajas previsionales y la deuda, como sobre las más razonables y honestas, como el agro. Nuestro Estado ampliado se creó entre mediados y fines de los '40, y ya a fines de esa década el agro argentino se había ido al tacho. Y como fuente de recursos no resurgió con fuerza hasta principios de este siglo. Entonces, el estatismo convivió con un crónico problema de déficit público. La gran novedad es

que, hoy por hoy, el Estado puede financiarse honestamente —también con alguna deshonestidad, digamos, con deuda, inflación, sistema previsional y otras trampas, como lo hizo durante cincuenta años—. Pero más allá de esa deshonestidad, puede hacerlo honestamente, es decir, legítimamente frente a la sociedad. Y eso no supone una carga colectiva inaceptable para la sociedad.

Entonces, esta centralidad del Estado que vivimos, yo creo que es enormemente novedosa y enormemente potente para la actividad política. Ahora, al mismo tiempo hay un problema. ¿Cuáles son las fortalezas y debilidades de este Estado? ¿Qué es lo que este Estado puede y sabe hacer? Y acá de nuevo está el problema de las formas de la politicidad, porque vivimos con un Estado que tiene enormes recursos, que puede extraer esos recursos de la sociedad sin mayores complicaciones, sin mayores cuestionamientos, pero sin embargo tiene enormes limitaciones en el terreno de las cosas que puede hacer. Si este Estado es mucho más poderoso que el de los años '80 y '90, e incluso más poderoso que el de los años '60 y '70, por otro lado es un Estado mucho más débil en términos organizativos, administrativos y en toda una cantidad de tecnologías que el Estado no maneja o que le cuesta mucho incorporar. Mientras la sociedad, la economía privada, las instituciones de la sociedad civil, han cambiado enormemente en estos últimos años, el Estado sigue siendo en estos terrenos mucho más viejo comparativamente que el de los años '60. Tiene reglas tan disfuncionales que gasta una enorme cantidad de recursos para producir cosas de muy baja calidad. Esta es una dimensión decisiva de nuestras formas de politicidad: podemos financiar con ingentes recursos cosas muy malas, cosas verdaderamente inútiles, o que dejan muy disconforme a la gente cuando las compara con las cosas que puede comprar en otro lado, en otros países o incluso los que puede comprar en el mercado.

Entonces tenemos acá un enorme desequilibrio de nuestra vida política. Este enorme desequilibrio es uno de los grandes desafíos a pensar e intentar resolver. Y creo que para pensar este desequilibrio hay que pensar otro problema de nuestras formas políticas actuales, que es tal vez sí uno de los motivos por los cuales yo discutiría con Arturo: la preeminencia de la política sobre las políticas. Creo que tal vez una de las tendencias más marcadas de la época, donde muy claramente hay más problemas que ventajas en la festejada

«supremacía de la política», es que cuando hablamos de política lo que estamos discutiendo es la competencia por el poder político: por conquistar y retener el poder político; lo que habitualmente llamamos «la política» es eso. Y en cambio, las políticas ocupan un lugar extremadamente secundario en nuestra vida pública. Y no solamente por una deformación de la acción de los políticos, de la acción de quienes gobiernan, sino fundamentalmente por la enorme dificultad que existe para producir cambios en esos otros terrenos y por la deformación, también, de una cultura política que está convencida de que los cambios se producen cuando reemplazamos a un gobierno, cuando derrotamos a un adversario o nos ponemos de acuerdo para repartirnos cuotas de presupuesto.

Entonces en estas arenas hay una enorme intensidad política, hay una enorme carga puesta tanto en la acción política como en la reflexión política, mientras que, creo, en la arena de las políticas la carga es mucho menor y a veces es insignificante. Y por lo tanto, las posibilidades que existen de que se tramen conflictos alrededor de políticas públicas, que esos conflictos influyan de alguna manera en el curso de los acontecimientos de la política, tienden a ser muy escasas. Hay una cantidad de ejemplos que se pueden dar, algunos muy cercanos a nosotros, por ejemplo en el ámbito educativo. Una de las cosas que fue más consensuada entre las fuerzas políticas, de las innovaciones que realizó el kirchnerismo en su primera etapa, fue la Ley de Financiamiento Educativo. Además, fue una de las pocas leyes que se cumplió —hay un montón de leyes que no se cumplen, esa se cumplió—. La Argentina gasta hoy el porcentaje del PBI más alto en mucho tiempo en educación, más que la mayoría de los países latinoamericanos. Sin embargo, la calidad de la educación pública en la Argentina nunca fue peor. Los rendimientos de la escuela primaria y secundaria son peores que en México, son peores que en Colombia, no digamos ya que en Chile o que en Uruguay, son peores que en Brasil. Si pasamos a la educación universitaria, creo que se puede decir más o menos lo mismo: el financiamiento universitario es muy bueno, sin embargo las universidades públicas argentinas se han resistido a reformarse. No hay ninguna iniciativa de reforma en danza en la gestión de las universidades públicas. No hay ningún proyecto, ni del oficialismo ni de la oposición, para introducir los cambios que le permitieron a Brasil tener un sistema universitario competitivo con países desarrollados. Un sistema por

el cual una cuota enorme del presupuesto se asigna según rendimientos —que es un sistema que también se aplica en la educación primaria y secundaria allí, que es un sistema que existió en la Argentina y hoy ya ni siquiera se discute—. El acuerdo respecto de que la Ley de Financiamiento Educativo generó paz entre los sindicatos, los gobernadores provinciales y el gobierno nacional fue suficiente para que nadie más se ocupara de la cuestión de las políticas públicas educativas. Hay toda una fraseología sobre lo importante que es la educación, pero no hay ningún debate sobre las políticas educativas, ni nada en la lucha política real que tenga que ver con la educación. Entonces este tipo de problemas me parece que nos deberían hacer reflexionar sobre la calidad de nuestra vida política, de nuestra politicidad. Yo creo que para que no tengamos dentro de unos años que pedirles disculpas a los economistas, sería bueno que aprovechemos profesional y políticamente la oportunidad, que no por mérito propio sino por azar o designio de los dioses se nos ha dado. Muchas gracias.



Federico Schuster: Buenas tardes a todas y a todos. Deseo agradecer la invitación que se me ha hecho a participar de esta jornada. Yo no quiero dejar pasar la oportunidad de saludar la invitación y la realización de la jornada. Me parece de una enorme importancia que se produzca, ya que la Carrera de Ciencia Política está necesitando espacios como éste, donde nos encontremos los profesores, que me parece nos encontramos demasiado poco. Como también que podamos interactuar con nuestros estudiantes; así como con este nuevo mundo que tenemos, que son los graduados que todavía están cursando sus maestrías y doctorados y forman parte de una nueva instancia de vida universitaria. Y me parece que es también necesario que en este escenario, en esta etapa que ha sido mencionada ya por varios, desde el director en adelante y quienes me antecedieron en el uso de la palabra, que la Carrera me parece que tiene mucho para decir y que tiene que intervenir públicamente, a través de la voz que pueda surgir de debates acerca de cuestiones de enorme importancia, que efectivamente están sucediendo hoy en el país. Lamento que el espacio no haya sido el acorde a la importancia que me parece que esta jornada tiene, en un edificio que creo que posee espacios muy adecuados —más allá de lo simpático del espacio abierto que permite que algunos peripatéticos, como el profesor Grüner por ejemplo, puedan pasear mientras escuchan¹.

Bueno, me voy a concentrar en lo que corresponde que me concentre, que es el tema de la mesa que nos reúne. En tal sentido, he de comenzar diciendo que quienes nos venimos dedicando, desde hace mucho tiempo, a temas que tienen que ver con la acción colectiva y a los movimientos sociales, muchas veces nos sentimos un poco extranjeros en la Carrera de Ciencia Política. Porque la ciencia política en general se concentró en las dimensiones institucionalizadas de la vida política, en la que los movimientos sociales no siempre tienen la posibilidad de aparecer o mostrarse. De modo tal que, así como los politólogos encuentran hoy un momento quizás en el que las luces los señalan de un modo más relevante de lo que era en el

pasado, por ahí dentro de la propia ciencia política, quienes nos dedicamos al estudio de los movimientos sociales también nos sentimos un poquito más reconocidos. O por lo menos sentimos que lo que decimos tiene alguna relevancia más clara respecto a los debates tradicionales de la ciencia política. Yo me voy a concentrar en el punto que, en relación con los movimientos sociales y la novedad en las formas políticas, se ha venido dando en la Argentina de la última década, digamos más o menos de la Argentina reciente. Coincido con Arturo Fernández en que la mirada hoy debe ser más integral, más regional, más focalizada en América Latina. Creo que efectivamente ese es el eje de la mirada, aunque por una cuestión de tiempo, de concentración y de focalización, en este momento voy a atenerme al caso argentino. De todos modos, hay muchos factores en éste que inevitablemente remiten a situaciones latinoamericanas. Si uno va a ver lo que sucedió en los esquemas políticos de los últimos veinte o veinticinco años va a encontrar que hubo importantes cambios en esos sistemas. Desde los sistemas que estallaron en mil pedazos a otros que dentro del mismo sistema hallaron su forma de alternancia generando fuerzas nuevas que llegaron al poder. Es decir que el propio sistema institucional encontró el mecanismo para enfrentar sus propias crisis existentes, sin necesidad de que se produjera una ruptura, un quiebre, un estallido. Si bien hoy nos parece normal que el PT gobierne Brasil o que el Frente Amplio gobierne Uruguay, se trata en ambos casos de novedades de enorme importancia, si uno considera en un plazo mediano a largo lo que han sido los sistemas políticos de esos países. Por supuesto, otros casos bien disímiles son los de Perú, Ecuador, Venezuela, Bolivia y la propia Argentina, con sus peculiaridades. Paraguay es otro caso interesante, ya que durante mucho tiempo se creyó que (o parecía que) jamás iba a haber cambios importantes en la política de ese país, dominada por el Partido Colorado, tanto durante la dictadura de Stroessner como en el proceso transicional posterior. Muchos que veníamos siguiendo el caso paraguayo decíamos que ello no era de ningún modo evidente, que en Paraguay había una base de insurgencia que en algún momento iba a producir una transformación. La transformación se dio del modo en que se dio, con una parcial ruptura de los partidos tradicionales, pero con una adecuación más institucionalizada de lo que se dio en otros países.

¹ Como indica el texto, las Jornadas se realizaron en un espacio de circulación de la Facultad de Ciencias Sociales y no en un aula o auditorio. El profesor Eduardo Grüner escuchaba la mesa, pero a la vez iba y venía por el lugar. La referencia a Aristóteles se debe a una discusión histórica (y de tono humorístico) entre el autor y el mencionado profesor acerca de su preferencia por Platón y la nuestra por el estagirita.

En la Argentina, si bien la crisis de los partidos tradicionales se venía dando progresivamente por la propia intervención de la dictadura en lo que fue el ataque a las formas institucionalizadas de participación política y luego por la dificultad que tuvieron los partidos en resituarse en la nueva etapa democrática frente a los desafíos de una sociedad que en su estructura social y económica había sido heredada de la propia dictadura, es claro que el quiebre institucional de 2001 hace estallar dicha crisis definitivamente. La dictadura se fue en términos de gobierno, pero no se fue en términos de la sociedad que dejó; la sociedad que había logrado finalmente establecer un desempate hegemónico por la vía más sangrienta de todas las posibles. Esa dificultad que han tenido los gobiernos democráticos en la Argentina para enfrentar un orden social y económico que se les ponía adelante y que les impedía prácticamente cualquier transformación, también generó un enorme debilitamiento de la política. En términos de que la política había perdido su capacidad transformadora. La política no podía dar lugar a transformación alguna, entre otras cosas porque precisamente para hacer transformación debería enfrentar poderes fácticos que presentaban una enorme dificultad de ser efectivamente alcanzados por la mano del poder político.

No cabe duda de que el 2001, que es una más de nuestras crisis capitalistas y nuestras crisis financieras alentadas por los sectores de alta concentración especulativa en la Argentina, sin embargo se volvió en contra de esos sectores y de los ciclos de las crisis especulativas producidas por los sectores de concentración económica. El desajuste del 2001 fue tal y produjo una debacle tal en todos los aspectos, por supuesto en el aspecto financiero, en el aspecto económico, en el aspecto social, en el aspecto político y en el aspecto cultural, que de allí en más empieza una nueva etapa en la Argentina. Si recordamos, ahora más o menos tenemos ya algunas formas de partido que se han ido recomponiendo, pero si recordamos lo que eran las formas en las elecciones de 2003, la verdad que sonaba absolutamente extraño y era una ruptura en más de mil pedazos de las formas tradicionales. Por entonces, la Argentina vivía en la consigna del «que se vayan todos», que fue una consigna de tanta potencia cuanto imposibilidad. Es decir, «que se vayan todos», algunos dicen que es una consigna de imposible realización. Otros dicen que fue enormemente eficaz y fructífera. Yo creo que las dos cosas son parcialmente cier-

tas. No por ser imposible literalmente fue menos potente y tuvo una eficacia político-cultural realmente enorme. No me voy a detener aquí, en saber cuántos se fueron, cuántos se quedaron, etcétera. Me parece que éste sí es un aporte que la ciencia política puede hacer, porque hay un lugar común que dice que no se fue nadie, lo que no es cierto: hubo una transformación de las dirigencias políticas en la Argentina y de las condiciones en que efectivamente se podía ejercer la política. También es cierto que los estudios politológicos muestran que la idea de la estabilización de las dirigencias políticas no es tan cierta en la Argentina². Ni siquiera en etapas anteriores. Es decir que la aparición de nuevos dirigentes, la rotación a niveles de espacios de representación, etcétera, es mayor que la que el sentido común suele atribuir. Y a mí me parece que en la consideración de cuestiones tales los aportes de la ciencia política más cuantitativa pueden ser de suyo valiosos. Es cierto que últimamente este enfoque, que sigue estando en el corazón de la disciplina, está siendo en muchos sentidos (muy justamente) criticada, pero me permito afirmar, al mismo tiempo, que debe ser criticada en la medida en que pretenda ser la única ciencia política, pero no porque no haga aportes, porque me parece que hace aportes muy relevantes en la medida en que sepamos que deben ser complementados seguramente con otros más. Me parece que allí, poder ver qué es lo que ha sucedido con las dirigencias políticas y los mecanismos de representación política en Argentina a partir del 2001, puede ser, a mi modo de ver, en términos fácticos, empíricos, serios, rigurosamente estudiados, con métodos sólidos, un nuevo aporte de la ciencia política frente a cierto sentido común en el que a veces nosotros mismos caemos, respecto de cosas que creemos que pasaron y que en realidad no han sucedido tanto como nosotros mismos pensamos.

² Véase, por ejemplo, Ernesto Calvo y Juan Manuel Abal Medina (eds.) *El federalismo electoral argentino* (Buenos Aires, Eudeba, 2001); Ernesto Calvo y Eduardo Alemán (2007) «Analyzing Legislative Success in Latin America: The Case of Democratic Argentina», en Guillermo O'Donnell, Joseph Tulchin y Augusto Varas with Adam Stubits (eds.) *The Study of New Democracies in Latin America*; Germán Lodola (2009) «La estructura subnacional de las carreras políticas en Argentina y Brasil», en *Desarrollo Economico* 49 (194); Juan Pablo Micozzi, Mark P. Jones y Wonjae Hwang (2009) «Government and Opposition in the Argentine Congress, 1989-2007: Understanding Inter-Party Dynamics through Roll Call Vote Analysis», in *Journal of Politics in Latin America*, 1, 67-96.

Cuando se produce la crisis, la ruptura del «que se vayan todos», el estallido de los partidos políticos, aparece rápidamente en algunos sectores la idea de que en los nuevos movimientos sociales, que habían aparecido con fuerza a la luz pública en los tiempos apenas anteriores y se convertían en protagonistas de aquel presente, iba estar la cantera en la que podían surgir, o por lo menos una de las canteras en las que podían surgir, las nuevas dirigencias. Sabemos sobradamente que la gran novedad de los años '90, a partir de las reformas neoliberales y la consecuente elevación de la tasa de desocupación, acompañada por el aumento de la pobreza, la indignancia y la exclusión social de un número muy grande de habitantes de este país, fueron los movimientos territoriales, aun cuando los que estudiamos movimientos sociales sabemos que cuando uno toma los grandes números, la presencia de los movimientos sindicales sigue siendo siempre la más fuerte a lo largo de todo el periodo, aun incluyendo el periodo de alta desocupación de los '90. Pero no cabe duda de que, en un análisis cualitativo, la presencia de los movimientos territoriales parece de una fuerza enorme y genera nuevas experiencias políticas en el interior de esos movimientos. La experiencia asamblearia, la experiencia de la necesidad de participar en la toma de decisiones, genera en sectores que, o bien la habían perdido porque había quedado negada su participación desde la irrupción de la dictadura (en sectores de mayor edad) o, en el caso de sectores más jóvenes, porque no habían tenido nunca la oportunidad de sentirse partícipes de la toma de decisiones concretas que hacían a su propio destino, marca una situación enormemente novedosa y sumamente fructífera, que yo creo que no debe ser desconocida respecto de lo que ha sucedido en la Argentina de ahí en más tanto cuanto de lo que suceda en el futuro.

Cuando estamos analizando las transformaciones que se dan, por ejemplo, en las bases de los movimientos sindicales, me parece que hay que pensar mucho qué es lo que ha sucedido con los nuevos jóvenes que se incorporaron al mercado de trabajo y que lo hicieron a partir de experiencias directas o indirectas de participación activa en movimientos sociales de diversos tipos que son una novedad relevante, especialmente en los cordones de las ciudades industriales. En una encuesta que nosotros hicimos hace algunos años en el área metropolitana de Bue-

nos Aires³, preguntábamos a los encuestados si habían participado directamente de alguna protesta social. El trabajo fue realizado en el segundo semestre del año 2006 y sus resultados presentados en abril de 2007. Los resultados eran quizás esperables, pero igualmente llamativos, si los comparamos con la experiencia internacional. El 30 por ciento de los encuestados decía que había participado directamente en una protesta social. Es un número muy alto. Quiere decir que casi un tercio de la población de una región determinada, como el área metropolitana de Buenos Aires, tenía experiencia de participación activa en alguna forma de protesta. Es enorme, tanto en el sentido de que efectivamente lo hayan hecho, como en el sentido de que asuman algunas de sus acciones como formas de participación directa. Porque quizás en otro momento lo habían hecho, pero no lo tomaban ni como una protesta o como una forma de acción directa en reclamo de sus demandas o de lo que consideraban sus derechos.

Este escenario, entonces, de una derivación de la formas del debate social, digamos por ahora, pero con impacto político a muchas más personas de modo mucho más directo, me parece que marcó un quiebre de enorme importancia y de enorme interés en lo que fue la Argentina post 2001. Suele señalar Maristella Svampa⁴, una de las mejores investigadoras que hay en el país —y ayer precisamente lo hacía en un seminario que tenemos en el Instituto Gino Germani⁵—, que por entonces (2001) se constituía un ethos militante que quería poner en cuestión el orden institucionalizado, el orden político y generar nuevas formas de participación y de acción directa que subvirtieran los modos establecidos de las relaciones de poder en la Argentina. Y sostiene Svampa que eso se fue quebrando a lo largo de los últimos años y que hoy ese ethos militante fue reemplazado por un ethos mucho más pragmático, afirma ella. Yo, quizás atravesado, sí, por una mirada más politológica —por más que mi lado siempre fue más de los movimientos

³ Encuesta sobre *Percepción de la Protesta Social en Argentina*, realizada en el marco del proyecto PICT (2004-2007) «La constitución de sujetos sociales en la crisis: acción, identidad y organización colectiva en Argentina (1991-2002)», Buenos Aires, Publicación interna del GEPSAC, abril de 2007.

⁴ Maristella Svampa (2008) *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, Siglo XXI.

⁵ Nos referimos al Seminario sobre Movimientos Sociales y Política, que coordinamos en el Instituto Gino Germani con mi colega Germán Pérez.

sociales poniendo en cuestión que la política fuera sólo la política institucional, pero mal que mal uno tiene la mirada de la política institucional— lo veo de otro modo. En efecto, lo que yo creo, quizás en una mirada menos pesimista que la que Maristella Svampa plantea, es que más bien lo que ha sucedido es que ese ethos militante ha devenido un ethos con vocación efectiva de participación política y de constitución de herramientas políticas. Esto es, pretendo defender la idea de la posibilidad de constituir herramientas políticas desde los movimientos sociales con la posibilidad de alcanzar espacios reales de decisión y de transformación política en las instituciones, lo que puede ser visto, desde una mirada algo romántica según mi parecer, como un giro más bien pragmático del ethos militante. O puede ser visto al revés, según proponemos, como un giro político de este ethos militante; es decir, como un camino que en la formación de los jóvenes que se instruyeron políticamente en el interior de esos movimientos los llevó a una vocación real de tener incidencia y a pensar que en la constitución de las instituciones podía haber efectivamente espacios para que ellos pudieran intervenir.

Sea como fuere, lo que nosotros estamos viendo es que así como respecto de lo que podríamos llamar la primera generación de dirigentes de movimientos sociales de fines de los '90 o de la última etapa de los '90 - primera de los 2000, había reales expectativas de que surgiera de ellos una nueva dirigencia política, esto era muy difícil que se realizara, porque un dirigente político no nace de modo espontáneo. Un dirigente político no se forma espontáneamente, sino que requiere, por el contrario, un proceso que implica una cantidad de años mínimos de duración en el cual se produzca efectivamente una formación tanto intelectual como en la capacidad de acción y constitución discursiva para poder ingresar en los debates políticos y en la acción política institucional. Eso que en la primera generación de dirigentes se dio con muchas dificultades y que generó decepciones en distintos sectores, que esperaban que allí surgiera la renovación política, me parece que se va dando crecientemente. Por supuesto, con las complejidades que significa un proceso de transformación y renovación política de este tipo. No obstante conjeturo que se va dando crecientemente en lo que llamamos la segunda generación de dirigentes, que son jóvenes que quizás se formaron dentro de los propios movimientos, que hicieron toda su carrera desde los propios movimientos, y

que vieron nacer en ellos una vocación real de inserción política y de incidencia institucional. Contra la idea de toda ruptura con las instituciones políticas, en la búsqueda experimental de formas horizontales, asamblearias de construcción de poder, afines con expresiones de democracia directa, el resultado que analizamos parece tener más que ver con la experiencia histórica argentina. Ello, sin embargo, no quiere decir que el laboratorio sociopolítico democrático que constituyeron los movimientos sociales de fines del siglo pasado y principios de éste no haya dejado huellas en estos dirigentes noveles. Por el contrario, creo que sí las ha dejado y que resultan y resultarán de importancia en el ejercicio político del presente y del futuro, grabadas en la memoria corporal como disposiciones para la acción y la percepción.

De manera tal que me parece que lo que estamos viendo hoy y que vamos a ver en un periodo próximo que va a ser muy complejo para la Argentina desde el punto de vista político, es un proceso real de reconfiguración y constitución de nuevos escenarios políticos. Me parece que el proceso que se inicia en el próximo gobierno y que lleva a 2015 va a ser bastante decisivo respecto de qué suceda con estos movimien-



tos nuevos, jóvenes, que promueven nuevas dirigencias surgidas de las formas de participación política emergentes de los movimientos sociales, herederas de prácticas de toma de decisión mucho más horizontales, asamblearias, etcétera. Es el resultado de experiencias que fueron novedosas y que me parece que, sin que pueda decirse sin más que de ellas surgirán los dirigentes que van a venir, me parece que hay que tener en cuenta que esta experiencia que empezó ya hace un tiempo va a tener creciente incidencia en la Argentina. No podemos pensar que eso ha desaparecido, no podemos pensar que el proceso de bajar que se produce en términos del reacomodamiento de los movimientos sociales, el Estado, las instituciones políticas, signifique una pérdida o una dilución de las experiencias históricas que se dieron en todos estos años. Más bien creo que hay un germen de nuevas formas políticas que nos va a dar de qué hablar y va a llevar a que la ciencia política tenga efectivamente que estudiar ese proceso que adviene.

Cierro estas palabras diciendo que quizás cuando se formuló el proyecto de reforma política que hoy es ley⁶, yo tenía algunas reservas. No porque me parezca que la reforma tenga un lineamiento equivocado; me

parece que en definitiva la reforma política intenta recomponer las formas de vida política que habían sido deterioradas, reconstruir las herramientas reales para la participación y la acción política. Sí me parece que el proceso de dilución de los partidos, que empezó a reconstruirse y recomponerse, no estaba todavía maduro y que todavía me parece que puede dar un poco más. La realidad, como suele suceder, terminó de algún modo obligando a que la reforma se ajustara un poco a esas situaciones, que la reglamentación tuviera que aceptar que hay algunas formas todavía dispersas que no cierran en el molde exacto de un esquema de construcción institucional más tradicional. Pero, sea como fuere, me parece que va a ser hacia el próximo periodo, para las elecciones no de este término sino lo que serían las presidenciales del 2015, que vamos a poder tener un escenario mucho más claro de la reconfiguración del proceso que se empieza en 2001 y que, me parece que contra lo que se pensaba en algunos sentidos, que era la dilución definitiva de la política en la Argentina, lo que ha ido constituyendo y va a ir constituyendo en todo caso son nuevas formaciones políticas que van a marcar las décadas a futuro. Muchas gracias.

⁶ Nos referimos a la Ley N° 26.571, denominada *Ley de Democratización de la Representación Política, la Transparencia y la Equidad Electoral*, sancionada por el Parlamento el 2 de Diciembre de 2009.

Capacidades estatales y nuevo patrón de acumulación en la Argentina

»» Manuel Acevedo y Dora Orlansky

Manuel Acevedo: Desde la economía, plantearse que en la Argentina actual hay un nuevo patrón de acumulación requiere al menos de algunas consideraciones que nos permitan clarificar qué estamos significando conceptualmente con tal denominación. Ante todo se hace necesario analizar algunos de los conceptos involucrados para tratar de dilucidar a qué nos estamos refiriendo; por un lado está el concepto patrón de acumulación como central, por otro lado, en la Argentina, y principalmente, que es nuevo. Por tanto, a lo primero que me voy a abocar será a tratar de definir a qué nos referimos cuando hablamos de patrón de acumulación, habida cuenta de que se trata de un tema de discusión no acabado sobre a qué nos referimos cuando decimos «patrón de acumulación», así como otros conceptos conexos y muy cercanos e interrelacionados, tales como «régimen económico» y «modelo de desarrollo».

Cuando hablamos de «patrón de acumulación» nos estamos refiriendo a la modalidad concreta histórica que adopta la economía, y se expresa en *aquel grupo de actividades productivas que tienen un rol dominante, precisamente por las altas tasas de beneficios que obtienen*. Es decir, el patrón de acumulación no refiere a la producción, cómo se produce la riqueza, ni tampoco a cómo se distribuye en la sociedad, que apuntan a lo que se denomina régimen económico y modelo de desarrollo, respectivamente.

Está bastante extendida, entre diversos sectores pero principalmente aquellos ligados al gobierno, la idea de que estamos ante un nuevo modelo de desarrollo y un nuevo patrón de acumulación. Me voy a permitir poner en duda una aseveración de tal magnitud,

y llevar al plano de la discusión tal postura, por las implicancias en términos de entender la realidad de la Argentina contemporánea. Decir que hay un nuevo patrón de acumulación me imagino que se refiere a lo sucedido en la Argentina posterior a la debacle del año 2001 y principalmente a partir de la política económica que comienza a implementarse en 2002 y se potencia con la asunción del nuevo gobierno que asume en mayo de 2003. Ante todo quisiera previamente hacer algunas referencias históricas inmediatas de la economía Argentina que no se pueden pasar por alto, y que nos permitirán analizar con más certeza la verdadera magnitud y sostenibilidad de los cambios.

Primero (y no en orden cronológico), la década del '90 en la Argentina significó la aplicación del modelo liberal en el escenario de la globalización, que lo podemos caracterizar con políticas monetarias y fiscales restrictivas, libertad en los mercados, privatizaciones de todo tipo de las empresas públicas y desregulación de la economía. Esas fueron las políticas que definen el modelo neoliberal de la década del '90 y que si bien fue aplicado en toda América Latina, en ningún lugar tuvo la contundencia y los efectos como en la Argentina. Para el neoliberalismo, la distribución se supone que es el resultado automático del crecimiento, el cual inevitablemente se va a desparramar a todo el cuerpo social, vía asignación de recursos; y en ese sentido y en pos de ese objetivo es que se prioriza la libertad sobre cualquier otra variable, al efecto de que se pueda cumplir el crecimiento sostenido de la economía. La historia real nos mostró que no fue así, ni en el caso argentino específicamente, ni en el resto del mundo, dado que tanto el modelo liberal como el escenario de

la globalización entraron en un sostenido proceso de declinación en los inicios del siglo XXI, dejando como herencia profundos y nefastos impactos sociales. Para la Argentina el año 2001, el mes de diciembre específicamente, significa ese punto de inflexión y debacle del modelo, debacle que se expresa en los aspectos financieros, en los aspectos productivos, en los aspectos sociales, en los aspectos políticos y en los culturales. En realidad lo que pasó en 2001 no es algo que podemos pasarlo de largo como una cosa menor, sino que el impacto en el momento y las secuelas que ha dejado ese momento de la historia argentina motivado por la aplicación del modelo neoliberal, creo que es algo que vamos a tener que dejar pasar un par de décadas para tener la distancia que requiere el análisis, y poder entenderlo, digerirlo y aceptarlo. Esa crisis, indudablemente fue una ruptura con el pasado, con el pasado complicado de la década del '90, con el estado de cosas políticas y sociales producto del neoliberalismo. Indudablemente no se puede ignorar que son otros aires los que corren a partir del año 2002 y que se potencian en realidad en el 2003.

Antes de entrar al período último que estamos viendo, al eventual «nuevo patrón de acumulación» (del cual coloco en duda su carácter de nuevo), quisiera caracterizar lo que ha pasado en las últimas décadas. Para poder entender el siglo XXI no sólo nos basta entender la década infame del neoliberalismo, sino también tener presente cómo evolucionó la economía argentina desde la década del '30 en adelante, y que se corresponde con un gran fenómeno de transformación del capitalismo, y que en los países como los nuestros, significó un lento pero sostenido proceso de industrialización. El cambio del liderazgo dentro del capitalismo desde Inglaterra hacia los Estados Unidos, y por tanto la pérdida de nuestro máximo comprador de productos agropecuarios y simultáneamente nuestro máximo proveedor de productos manufacturados, obliga a la Argentina en la década del '30, posterior a la crisis capitalista, a industrializarse. Proceso que se inicia con pequeñas empresas y que se potencia a partir de 1945, momento en que confluyen, en el plano internacional el fin de la Segunda Guerra Mundial, y en el plano local la emergencia del peronismo y la aplicación de políticas keynesianas extremas en las que el rol del Estado es fundamental, y que para la Argentina coincidió con una onda espectacular de ingresos estatales vía exportación de productos alimentarios, creando la posibilidad de la pue-

ta en marcha, con alta incidencia estatal, de un proceso industrializador que venía insinuado del año 1930 específicamente y que en los cincuenta y los sesenta tiene su máxima expresión.

La industrialización observada se efectivizó a través de un modelo económico social en el cual el Estado cumplió un rol fundamental como promotor del desarrollo y regulador en la distribución del ingreso. En el período post 1945, quiero dejar consignado que hubo diferentes pelajes políticos, hubo dictaduras y democracias, hubo gobiernos populares y gobiernos no tan populares, sin embargo el modelo se mantuvo inalterable hasta el año 1976. Es muy importante identificar que aquí algo pasó con la industrialización, es decir que este modelo de desarrollo —en función de las definiciones que estaba dando— tenía algo así como una «pata» de patrón de acumulación real y sustentable por detrás, cosa que después la realidad demostró ser muy débil en la medida que pocas medidas institucionales lograron en un período muy corto su desaparición.

Cuando se consolida el modelo industrialista en la Argentina, a fines de la década del '50, toda la década del '60 y los primeros dos o tres años de los '70, el Estado ocupa un rol central —insisto— en gobiernos democráticos, en gobiernos dictatoriales, en gobiernos que se dicen populistas y en gobiernos que se dicen elitistas; todos asumen como propia la aplicación de políticas económicas de corte keynesiano con alta intervención del Estado. Los recursos públicos son fundamentales en este momento de la Argentina, y junto con el proteccionismo económico permitieron orientar la industrialización que se expresó en el desarrollo de industrias pequeñas, medianas y grandes. La política fiscal, la política monetaria y las restricciones que hace la Argentina permiten un desarrollo industrial extendido que genera altos niveles de empleo y que por razones históricas del momento tecnológico de la industria, se trata de empleo acompañado de excelentes niveles de ingreso. No es casual que en las décadas del '50 y del '60 en la Argentina se observan los ingresos más altos de América Latina en términos reales. La desocupación es de carácter friccional y coyuntural y más tiene que ver con la búsqueda de mejores condiciones de trabajo que con desesperación y hambre. Nada comparable con lo que sucedió después.

Durante todo el período industrialista argentino, el Estado utilizó la planificación como la herramienta

para el diseño del desarrollo de largo plazo. Es decir, ya no sólo basta con apoyar a un tipo de empresas, algunos desarrollos regionales, sino que hay una idea de escribir, plantear y planificar un desarrollo que teóricamente iba a ser sustentable en el tiempo, sostenible en términos económicos, y que iba a permitir un avance de todos los sectores sociales y dignidad para todos los argentinos. Este modelo a comienzos de los '70 comienza a mostrar algunas dificultades y el inicio de su agotamiento, el que culminará violentamente con el golpe militar de 1976. Comienza así una nueva manera de entender la realidad, que modifica las bases de sustentación de la convivencia relativamente armónica en la Argentina, y la aplicación de políticas económicas sociales cuya expresión es el neoliberalismo que se caracterizó mas arriba.

Antes de volver a la crisis del 2001, que me parece fundamental, quisiera reiterar que en este período que atraviesa las décadas del '30, '40, '50, '60 y la primera mitad de los '70, claramente Argentina es un país que tiene un modelo industrialista de pequeñas, medianas y grandes empresas que está distribuido regionalmente y que por razones históricas de ese tipo de industrialización, genera altos niveles de empleo y excelentes niveles de remuneración, de salario. Ese modelo de desarrollo, no podemos decir, en función de la definición que di al comienzo, que representa un patrón de acumulación en Argentina, porque la sustentabilidad de esa industrialización estuvo basada en el proteccionismo exagerado que hizo el Estado. Es decir, hubo un patrón de industrialización, pero el mismo no tuvo sustentabilidad. Por eso es que le costó tan poco a Martínez de Hoz, un mero decreto ministerial provocó la debacle de todo el sistema. Cuando bajan los aranceles proteccionistas al comercio exterior en tiempos en que están los cuatro tigres asiáticos vendiendo productos comerciales, compitiendo con la Argentina a mitad de precio, no hubo casi ninguna empresa mediana o pequeña que pudiera sobrevivir al embate. El impacto fue impresionante, y la desocupación, el cuentapropismo y la desarticulación de las redes sociales, y los efectos de marginación y violencia fueron la expresión de la época.

A través del neoliberalismo (el modelo que va a sustituir a la industrialización) emerge nuevamente el poder histórico que ha tenido el sector exportador de materias primas, pero en esta oportunidad acompañado con un sector adicional, que es el financiero, que llegó para quedarse. En 1976 comienza a insinuarse y

se perfila definitivamente un nuevo patrón de acumulación argentino, que está ligado al sector exportador de materias primas sin ningún tipo de valor agregado o con un valor agregado mínimo (y que en todo caso tiene que ver con la producción y no con el producto), y en el cual ocupa el rol protagónico el sector agrícola, y a diferencia de períodos anteriores en esta oportunidad con una clara dependencia a los procesos biotecnológicos, y también de comercialización, manejados a nivel mundial por poderosas empresas transnacionales.

El año 2001, la devaluación del 2002, y la potenciación que hace Néstor Kirchner con las políticas redistributivas a partir del 2003, con un Estado que recuperando su capacidad de gestión puede imponer la redistribución del ingreso, comienza un proceso de significativas mejoras desde el punto de vista social. Tan solo si consideramos los 4 millones de nuevos puestos de trabajo, y le sumamos los beneficiarios de los planes sociales, tenemos a casi 6 millones de familias argentinas que desde la absoluta marginación comienzan a recuperar el acceso al consumo. Esto que comienza en el 2002 con la megadevaluación realizada por el presidente Duhalde y se potencia desde el 2003 hasta la fecha, no podemos decir que es un patrón de acumulación nuevo, habida cuenta que los sectores dominantes en el país desde el punto de vista



productivo, desde el rol dominante en la economía, y desde donde están las inversiones, están justamente en el sector agropecuario (más agro que pecuario) y en el financiero, dos sectores que siguen teniendo un nivel de liderazgo indiscutido en la Argentina. Eso no significa que desde el punto de vista de la convivencia social los logros no sean extremadamente buenos. Aún así, los niveles de pobreza y los niveles de indigencia continúan siendo significativos, quedando un núcleo duro de pobreza que no ha podido romperse y que supera el 10% de la población.

En definitiva, en lo referido a la existencia de un nuevo patrón de acumulación, y en función de lo expuesto previamente, categóricamente podemos afirmar que no hay tal, dado que el patrón no ha sido modificado, y aquello que comienza en 1976 se mantiene inalterable. No obstante es preciso consignar que en cuanto a la distribución del ingreso, fuera de toda duda, sí varió significativamente a partir del 2003 y que el Estado en esa distribución del ingreso asume un rol fundamental. Por otro lado, quisiera resaltar que el proceso de industrialización sustitutivo de importaciones que comienza en el 2003, y que es responsable de manera directa e indirecta de buena parte de la recuperación en el empleo, está basado en la sobreprotección del Estado, y no en la capacidad genuina del empresariado, haciendo de ésta industrialización un proceso muy vulnerable e insustentable en el mediano plazo.

La producción que ha generado los nuevos puestos de trabajo se sustenta en un dólar alto administrado por el gobierno y que no sabemos cuánto se va a mantener en el tiempo. Indudablemente, la Argentina atraviesa un muy buen momento, aunque no es permanente. Asimismo, los extraordinarios precios de las *commodities* que se exportan son significativos y probablemente con algunos vaivenes se van a mantener por lo menos unos cinco años más, con lo cual los ingresos para el Estado seguirán siendo suficientemente interesantes como para desarrollar las políticas sociales que desee. No obstante, el gran desafío consiste en diseñar un modelo de país, no un modelo de desarrollo, sino una definición del país que querramos, que vaya más allá de la enunciación. Esto implica generar un corpus teórico que avale las políticas que se toman, y no que éstas respondan a meras situaciones coyunturales más o menos buenas del contexto externo. Así, esta situación óptima y que incluso pudiese potenciarse, no asegura en absoluto su

sostenibilidad, en tanto no se tenga claro hacia dónde es que la Argentina apunta y apuesta a ocupar un lugar en el mundo. El gran y necesario salto consiste precisamente en aprovechar las bondades de la coyuntura para fortalecer aquellos sectores o áreas productivas en las cuales posibilidades de lograr ventajas comparativas previas o generadas, que no dependan de los vaivenes externos y se sustenten en su propia capacidad y en la decidida decisión del Estado de defender el estilo productivo y el tipo de país que se quiera.

En los últimos tiempos es común escuchar que hay que defender el modelo y para ello se argumenta que el mantenimiento del mismo está ligado a una sola persona, ni siquiera a un partido ni a un grupo de personas. Si es así, entonces claramente significa que no hay modelo, sino acciones internas específicas, tales como subsidios indiscriminados en los servicios, dólar artificialmente alto, que distorsionan de manera no planificada la estructura de costos y, en un escenario externo momentáneo óptimo para la Argentina (que genera altos ingresos por las exportaciones, y por tanto los excedentes necesarios para solventar las políticas sociales y de subsidios), dependen de situaciones y decisiones no manejables desde el país.

Al analizar los intentos de diseñar modelos planificadores de la Argentina, modelos que pretendieron ser de mediano y largo plazo, se descubre que en todos ellos, independientemente del sector gobernante, el sector agropecuario que desde los orígenes de la república ha sido clave, que ha tenido un rol dominante en el país, y que está absolutamente concentrado, nunca fue incluido como sector integrado al modelo general de desarrollo, aparece como un estanco independiente y con un plan específico sectorial, al que en todo caso se considera en términos de financiación de los demás sectores, pero no como parte integrada a los mismos. Sin dudas, un nuevo patrón de acumulación significa romper definitivamente con el liderazgo de la concentración que tenemos en el sector agropecuario y en el sector financiero, y eso requiere un Estado altamente fuerte. Se dice que estamos en un momento de supremacía de la política, y eso es muy bueno, porque los cambios económicos requieren un alto nivel de poder político. Pero el poder político debe asumir la responsabilidad que le corresponde, y no puede basarse en el clientelismo, ni en el poder patotero, ni en la ignorancia; debiera ser un poder que debe propender al consenso de todos los sectores de la sociedad. En este sentido, tal vez una de las debilidades argentinas

la encontremos en la carencias de recursos humanos calificados y comprometidos de manera tal que más allá de los discursos, puedan romper definitivamente con el patrón de acumulación que continúa siendo agropecuario, ahora también financiero, y con un alto grado de concentración.

Es preciso tener presente que el sector financiero en estos últimos diez años, a pesar de todo lo positivo que ha habido socialmente, es el sector que ha logrado los niveles de ganancias más altos de su historia, incluso superando los obtenidos en la década del '90. Estas ganancias espectaculares que ha tenido el sector financiero provienen de un dólar que ha manejado el gobierno, devaluado respecto del precio real, y con tasas de interés liberadas y que no se cobran en ningún lugar del mundo. En la Argentina para nadie es novedad que no hay créditos hipotecarios (nadie puede acceder a uno) y los créditos de consumo superan el 35% anual. Así, las ganancias que el sector financiero logra en la Argentina equivalen a ganar, en términos de dólares, entre el 22 y el 28 por ciento anual, constituyéndose en las más altas del mundo, y que explican el importante ingreso de capitales externos.

Finalmente, un modelo de desarrollo que signifique un nuevo patrón de acumulación, y que esté al servicio armónico de todos los sectores sociales, requiere que desde el Estado se defina y controle la actividad financiera y que, generando los ingresos que requiere el sector privado, no genere estas ganancias extraordinarias que se dan gracias a la competitividad que le da la política de gobierno, y no a la productividad de las empresas. Las inversiones externas en la Argentina no son directas, siguen siendo financieras. Después de la crisis del 2008, cuando en Estados Unidos la Reserva Federal triplica la cantidad de dólares, hay un chorro de esos dólares que vienen a la Argentina, pero no vienen a la producción, vienen a la Bolsa, vienen a la especulación financiera. Ese tipo de inversiones no nos interesa, no nos sirve. Espero que en los próximos meses, en los próximos años, tengamos un nuevo patrón de acumulación que consolide un modelo de desarrollo igualitario y digno para todos los argentinos.

Dora Orlansky: Buenas noches. Tengo que agradecer, a mi vez, la invitación que se me ha hecho para participar en estas Jornadas, que son una buena ocasión de diálogo entre profesores y alumnos de la Ca-

rrera. Respecto al tema de hoy, «Capacidades estatales y modelo de acumulación», agregaría a lo que ha señalado el profesor Acevedo que las diferencias con respecto a la década del '90 también se refieren al Estado, ahora, como un actor político que toma parte estratégica en el proceso de desarrollo. Y si bien en ese sentido el modelo de producción actual retoma a grandes rasgos un modelo afín al de sustitución de importaciones iniciado en los años '30, es necesario analizar las características del momento actual, en el cual las relaciones internacionales —en materia de comercio e integración económica— no son las de las décadas anteriores. Cada vez más, las interacciones económicas entre los países crecen por encima de lo que crece el producto bruto de cada uno. La «globalización» implica que la densidad de intercambios es cada vez más intensa comparada con el crecimiento económico.

Los indicadores de crecimiento económico de Argentina son inéditos porque abarcan hasta el presente una serie de ocho años, desde 2003 hasta 2011, de variaciones anuales positivas del PBI. Se trata de un período con una duración que no se observa desde 1975, año a partir del cual Argentina había presentado fuertes altibajos; hubo desde entonces décadas enteras, como la del '80, con un resultado final negativo. En los '90, si bien no resultó negativo, fue una década de disparidades. Desde 1975 hasta el 2002-2003, el crecimiento económico tuvo idas y vueltas, subas y bajas; dicha tendencia se revirtió en los últimos ocho años. Anteriormente, el ciclo más largo de crecimiento económico fue entre 1963 y 1974; durante once años no hubo retroceso, excepcionalidad que, sin embargo, no fue advertida durante ese período. La etapa actual se caracteriza por una secuencia de recuperación económica que más allá del tipo de crecimiento y de la discusión acerca de si el nivel alcanza el 7, el 8 o el 10 por ciento, lo significativo es que se trata de variaciones persistentemente positivas y muy altas.

Este cambio no ha dependido exclusivamente del Estado; influyeron condiciones generales. Por ejemplo, en el caso del crecimiento de la producción agrícola, los precios y la demanda internacional han constituido estímulos excepcionales, y si bien fue muy impresionante el aumento de la productividad —resultado de mejores rendimientos y mucha inversión tecnológica que permitió triplicar y cuadruplicar la producción— ello no implicó un aumento de la participación argentina en la economía mundial, porque el incremento de la producción fue generalizado, es de-

cir, ocurrió también en otros países productores como Estados Unidos, Brasil y hasta en India. De modo que es necesario plantear el comportamiento económico de la Argentina en el contexto internacional y discutir sobre sus capacidades estatales ya que de aquí en más no hay un modelo anterior que sirva de referencia para poner a la Argentina en el lugar de un crecimiento sostenido y sustentable.

Un análisis comparativo indica que los países que se desarrollaron tardíamente, por ejemplo, Corea y Taiwán, tuvieron un modelo de Estado autoritario, con gobiernos militares de facto que, a diferencia de las experiencias latinoamericanas durante el mismo período de los años sesenta, realizaron reformas agrarias, aplicaron planes de industrialización con un modelo de sustitución de importaciones e incremento de la complejidad y competitividad de sus exportaciones. En pocas décadas superaron su economía feudal y minifundista —con una población de origen rural en su mayoría sin educación— y se posicionaron en los primeros lugares de las comparaciones internacionales en educación, innovaciones tecnológicas y exportaciones con alto valor agregado. Ciertas características del Estado, «las capacidades estatales», tuvieron un papel esencial en la transformación. Las investigaciones muestran que los casos de los países tardíamente desarrollados, es decir, aquellos que entraron en el desarrollo capitalista más recientemente —aunque desde el punto de vista de la teoría de la dependencia y el estructuralismo se suponía que era imposible por considerarse irreversible la distribución internacional del poder económico— demostraron, sin embargo, que sí era posible alcanzar el desarrollo. Pero, para ello, fue crucial el papel del Estado. Quiero ilustrar con esta referencia que, en las circunstancias históricas actuales, la posibilidad de que Argentina acelere su desarrollo depende de políticas públicas. En los países que lo pudieron lograr rápidamente fue primordial el papel del Estado. Por el contrario, durante la década del 90, en Argentina se supuso que había que reducir las funciones del Estado nacional, eliminando los grandes desafíos que tuvo siempre a su cargo el gobierno central. Esta visión provocó un retroceso en el proceso de profundización del desarrollo.

Los países que se desarrollaron tardíamente y que hicieron punta en el desarrollo se han destacado por promover la capacidad de investigación y desarrollo, y la incorporación de sus aportes en la producción, sea la manufactura, el campo, la minería o los servicios.

O sea, es el resultado de los avances en el conocimiento lo que permite acceder a la competitividad internacional, y no ya una devaluación de la moneda, como sucedió en 2002, cuando se pudo recuperar un espacio de actividad económica. En ese sentido, la evidencia muestra que comparando el censo de población de 2001 con respecto al anterior de 1991, el volumen de la población económicamente activa (PEA) había disminuido un millón de personas (aun con el correspondiente aumento demográfico). En otras palabras, en 2001 había un millón menos de personas con trabajo o en condiciones de trabajar. Recuperar esa caída de los años '90 y superar esos niveles de empleo fue un logro que no puede dissociarse del shock que la devaluación produjo, de su efecto positivo en el mercado interno, en la producción y en la competitividad, ligada a la paridad cambiaria.

¿Pero cómo se incrementa la competitividad interna y externa en las circunstancias actuales? Es el problema que se formulan todos los países —más allá del mayor o menor índice de inflación y sus consecuentes efectos en los precios—. No existe hoy un desarrollo sin inserción económica internacional. Implica incrementar la competitividad, es decir, crear nuevos productos, nuevos procesos, nuevos servicios. La sustentabilidad está basada en la creatividad aplicada, y para ello influyen las políticas estatales en materia de investigación y desarrollo. Más aún, si bien es cierto que mucho de lo que se llamó «el desarrollo por sustitución de importaciones» tenía algún sentido hasta la década del '70, en la actualidad no existe economía con ese formato. Es decir, no se alcanza el desarrollo con aislamiento en un mercado interno. Pero, en cambio, sí es característico de los países con desarrollo tardío un modelo de Estado con autonomía, en el sentido de la capacidad de inversión pública selectiva en sectores y/o generar empresas públicas hasta la aparición de otras fuentes.

Algo similar ocurre con respecto a la investigación y el desarrollo. El papel del Estado en los países en desarrollo es promover las actividades de I+D y atraer o atender la participación del sector privado en su implementación y aplicación productiva de los proyectos. Una actitud permanente de búsqueda de innovación es la vía de una economía en desarrollo con mayores posibilidades para seguir creciendo. Alrededor de estos objetivos se definen las capacidades estatales. Se refiere tanto a los aspectos de la administración pública (organismos estatales, estructura y per-

sonal) como a las posibilidades de la dirigencia política de contar con suficiente autonomía, no sólo para formular las políticas públicas adecuadas, sino para ponerlas efectivamente en ejecución.

Las capacidades estatales constituyen el problema a resolver en países en desarrollo con estados frágiles. Desde este ángulo los organismos multilaterales ofrecen los recursos (especialistas, subsidios, etc.) para lo que denominan «la construcción de las capacidades estatales», generalmente destinados a estados de organización reciente. No es ciertamente el caso de Argentina, que se ubica en un desarrollo intermedio, según el Índice de Desarrollo Humano Sostenible de Naciones Unidas.

¿Cómo hace Argentina para mantener o superar su posición? En un indicador significativo, por ejemplo, los rendimientos en educación —lectura, matemáticas, ciencias, en la población de 15 años— Argentina ha caído en las escalas internacionales (PISA) desde que inició su medición en el año 2000. He aquí una de las capacidades estatales en juego, en tanto la educación es uno de los bienes públicos por excelencia. El hecho de que algunos países que en los años '60 tuvieron altas proporciones de analfabetismo o bajos indicadores socioeconómicos y se ubiquen ahora en las posiciones superiores es un dato revelador. En el caso de Argentina, el peor resultado en educación constituye un mal indicio en la evolución de la equidad, ya

que, como es sabido, una mejor educación está asociada a una mayor igualdad. La educación no sólo es la clave de la movilidad social, sino también de la competitividad internacional.

Es importante señalar que desde una perspectiva actual, las capacidades estatales incluyen el registro y la calidad de la información que se requiere para realizar diagnósticos, análisis comparativos, evaluación de políticas, etc. En ese sentido, mencionamos el efecto negativo implícito de la discontinuidad de las series de datos por parte de organismos estatales (INDEC). Las capacidades estatales para el desarrollo implican desde contar con los recursos y apoyos para la formulación de las políticas adecuadas, su implementación y la aplicación de técnicas de seguimiento. La información y la investigación social, las ciencias sociales y la ciencia política proveen instrumentos para el desarrollo —y no solamente la economía y los datos del mercado—.

Redondeando, el rol del Estado y las capacidades estatales constituyen cuestiones mucho más estratégicas que en las décadas anteriores. No se trata de un Estado desarrollista mercado-internista. La cuestión se centra hoy en cuáles son los requisitos para un desarrollo sustentable en una economía global. Las capacidades estatales se redefinen en función de sus aportes a la competitividad de la economía, a la innovación productiva, y al derrame de calidad social y expectativas de futuro.

Ilustraciones

Debajo: Marca de Seb. Gruphe, impresor de Lyon en 1529.

Página 147: Interior de una imprenta, dibujo y grabado del siglo XVI por J. Ammon.

P. 153: Gutenberg, según un grabado del siglo XVI, Departamento de Estampas de la Biblioteca Nacional de París.

P. 168: Autor componiendo y amanuense escribiendo, según una miniatura de Roman de la Image du Monde, manuscrito 7.070, folio 1. Biblioteca Real, París.

Marcas de algunos impresores y libreros de los siglos XV y XVI:

Página 161: Logo de Gilles Corrozet, librero de París, 1539.

P. 163: Marca de Thielmann Kerver, impresor de París, 1497.

P. 173: Marca de Jean Trepperel, librero e impresor en París, en 1550.

P. 177: Logo de Jean Bouyer y Guillermo Bouchet, libreros e impresores de París hacia 1490.

P. 185: Marca de Simon Vostre, librero de París en 1501.

P. 187: de Antoine Verdard, libreo de París en 1498.

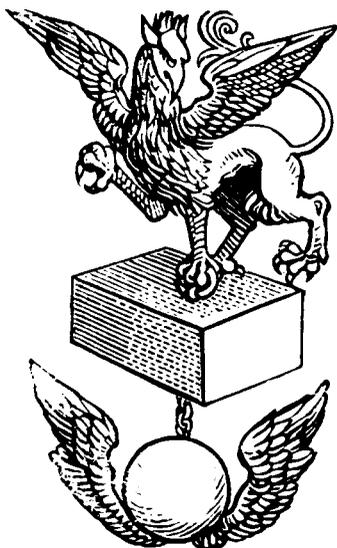
P. 189: Marca de Galiot du Pré, librero de París en 1526.

P. 193: Logo de Macé Bonhomme, librero e impresor de Lyon en 1558.

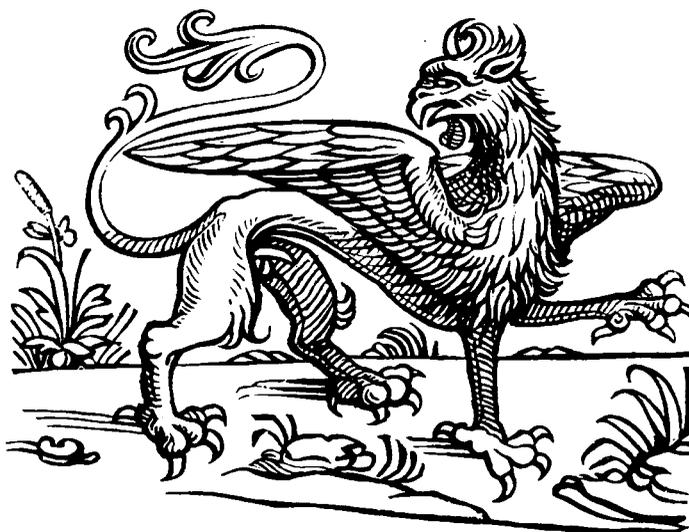
P. 197: de Theoh. Rihel, impresor en Estrasburgo en 1574.

Última Página: Fragmento facsimil de la página 98 del *Psalterio* impreso en Maguncia en 1457, por J. Fust y Pedro Schoeffer.

VIRTVTE DVCE,



COMITE FORTVNA,



Inuitat Dominū deum nostr
De Venite exultate. Quia mir
Quia mirabili
bit sibi de terra
sanctum eius
salutare suum: in conspe
uit iusticiam suam, Re
cordie sue: et veritatis s
Viderunt omnes termini
nostri, **J**ubilate domi
tate et exultate et psallite,
in cythara in cythara et v

www.cienciapolitica.fsoc.uba.ar

e-mail: cpolit@sociales.uba.ar